

**M. V. BERNADOT, O. P.**

# **La Virgen María en Nuestra Vida**

## PRESENTACION

*La verdadera teología cristiana es siempre actual, pues bucea en las profundidades del misterio de Dios, que nunca pasa y obra sin cesar. Cuanto más familiar resulta la contemplación de la economía divina de la salvación en que nos introduce nuestra fe, tanto más se despierta el apetito por el Dios vivo que se nos revela en su Palabra. Y así el amor estimula la humilde y constante reflexión teológica de la Iglesia.*

*Quien se nutre de Escritura, resplandece. El padre Vicente María Bernadot, O. P., experto teólogo, sabe comunicar su riqueza interior en un lenguaje llano, asequible y preciso a la vez, sin exageraciones retóricas ni frías especulaciones.*

*Fruto sazonado de su vivencia religiosa y de su acendrado amor a María, esta obrita, compuesta tres décadas antes del Concilio Vaticano II, ofrece ~~una doctrina segura~~ una doctrina segura, que nos ayuda a comprender mejor y a desarrollar algunos textos fundamentales de los documentos conciliares sobre la santísima Virgen, sobre todo de la Lumen gentium, y de las orientaciones posteriores del magisterio. Sirva de ejemplo señalar cómo corresponde este escrito del fundador de La Vie spirituelle a lo que señala Pablo VI respecto de las devociones marianas: que expresen claramente la nota trinitaria y cristológica que les es esencial, por el vínculo indisoluble y la intrínseca referencia de la Virgen al Salvador divino (Marialis cultus, n. 25; 2 de febrero de 1974).*

*Esperamos que las meditaciones del P. Bernadot sean útiles no sólo para alimento sustancioso de la piedad personal, sino que también puedan contribuir al ministerio de la predicación evangélica, cuya afinidad con la misión de nuestra Señora señalaba Pío XII: «La*

*Virgen Madre de Dios visitó a Cristo con la indumentaria corporal, el heraldo del evangelio lo viste con el cuerpo etéreo de las palabras; de ambos modos es la Verdad, que enseña a los hombres, que ilumina y hace libres a los hombres». (Alocución al capítulo general de la orden, 22 de setiembre de 1946).*

*fr. Brian Farrelly, O. P.*

*En la fiesta de la Anunciación del Señor, 25 de marzo de 1996..*

## CONTENIDO

*Prólogo. La Virgen María nos da a Jesús.*

1. *La Virgen María nos hace nacer a la gracia.*
2. *La Virgen María y el crecimiento de nuestra vida.*
3. *La Virgen María nos hace crecer por los sacramentos.*
4. *La Virgen María nos hace crecer por el mérito.*
5. *La Virgen María nos hace crecer por la oración.*
6. *La Virgen María defiende nuestra vida espiritual.*
7. *La Virgen María nos lleva a la perfección.*

*Conclusión. El abandono a la Virgen María.*

## PRÓLOGO

### La Virgen María nos da a Jesús

María está en las fuentes de la gracia. El don de Dios hecho a los hombres, Cristo Jesús, es también el don de María. El evangelio, en muchas ocasiones, nos hace comprender, por medio de los hechos, esta ley llena de amor de la vida espiritual: Jesús se nos da por María. Apenas lo ha concebido, se apresura a llevárselo a Isabel y a Juan Bautista; lo presenta a los Magos, lo revela en Caná; en todas partes muestra a Jesús. Esta es una de las leyes más constantes de la gracia: «*Encontraron al Niño con su madre*»<sup>1</sup>.

La Iglesia lo comprendió así inmediatamente. San Buenaventura no hace más que resumir la tradición cristiana cuando escribe que «no se encuentra nunca a Cristo más que con María y por María». Y añade: «El que busca a Cristo lejos de María lo busca en vano»<sup>2</sup>.

La misión de María consiste en comunicar a Jesús; así lo hace siempre. El fruto de la devoción a María es Jesucristo, dicen san Luis Grignon de Montfort. «Es cierto que Jesucristo es, en particular, para cada hombre que lo posee, tan verdaderamente el fruto de la obra de María, como lo es para todo el mundo en general; de modo que si algún cristiano tiene a Jesucristo formado en su corazón, puede decir con santo atrevimiento: Es una gran merced de María; lo que yo poseo es su esfuerzo y su fruto, y sin ella no lo tendría»<sup>3</sup>.

1 Mt. 2, 11.

2 S. Buenaventura. *Spect., mor.*, lib. VI.

3 *Tratado de la verdadera devoción a María*. Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1981.

En este libro deseamos mostrar sencillamente que la Virgen María hace que Jesús nazca y viva en nosotros; que ella es quien nos da el espíritu de Jesús, nos lo hace conocer en sus misterios y en su sacrificio, y nos mueve a su imitación. Por ella realizamos nuestra vocación cristiana: nos hacemos «hijos adoptivos de Dios por Jesucristo»<sup>4</sup>.

4 Ver Ef. 1, 5.

*La Virgen María nos  
hace nacer a la gracia*

# I

## La Virgen María y nuestra predestinación

*«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor»<sup>1</sup>.*

Así, eternamente, ha pensado Dios en nosotros. Nos ha amado, nos ha escogido, nos ha llamado.

Pero, ¿a qué nos ha llamado? A ser hijos suyos. *«Nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo... para alabanza de la gloria de su gracia»<sup>2</sup>*. El Verbo encarnado se nos ha dado como modelo que tenemos que contemplar y reproducir: *«A los que de antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo»<sup>3</sup>*. Esta es nuestra vocación sobrenatural: hacernos semejantes a Jesús.

Pero en el pensamiento de Dios, Jesús y María son inseparables. No se puede parecer al uno sin parecerse a la otra. El mismo acto eterno que ha predestinado a Jesús para ser nuestro salvador y modelo, ha predestinado a María para que le esté íntimamente unida en todo el misterio de la redención, y, por consiguiente, para que sea con él el ejemplar de nuestra vida. Cuando el Señor crea a sus elegi-

1 Ef. 1, 3-4.

2 Ef. 1, 5-6.

3 Rom VIII, 29.



dos los considera, no solamente en su Verbo encarnado, sino también en aquella que merece ser llamada «espejo de justicia», puro reflejo de su santidad: también quiere que lleguemos a conformarnos a su imagen.

Ella misma, además, se ocupa de imprimir esta imagen en nuestra alma. Como dice Jorge de Venecia, ella es el «primicerio de nuestra redención», porque así como el primicerio real inscribía las normas de los oficiales en los registros del príncipe y sellaba sus decretos soberanos, así María inscribe en el libro de la vida los predestinados del Amor eterno y los marca con el sello de Dios. Más aún; como asegura el beato Hugo de San Caro, ella misma es «el libro de la vida», en el cual ha grabado el Señor el nombre de los elegidos, en los que el Espíritu Santo ha formado a Cristo y a sus miembros.

## II

### La Virgen María nos ha merecido la gracia

Nuestra predestinación empieza a realizarse por el bautismo, el cual, al darnos la gracia, nos hace participar de la vida íntima de Dios. El bautismo es nuestro nacimiento a la vida divina.

Ahora bien, esta gracia se nos ha merecido por María.

Pero es preciso decir que la vida nos viene de Jesucristo, que es el único Salvador. El sacrificio de la cruz es la única causa total, necesaria y suficiente de nuestra salvación. Ni la más santa de las criaturas podría rescatarnos, mientras que una sola gota de sangre de Jesús bastaba para la expiación sobreabundante de nuestras culpas. Si la Providencia así lo hubiera decretado, el Verbo encarnado habría ofrecido su sacrificio sin la cooperación de ninguna criatura, y ciertamente que así habríamos sido plenamente justificados y santificados; la gracia descendería con la misma abundancia sobre nuestras almas hechas hijas de Dios, y la fuente de la vida correría igualmente generosa.

Pero Dios ha querido asociar al Redentor una Corredentora. *«Como en Adán hemos muerto todos, dice san Pablo, así también en Cristo somos vivificados»*<sup>4</sup>. Con su consejo, había cooperado Eva con el primer hombre en nuestra perdición: María, con su consentimiento, coopera con Cristo en nuestra salvación. ¡Admirable unidad del plan divino! Como la mujer contribuyó a nuestra caída, así contribuye también a nuestra restauración.

4 1 Cor. 15, 22.

Sabemos perfectamente que la contribución de la nueva Eva no añade nada a la infinita riqueza del nuevo Adán. Sin embargo, con la tradición cristiana nos place recordar que si nuestro Señor es la causa principal de nuestra salvación, la Virgen María es la causa secundaria, y que la Madre nos ha merecido, a título de conveniencia y de amistad, lo que el Hijo nos mereció estrictamente en justicia. El mérito de ambos guarda orden, ya que el de María depende enteramente del de Jesús. Uno y otro son universales, sin límites en la Corredentora como en el Redentor.

Lejos de ofenderte, Señor Jesús, esta enseñanza exalta la sobreabundancia de tu redención, porque de ella sola recibe toda su virtud el mérito de su Madre. Creemos que tu sacrificio es tan perfecto, tan rico en gracia, que ha podido, no solamente salvarnos, sino crear a tu lado una Corredentora que mereciera contigo para todos los hombres todas las gracias. ¿No es éste el fruto más hermoso de tu sangre?

## LA ANUNCIACION

Por un libre decreto de su sabiduría, decidió Dios eternamente que el misterio de Cristo no se realizara sino con el consentimiento de la que debía ser la ayuda del nuevo Adán; al prestar su libre adhesión, entró María en este misterio como cooperadora y nos mereció verdaderamente la gracia. La respuesta que dio al mensajero de Dios: *«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*<sup>5</sup>, es, sí, una palabra de obediencia, pero más aún, es una palabra de resolución y de autoridad. Hasta que ella no ha consentido, todo permanece en suspenso. Los consejos eternos no se cumplirán más que por el sí que ella puede pronunciar o retener. Pronunciado este sí, comienza el nuevo orden sobrenatural. Palabra humilde su «hágase», pero poderosa e inmensa, que podemos comparar con el «hágase» de la creación; éste nos había hecho hombres, por aquél nos hacemos miembros del Verbo encarnado, hijos adoptivos de Dios.

Este «hágase» de María es el acto más soberano que haya realizado, porque la hace entrar en el cumplimiento de los misterios divinos. El misterio de la encarnación no podrá desarrollarse en lo sucesivo sin ella; por ella va a cumplir Dios su gran misterio, aquel *«que*

5 Lc. 1, 38.

*hace brillar la gloria de la gracia*», el misterio de Cristo<sup>6</sup>, es decir, Cristo en nosotros<sup>7</sup>. Cuando Dios quiera darse a las criaturas, lo hará por María, intermediaria de la vida divina. Las obras de unión, las obras de amor, la difusión de la gracia, las hará Dios por María.

Y María lo sabía. Una luz profética le muestra todo el misterio de su Hijo, y se entrega a él sin reserva. «Ella sabe, siente y ve dónde Dios la atrae, la llama y la eleva, y entra en este divino estado llena de gracias, de luz y de deseo de servir a Dios en este alto ministerio»<sup>8</sup>.

Ciertamente que no conoce desde este momento los hechos particulares, las circunstancias secundarias de la vida de su Hijo, pero ve claramente lo esencial de todo ello, el principio y el fin. Sabe, según las palabras del ángel, que él es no solamente «el Hijo del Altísimo», y que tendrá ella la gloria de ser Madre de Dios, sino que también lo llamará «Jesús»<sup>9</sup>, es decir, Salvador, y que deberá darle para la salvación de los hombres. Se le muestra el gran designio de Dios, que es la difusión de la vida divina por su Hijo.

¿Es posible dudar de esto? Lo afirma toda la tradición. La Virgen María conocía las Santas Escrituras, cuyas profundidades le descubría el Espíritu Santo. No podía ignorar el gran misterio tan frecuentemente anunciado por los profetas: las bodas misteriosas que quería contraer con la naturaleza humana: «*Con amor eterno te amé, por eso he reservado gracia para ti*», hacía decir por Jeremías<sup>10</sup>. Y por Oseas: «*Te desposaré para siempre, y te desposaré conmigo en justicia, y juicio, y en misericordia, y en clemencia*»<sup>11</sup>.

Nuestra Señora penetraba el sentido profundo de estos textos y de muchos otros, y sabía que el Mesías, su Hijo, sería el esposo de estas bodas misteriosas predichas en el Cántico, y ya en su corazón amaba con un mismo amor a su Hijo y a aquellos a quienes debía unirse tan estrechamente. Si, poco tiempo después, conoció san Pablo con tanta claridad este misterio de la unión de Cristo con sus miembros, ¿con qué claridad sería iluminado este misterio a los ojos de María

6 Ver Col. 2, 3. Ef. 1, 6-12.

7 2 Cor. 13, 5; ver Rom. 8, 10.

8 Bérulle, *Vida de Jesús*, C. XV.

9 Ver Lc. 1, 32; 2, 21.

10 Jer. 31, 3.

11 Os. 2, 19.

que debía tener en él un lugar tan decisivo! Veía ella, y en una luz incomparablemente más perfecta, que su Hijo sería la Cabeza de un Cuerpo inmenso, y que el misterio de la encarnación no se acabaría en un instante en su seno, sino que seguiría cumpliéndose hasta el fin de los tiempos por la formación de los miembros de Cristo.

Y comprendía que, llamada a ser la madre del Verbo encarnado, debía concebirle en su totalidad, como lo diría san Agustín, en la cabeza y en los miembros, y que su maternidad no alcanzaría su plena perfección más que en el alumbramiento de Cristo todo entero.

A *todo* este misterio el arcángel san Gabriel pedía el consentimiento de parte del Señor, y *todo* este misterio es lo que quería nuestra Señora. Al mismo tiempo que de Jesús, aceptó ser la madre de los miembros de Jesús: desde ese día fue nuestra madre.

«Mi dulcísimo Jesús no es *unigenitus*, hijo único, decía María a santa Gertrudis, sino más bien *primogenitus*, primogénito, porque primeramente lo he concebido en mi seno; pero después de él, o más bien, por él, yo los he concebido a todos adoptándolos en las entrañas de mi amor maternal, para que fuesen hermanos suyos al mismo tiempo que hijos míos»<sup>12</sup>.

«En el seno de su purísima madre tomó Jesús, no solamente una carne mortal, sino también un cuerpo espiritual, formado de todos aquellos que creerían en él. De modo que se puede decir que María, llevando en su seno al Salvador, llevaba también a todos aquellos cuya vida estaba encerrada en la del Redentor. Por lo tanto, todos nosotros en cuanto que estamos incorporados con Jesucristo, hemos nacido del seno de María, a la manera del cuerpo unido al jefe... De un modo espiritual y místico, pero verdadero, somos llamados hijos de María, y ella es nuestra Madre». (Pío X, *Ad diem illum*, 2 de febrero de 1904).

## LA PRESENTACION

Jesús fue dado por el Padre celestial a María. «Todo hijo pertenece a su madre, pero ninguno tanto como Jesús a la suya, porque única en esto, ella sola, y sin concurso humano de ninguna especie, ha concebido, formado y dado a luz a su hijo»<sup>13</sup>. Jesús es su tesoro; tiene sobre él todos los derechos maternales.

12 Santa Gertrudis, *El heraldo del amor divino*, lib. 4, c. 3.

13 Mons. Gay, *Conf.* 35.

Pues he aquí que el Señor, por una luz interior, le manifiesta que debe abandonar su tesoro, y que este Jesús, fruto de su seno y Bien supremo de su vida, debe ser el Bien de todos, como un bien común y ofrecido para la salvación del mundo.

Este abandono es el que lleva a cabo la divina Madre cuando presenta en el Templo a su hijo Jesús. Humillarse en la sumisión a la ley, darse ella misma, ¿qué era todo esto para ella, sino la vida de todos los días? Pero se le pedía mucho más: el sacrificio de su Hijo. Allí estaba Simeón para recordarle el gran misterio de la redención: su Hijo era salvador y redentor; debía, pues, morir por sus hermanos. La Virgen María debía ofrecerle para el sacrificio, para la muerte. Y lo hace sin vacilación, sin reserva, sin arrepentimiento: entrega a su Hijo a los derechos absolutos de la justicia divina para la salvación de los hombres, lo da para ser víctima. Ella misma se ofrece para acompañarlo a cualquier parte donde le plazca llamarla.

«Llegada al altar, dice santo Tomás de Villanueva, cae la Virgen de rodillas abrasada en mayores ardores que los serafines del cielo. Lleva a su Hijo en brazos, y ofreciéndolo a Dios como una hostia de suavísimo olor, hace esta oración:

‘Oh Padre todopoderoso, recibe la ofrenda que te presento, yo, tu sierva, por todo el universo. Recibe a este Hijo que nos es común, mío en el tiempo, tuyo desde la eternidad. Te doy gracias porque me has levantado hasta llegar a ser la madre de aquel mismo de quien tú eres el Padre. Recibe de manos de tu sierva esta víctima santísima. Este es el sacrificio de la mañana, que será más tarde, entre los brazos de la cruz, el sacrificio de la tarde. Padre bueno, dirige una mirada favorable sobre mi ofrenda y considérala por quien te la ofrezco...’»<sup>14</sup>.

Ciertamente, María vuelve a tomar a su Hijo y va a Nazaret, donde vive con él en la dulzura de la vida familiar. Pero no dudemos de esto: que el recuerdo de la profecía de Simeón no la abandona nunca, y que vive en el pensamiento del sacrificio de Jesús, en la perspectiva del Calvario. El santo anciano había levantado la cruz delante de ella, y no cesa de contemplarla. Madre tierna, se ocupa del divino niño y del adolescente, pero como lo haría un sacerdote, preparando la víctima para la inmolación. Como Abrahám subía la montaña donde

14 Santo Tomás de Villanueva, *Sermón sobre la purificación de la bienaventurada Virgen María*.

debía inmolar a su hijo, María andaba cada día un paso hacia el Calvario.

Así, pues, en el día de la presentación, ha renovado su consentimiento al gran misterio aceptando el sacrificio de su Hijo por nuestra salvación. Por nuestra causa sufre ella.

## EL CALVARIO

Iluminado con luz profética, Juan Bautista reconocía en Jesús al Redentor, al que iba a morir para expiar los pecados de los hombres: «*He aquí el cordero de Dios, dice él, he aquí el que quita los pecados del mundo*»<sup>15</sup>. ¡Cuánto más brillaba esta verdad a los ojos de nuestra Señora! Su perfecta comprensión de las divinas Escrituras hubiera bastado para revelarles la horrorosa pasión a que marchaba su Hijo. Por ventura no veía ella en Isaías esta clara profecía: «*Muchos se han admirado al verlo; tan desfigurado estaba; su aspecto no era el de un hombre, ni su rostro como el de los hijos de los hombres... Despreciado y abandonado, varón de dolores y que sabe de trabajos, como un objeto que repugna mirar*»<sup>16</sup>.

Estas y otras profecías María las meditaba, y sabía que iban a cumplirse en su Hijo. Sin duda alguna, el mismo Jesús conversaba frecuentemente con ella de esto, como de la gran obra común que tenían que cumplir. Si anunció muchas veces a sus discípulos su pasión y su muerte en Jerusalén, ¿cómo podría ocultárselo a su madre, que debía tener en ella una parte tan importante? Le hablaba de todo ello para que viviese con él en el pensamiento del sacrificio, y pudiese decir también con él: «*Debo ser bautizada con un bautismo*»<sup>17</sup>.

¿Se puede imaginar lo que era para nuestra Señora el pensamiento de esta horrible pasión y el presentimiento de esta cruz levantada ante sus ojos interiores? Piensen en la agonía de una madre que supiera de antemano las torturas a que se vería sometido su hijo, y sospecharán algo del martirio interior de María cuando meditaba con la Escritura versículos como éstos: «*Ha sido llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados... Se lo maltrata,*

15 Jn. 1. 29.

16 Is. 52, 14; 53, 2-3.

17 Ver Luc. 12. 50.

y no abre su boca, semejante a la oveja que se lleva al matadero... El Señor quiso quebrantarlo con trabajos... Y con los malvados fue contado»<sup>18</sup>.

Santa Angela de Foligno decía de Jesús: «habitó en el dolor». Esto se podría decir exactamente de nuestra Señora, que sentía cada año y cada día la aproximación de aquella hora terrible en que su Hijo sería entregado como presa de la maldad humana. Pues bien, por nosotros acepta de antemano este martirio. La misma profesía que le revelaba la profundidad de los sufrimientos de su Hijo le declaraba también su fin que era la salvación de los hombres:

*"Verdaderamente, tomó sobre sí nuestras enfermedades, y él cargó con nuestros dolores. El castigo para nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos curados... Si ofreciese su alma por el pecado, verá una descendencia muy duradera»*<sup>19</sup>.

La Virgen María entraba en los decretos de Dios y aceptaba previamente este sacrificio que abriría las fuentes de la vida. Y aunque su corazón fuera por esto traspasado, deseaba, como Jesús, que llegara esta hora que, dando a su Hijo y a ella misma una *posteridad*, debía restituir a Dios sus hijos perdidos.

Cuando llegó a esta hora temible, María estuvo preparada, y se la vio de pie, al lado de su Hijo: «*Al pie de la cruz estaba la Madre de Jesús*»<sup>20</sup>.

*De pie*, como un sacrificador, ofrecía la víctima, libremente, voluntariamente. Nadie puede formarse una idea de su dolor en esas horas terribles, dolor profundamente acrecentado por la inefable ternura de su corazón, la perfecta delicadeza de su complexión y, sobre todo, por sus presentimientos, ya que ella es madre y está unida a su Hijo por un privilegio único de perfección y de santidad. Sin embargo, no la debemos representar abatida, desfallecida, sostenida por las santas mujeres. No, *estaba de pie*, como el sacerdote en el altar, absolutamente dueña de sus pensamientos, de sus sentimientos y de su voluntad. Hacía algo más que resignarse a las exigencias de la justicia

18 Is. 53, 5-7. 9.

19 Is. 53, 4-5. 10.

20 Jn. 19, 25.



divina, entraba sin reserva en los designios del Padre eterno, sacrificando a su Hijo único por la salvación del mundo<sup>21</sup>. Perfeccionaba el consentimiento dado en la anunciación, confirmado en la presentación y renovado durante toda su vida: entregaba a su Hijo por nosotros.

Lo que dominaba entonces su alma era el pensamiento de nuestra redención. «Cuando con una mirada maternal contemplaba las llagas de su Hijo, dice san Ambrosio, lo que le preocupaba no era la muerte de este Hijo amado, sino la salvación del mundo»<sup>22</sup>. Aunque hubiera podido apartar a Jesús de la cruz y librarlo del suplicio, no lo hubiera hecho, como tampoco el mismo Jesús quiso ocultarse a sus verdugos. Decía ella también en su corazón: «*El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no he de beberlo acaso?*»<sup>23</sup>. Si durante toda su vida estuvo íntimamente unida a su Hijo para querer todo lo que él quería, nunca esta unión fue más perfecta que en la hora en que Cristo consumaba su misión. «La voluntad de Cristo y la de María no formaban más que una sola, sus dos holocaustos eran un solo holocausto. Jesús y María ofrecen de un modo semejante su sacrificio a Dios: Jesús, en la sangre de su carne; María, en la sangre de su corazón»<sup>24</sup>.

Por eso María estaba de pie, junto a la cruz, en actitud sacerdotal, inmolando a su Hijo para que viviéramos nosotros.

Al mismo tiempo, se ofrecía a sí misma con su corazón traspasado, su alma desolada, con su dolor «*inmenso como el mar*»<sup>25</sup>.

21 «Es necesario que se una al Padre eterno y, de común cuerdo, entreguen su común Hijo al suplicio, pues por esto la ha llamado la Providencia al pie de la cruz» (Bossuet, *Sermón 1 sobre la compasión*).

22 S. Ambrosio, *In Luc.*, 1. 10, n° 152; *P. L.*, 15, 183.

23 Jn. 18, 11.

24 Arnoldus Bonaeval.

25 Lament. 2, 13.

### III

## La Virgen María es nuestra Madre

La Virgen María tiene, por consiguiente, dos alumbramientos: por el primero, en Belén, en la indecible dulzura de una suprema alegría, el Verbo encarnado entra en este mundo; por el segundo, a través de una inmensa agonía, todo un pueblo viene a la vida divina. Por una madre tenemos la vida: a la gracia hemos nacido por la Virgen María; es verdaderamente nuestra Madre. No debo entender esta apelación en sentido figurado, sino en sentido muy propio y muy real. Una mujer nos ha dado la vida del cuerpo: María nos ha dado la vida del alma, la que une al alma con Dios. Nos ha amado y ha sufrido por nosotros. Su corazón se derrama sobre nosotros, un corazón del que brota la vida, un corazón de mujer, un corazón de madre. Y Madre perfecta: esta vida divina que debemos vivir, la posee ella plenamente y puede comunicárnosla. Su maternidad está hecha a imagen de la paternidad de Dios. Ella nos da todo. ¡Y con qué generosidad y con qué afecto! Puesto que Dios le encomienda distribuirnos todos sus dones, le encomienda también que lo haga con su amor. Esta es su misión. No está hecha ella para enseñar ni para juzgar: ama, es Madre.

Hasta tal punto es Madre, que en todas partes donde la vemos ejercer su maternidad divina con Jesús, la vemos igualmente ejercer su maternidad de gracia en nuestro provecho. En el pesebre, guarda a Jesús y lo presenta a los pastores y a los magos; en el templo, lo ofrece, pero por nosotros; en el Calvario, asiste a su Hijo y lo inmola por nuestra salvación. En el momento en que cumple su último deber maternal hacia Jesús, éste declara que ella es Madre de las almas.

Nos enseña el Concilio Vaticano II: "La santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios, juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, asociada singularmente, generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la Cruz, cooperó en modo sin par a la obra del Salvador con la obediencia, la fe y la esperanza, y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia" (*Lumen Gentium*, n. 61; ver también los nn. 58 y 65).

## IV

### La Virgen María, madre de la Iglesia

Su poder maternal se extiende a la Iglesia entera. Su misión no hacía más que empezar cuando dio a Cristo su cuerpo material: ahora le da su cuerpo espiritual. Con su carne y con su leche formó el cuerpo personal de Cristo: con su corazón y con su amor activo forma su cuerpo místico. Jesús no es más que el primero de sus hijos. Ella es, como Eva, «la madre de los vivientes»<sup>26</sup>. Busca a los predestinados para incorporarlos a Cristo. Todos los predestinados a la gracia son también predestinados a ser hijos suyos.

Trabaja en la unidad de las almas en el cuerpo místico; es la obra de la maternidad: la madre forma los miembros en su seno y los une en un solo cuerpo. Así nuestra Señora forma cada miembro místico de Jesús y los une orgánicamente a la cabeza.

Por la Iglesia queda ella sobre la tierra después de la ascensión; hace con ella lo que hizo con Jesús: vela sobre su cuna. La Escritura nos ha conservado la primera visión de la Iglesia: en un mismo espíritu, en la oración, los hermanos de Jesús se han agrupado alrededor de la Madre<sup>27</sup>.

Tenían necesidad de ella para conservar el espíritu de Jesús y no amilanarse por la persecución que empezaba. Los peligros que habían amenazado al recién nacido en Belén, amenazaban ahora su cuerpo místico. ¡Que la Madre que ha salvado a Cristo niño esté allí para

26 Gn. 3, 20.

27 Ver Hech. 1, 14.

velar sobre la Iglesia naciente! ¿No es admirable que este misterio de Cristo que no pudo comenzar en la encarnación sino por María, entre, el día de pentecostés en su plenitud, también por la mediación de María?

La invocamos todos los días llamándola «Arca de la alianza». El arca de la alianza guardaba en el silencio del *sancta sanctorum* todo el tesoro del pueblo fiel; era su protección y su esperanza. Nuestra Señora, siempre oculta en su acción, está en la fuente de la vida de la Iglesia. Como las madres, se oculta en el secreto del hogar, pero distribuye la vida. Arca de alianza de la Iglesia, es su fuerza secreta, el corazón de su santidad.

"El consentimiento total e incondicional de la 'sierva del Señor' al designio de Dios fue una adhesión libre y consciente. María consintió en convertirse en la Madre del Mesías que 'vino para salvar a su pueblo de sus pecados'. No se trató de un simple consentimiento para el nacimiento de Jesús, sino de la aceptación responsable de participar en la obra de la salvación que El venía a realizar. ...Al pronunciar su 'fiat', María no se convierte sólo en Madre del Cristo histórico; su gesto la convierte en Madre de Cristo total, Madre de la Iglesia" (Juan Pablo II, *Homilía* en Efeso, 31 XI 1979; *L'Oss. Rom.* del 9 XII 1979).

## V

### «En el seno de María»

¡Cuántas veces ha explicado san Pablo a los primeros cristianos, que vivimos en Cristo<sup>28</sup>: Estamos incorporados a Cristo, sumergidos en Cristo, revestidos de Cristo. Cristo es como una especie de atmósfera de la que estamos rodeados, donde viven los miembros de su cuerpo místico.

Igualmente podemos decir que vivimos en el seno de María. Este poder maternal de nuestra Señora, ¿no es también una especie de atmósfera en la que vive la cristiandad? Todos los elegidos son formados en su seno. La vida de la gracia no es, desde sus comienzos, una vida activa; tiene sus crecimientos, tiene su infancia; es una vida que se hace. Necesita una madre para el tiempo de su debilidad. Y este período de infancia dura toda nuestra vida terrestre. Mientras estamos en la vida de la gracia, nos hallamos en el período de alumbramiento, de formación. ¿No es la gracia el germen de la gloria? Hasta los santos son niños ante ella. Y ved la intimidad que esto nos proporciona con la santísima Virgen, puesto que en su seno es donde hemos sido formados. Todo el tiempo que el niño vive en el seno de su madre forma una sola cosa con ella; lo que tiene de vida, de ella procede. Hasta el día en que nacemos a la vida eterna, María nos lleva en el calor de su afecto. Nos alimenta con la gracia cuya plenitud posee. De la sangre de Jesús forma en sí la leche de la gracia que adapta a nuestra tierna edad.

28 Rom. 6, 8. 11. 23; 1 Cor. 1, 30; Gal. 3, 14. 28. Ef. 1. 1-3; 2, 5-7; 3, 17; Flp. 4, 7; Col. 1, 12; 3, 3...

¿Qué cristiano hay que no tenga el sentimiento de vivir y de crecer en una atmósfera de amor maternal? «La Reina de gracia y misericordia se inclinó sobre sus hijos e hijas, refiere santa Angela de Foligno. Se inclinó y los bendijo con una bendición inmensa, y atrayéndolos hacia su corazón, los abrazó de distinto modo. Se diría que tenía los brazos alargados por el amor. Estaba toda ella luminosa, y parecía como que los absorbía en el interior de sí misma en una luz inmensa. No vayáis a creer que lo que yo veía eran brazos de carne: toda era luz y luz admirable. La Virgen estrechando a los hijos contra su corazón, por la virtud del amor que salía del fondo de su ser, los absorbía en sí misma»<sup>29</sup>.

29 Santa Angela de Foligno, *Visiones y revelaciones*,

*La Virgen María  
y el crecimiento de  
nuestra vida*



## I

### Nuestra vida debe crecer

Toda vida tiende a crecer y a desarrollarse: el niño tiene por ley hacerse hombre. Lo mismo sucede con la vida sobrenatural: debe desarrollarse. Es evidente que Dios habría podido determinar que, como los ángeles, fijáramos nuestra eternidad por un solo acto de la voluntad; pero ha querido que podamos crecer, y para ello nos ha dado el tiempo y los medios. La gracia que recibimos en el bautismo es un punto de partida. «*La senda de los justos es como la luz del alba, dice la Escritura, que va en aumento hasta llegar a pleno día*»<sup>1</sup>. San Pablo ha insistido con frecuencia sobre esta verdad, y nos dice de todas maneras cómo debemos crecer en la gracia y «*llegar a la edad perfecta de Cristo*»<sup>2</sup>.

La Virgen María nos ayuda a crecer en Cristo. Es madre; y una madre no se contenta con dar la vida a su hijo: está atenta a su crecimiento, quiere llevarlo a su perfección. El crecimiento sobrenatural exige a cada instante nuevas energías, gracias siempre actuales sin las que nos veríamos inmediatamente paralizados. Nuestra Señora nos da estas gracias, todas las gracias que necesitamos, para los detalles de nuestra vida, para todas las dificultades, para todos los progresos posibles.

Pentecostés es una imagen de lo que sucederá hasta el fin de los tiempos. Ese día, descendió el Espíritu Santo sobre los fieles por la

1 Prov., 4, 18.

2 Ef. 4, 13.

oración de María: y así será siempre. «Nuestra Señora, dice san Bernardino de Sena, ha obtenido una especie de jurisdicción, si así puedo expresarme, una autoridad sobre todas las comunicaciones del Espíritu Santo».

Indudablemente, la distribución de la gracia pertenece por derecho propio al único mediador, Cristo. Sólo Dios puede producir la gracia en el fondo del alma. Sólo la divinidad puede divinizar, dice santo Tomás<sup>3</sup>.

Pero ha querido Dios que Cristo y su madre, por su íntima unión en la redención, estuviesen también unidos en esta repartición de la gracia. Podía Dios distribuir la gracia solo, pero quiere distribuirla por María.

3 Santo Tomás, *Suma teológica*, 2-2, c. 112, a. 1.

## II

### La Virgen María, primer ministro de la gracia

Todo lo que la pasión de Cristo nos ha merecido en rigor de justicia, nos lo ha merecido la compasión de María a título de amistad. Hoy nos distribuye nuestra Señora estas gracias merecidas en un tan gran dolor. «Habiendo prestado su ministerio en la obra de la redención de los hombres, ejerce igualmente el mismo ministerio en la dispensación de la gracia que fluye perpetuamente de la cruz, investida como está para este fin de un poder casi inmenso»<sup>4</sup>.

Cristo la ha asociado íntimamente a todo su misterio. Para que la encarnación se cumpla necesita su libre consentimiento; «tan necesario ha sido a los hombres que María haya deseado su salvación»<sup>5</sup>. En el calvario ha sufrido con su Hijo por nuestra salvación. ¿Será justo que ahora no pueda distribuir los efectos de estos misterios, las gracias de santificación? «Habiendo querido Dios darnos a Jesucristo por medio de la santísima Virgen, este orden no se ha cambiado. Los dones de Dios son irrevocables<sup>6</sup>. Es verdad y lo será siempre que, habiendo recibido una vez por ella el principio universal de la gracia, recibamos también por ella sus diversas aplicaciones en todos los estados diferentes que componen la vida cristiana. Habiendo contribuido tanto la caridad maternal para nuestra salvación en el misterio de la encarnación, contribuirá eternamente en todas las demás operaciones que no son más que su consecuencia»<sup>7</sup>.

4 León XIII. Enc. *Adiuricem populi*, 5 de septiembre de 1893.

5 Bossuet.

6 Rom. 11, 29.

7 Bossuet, *Tercer sermón para la fiesta de la Concepción*, 1er. punto.

Ahora, en el cielo, nos aplica Cristo los méritos de sus sufrimientos, es nuestro abogado, e intercede por nosotros<sup>8</sup>. Lo mismo hay que decir de María: en la tierra, corredentora, nos ha salvado; en el cielo, es nuestra abogada; sin cesar intercede por nosotros. Pide que nos sean aplicadas todas las gracias merecidas por su Hijo y por ella misma. Todo el lugar que ocupaba en el misterio de la encarnación y de la redención lo ocupa en el de la santificación.

San Pablo escribe de Cristo: «*Está siempre vivo para interceder por nosotros. Tal Pontífice convenía que tuviésemos nosotros... Tenemos un Pontífice que está sentado en los cielos a la diestra del trono de la Majestad...; ha alcanzado tanto mejor ministerio cuanto es mediador de mejor alianza*»<sup>9</sup>. Apliquemos estos magníficos textos a nuestra Señora, salvando las proporciones necesarias. Está sentada a la diestra de Dios para interceder por nosotros, para ejercer el ministerio de mediación que es propiamente sacerdotal<sup>10</sup>. Es el ministro de la gracia. Su maternidad divina le ha conferido un sacerdocio más alto que el sacerdocio sacramental, el cual ejerce con el de su Hijo, cuyo complemento es: Virgen sacerdotal, ayuda del sacerdote eterno, mediadora universal, distribuirá siempre la vida divina a los redimidos de Dios.

¿Sería Madre sin esto? Pues María es Madre, y toda ella es Madre. Nos ha engendrado a costa de un inmenso dolor. Esto no era para abandonarnos. Quiere cumplir todas las funciones maternas: sustentar, desarrollar, aumentar la vida de sus hijos, hacer de ellos miembros de Jesús. Toda la salvación nos viene por ella. «Cuando Jesús, estando en la cruz, dijo a Juan, y en su persona a toda la Iglesia: He ahí tu Madre, constituyó a María administradora de toda la Iglesia. Como si dijera: nadie puede salvarse sino por el mérito de mi cruz y de mi muerte, y así, nadie puede participar de mi sangre sino por la intercesión de mi Madre. Sólo será hijo de mis dolores el que tenga a María por Madre. Mis heridas son fuentes eternas de gracia, siempre abiertas, pero no correrán sino por el canal de María. En vano invoca al Padre quien no ama a María como Madre...»<sup>11</sup>.

8 Ver Heb. 7, 25.

9 Heb. 7, 25-26; 8. 6.

10 Pío X, *Princeps gratiarum largiendarum ministra*.

11 Contenson, *Theol. mentis et cordis*, t. 3, p. 210, Edición Vivés.

### III

## ¿Cómo?

#### 1. LA VIRGEN MARIA RUEGA POR NOSOTROS

Nuestro amor filial experimenta una satisfacción muy legítima cuando puede darse cuenta del modo con que nuestra Madre distribuye la vida divina: María intercede por nosotros, obra sobre nosotros.

#### *Oración iluminada*

En el cielo, conocen los elegidos, en la visión del Verbo, todo lo que puede interesarles sobre la tierra, según la misión que en ella han desempeñado. La perfección de su felicidad lo reclama. Un padre, una madre, conocen la vocación, los peligros y las necesidades de sus hijos; pueden prestarles ayuda. Es un conocimiento actual perfecto de lo que interesa a los redimidos, sus hijos. ¿Podría ella ejercer una maternidad real sin el conocimiento preciso de nuestra vocación y de nuestras necesidades? Es menester que sea toda ella para todos y para cada uno. Nos penetra con su prodigiosa intuición maternal. Nos ve en el Verbo de Dios. Nos conoce como nos conoce Dios. Nos distingue a todos, particularmente, como el buen pastor conoce por su nombre a cada una de sus ovejas. No hay que admirarse de esto: su conocimiento está medido por la eternidad. Sabe mi vocación personal, el pensamiento de Dios sobre mí, la perfección que debo realizar, la gloria que debo alcanzar.

Conoce también mi historia, mis flaquezas, mis peligros presentes y las gracias que necesito hoy, en este mismo instante, para perseverar. Asociada a la obra de la santificación, le comunica Dios su pensamiento sobre todos los que han sido redimidos. Su salvación

interesa a su corazón, como a una madre; son los hijos de sus dolores. Faltaría mucho a su felicidad si no pudiera vigilar la vida sobrenatural de sus hijos. La perfección de su unión con Dios le da un conocimiento perfectísimo de nuestro amor, de nuestros deseos, de nuestras enfermedades, hasta de las propias necesidades que nosotros desconocemos. En la tierra, ¿no adivinan las madres a sus hijos? El secreto de mi vocación personal que yo ignoro, lo conoce ella para ayudarme a realizarlo.

¡Qué dulce es pensar que frecuentemente la santísima Virgen ruega para remediar necesidades que no conocemos! Una de nuestras desgracias es estar ciegos sobre nosotros mismos. Pero los ojos de una madre lo penetran todo. María lo ve todo en la visión divina. Y muchas veces, movida por nuestra ignorada miseria.

«Hacia vos, Madre de misericordia, Madre de los miserables, gimen los desterrados de Eva. Nuestras mismas miserias claman hacia vos. Nuestra miseria tiene su clamor. Este valle del mundo resuena con llanto clamoroso, de tal modo, que si los hombres no claman, nuestra miseria clama ella misma hacia vos. No puede callarse ante vos, y no podéis menos de oírla, porque sois la Madre de misericordia»<sup>12</sup>.

### *Oración maternal*

Pero, sobre todo, la Virgen María nos ama.

Dios es amor. Cristo nos ha salvado por amor. «*Me ha amado y se ha entregado por mí*»<sup>13</sup>. María también. Ella ha sido arrastrada por el movimiento del amor infinito, y su ternura maternal la ha llevado a ofrecer a su Hijo por nosotros.

¿Hace falta insistir? Si hay una realidad por la cual los fieles se hayan interesado a fondo, es la de la inefable ternura de María por los hombres. Nos ama como una madre, y una madre que ha sufrido mucho: somos hijos suyos que le han costado un martirio indecible.

Nos ama con un amor verdadero: quiere librarnos de nuestros males, de nuestras miserias, sacarnos de nuestras vergüenzas, educarnos como lo hace una madre, atraernos a Dios, llenarnos de la vida. Si

12 Ricardo de San Víctor, *In Cant.*; P. L., 116, 475.

13 Gal. 2, 20.

alguno es pequeñito entre los suyos, hacia él corre, por él su misericordia se apiada y su ternura es más activa.

Es a Jesús a quien ama todavía en nosotros.

Somos los miembros de su Hijo. Ama a los justos, unidos a Jesús. Ama a los pecadores para unirlos a Jesús. Se trata siempre de concebir y de formar el Cuerpo místico. La ternura que ha dado a Cristo continúa derramándola sobre los miembros de Cristo. ¿Quién ha visto nunca tal amor, semejante maternidad?

La bienaventuranza que tiene en el cielo, lejos de enfriar su caridad, la hace más ardiente. ¡Qué deseo de salvar a aquellos por quienes Jesús ha muerto, de ver expansionarse y crecer en santidad la familia de Dios! Su amor inflama su oración. «La oración por el prójimo, dice santo Tomás, procede del amor». En el cielo, los santos que tienen una caridad más perfecta ruegan más por los que están sobre la tierra y los ayudan con estas oraciones. Cuanto más unidos están a Dios, más eficaces son sus oraciones. Es una ley de orden divino, que la excelencia de los superiores influya en los inferiores. Por esto san Pablo dice de Cristo: «*Está junto a Dios para interceder por nosotros*»<sup>14</sup>. La Virgen María está cerca de él como estuvo en otro tiempo en la gruta y en la cruz ejerciendo con ternura su maternidad.

#### *Oración omnipotente*

Se adivina el poder de esta intercesión. Hace tiempo que la tradición cristiana ha llamado a nuestra Señora: *Omnipotentia supplex*, la omnipotencia suplicante. Todo lo que Dios puede por su voluntad, lo puede María con su oración. Su título de Madre y de Mediadora le da para con Dios un poder inmenso. «Vuestra intercesión nunca es rechazada por el Señor, dice san Juan Damasceno, no niega nada a vuestras peticiones, pues tan cerca estáis de la simplicísima y adorabilísima Trinidad»<sup>15</sup>.

Santo Tomás nos dice cuál es la oración de nuestro Señor ante su Padre: «Intercede por nosotros presentando ante su Padre la humanidad que tomó por nosotros, y exponiendo el deseo que su alma santísima tiene de nuestra salvación»<sup>16</sup>. Lo mismo nuestra Señora: Madre

14 Ver Rom. 8, 34.

15 S. Juan Damasceno, *Hom. in Annunc. B. M. V.*; P. G., 96, col. 647.

16 *Comm. ad Rom.*, c. 8, lect. 4.

de Dios, asociada al Redentor, recuerda sus sufrimientos y su amor, sufrimientos y amor tan íntimamente mezclados con los de su Hijo.

La omnipotencia de esta oración se mide por el mérito y la santidad de la Virgen. Excede, y con mucho, la oración de los demás santos. «Lo que todos pueden con vos, lo podéis vos sola sin ellos, dice san Anselmo. Si guardáis silencio, nadie rogará por nosotros, nadie me ayudará. Pero rogad vos, y los demás pedirán y me ayudarán»<sup>17</sup>.

Se concedió a santa Gertrudis ver, en una graciosa visión, cuán poderosa es la oración de María. «Durante el canto del versículo: *Ruega por el pueblo*, la Reina de las vírgenes se adelantó (ante el trono de Dios), se arrodilló con respeto, y se presentó como mediadora entre Dios y la congregación, orando muy devotamente por cada uno. Pero el Rey de reyes, su Hijo, la levantó con gran deferencia, y poniéndola a su lado sobre el trono de gloria, le dio poder ilimitado de mandar a su gusto»<sup>18</sup>.

Por esta oración lo tenemos todo. Todo lo que nos es necesario para la vida divina: para entrar en ella, la gracia santificante; para perseverar en ella y progresar, las gracias actuales; las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, los auxilios particulares para resistir a las tentaciones, todos los beneficios divinos ordenados a nuestra salvación, todo, en fin, todo nos viene por María. No podemos dar un paso si no es bajo su influjo. Todo nuestro progreso sobrenatural depende de ella, porque si avanzamos es debido a la gracia que ella distribuye. Ella es quien preside la formación y el acrecentamiento del Cristo místico, la formación de la Iglesia y de los santos. Porque Jesús es el grano de mostaza que crece en la Iglesia; y es María la que vigila su crecimiento, como ha vigilado el crecimiento del cuerpo físico de Jesús en Belén y en Nazaret.

Pensemos o no pensemos en ello, estamos sin cesar bajo el influjo de María. La mediación del Salvador es, por derecho, la única absolutamente necesaria. Mas, como se ha dignado la providencia asociar tan íntimamente la mediación de María a la de su Hijo, y no conceder ninguna gracia sino por ella, su mediación ha llegado a sernos, de hecho, necesaria. «A todos distribuye ella todos los bienes»,

17 S. Anselmo, *Orat. ad B. B. V.*; *P. L.*, 158, col. 9.

18 *El heraldo del amor divino*, lib. 4, c. 9.



dice san Alberto Magno. «He aquí la economía de las gracias que descienden sobre el género humano, dice san Bernardino de Sena: Dios es la fuente universal de ellas; Cristo es el mediador universal; María, la distribuidora universal. La Virgen es el cuello místico de nuestra divina cabeza; por este órgano son comunicados los dones celestiales al resto del cuerpo»<sup>19</sup>.

«El Espíritu Santo ha comunicado a María, su fiel esposa, sus dones inefables, y la ha escogido como dispensadora de todo lo que posee: de tal suerte, que ella distribuye a quien quiere, cuanto quiere, como quiere y cuando quiere todos estos dones y todas estas gracias, y no se hace ningún don celestial que no pase por sus manos virginales. Porque tal es la voluntad de Dios, que ha querido que todo lo tengamos por María»<sup>20</sup>

Esta perpetua dependencia de nuestra Señora y de su amor maternal es un motivo de grande confianza y alegría. «En el momento en que menos pensaba en ello, refiere santa Angela de Foligno, fui arrebatada en espíritu y vi a la Virgen en la gloria. ¡Cómo una mujer podía estar colocada sobre tal trono, y con tal majestad! Este sentimiento me inundó de una alegría inefable... Estaba de pie, rogando por el género humano: la aptitud que nace de la bondad y la que procede del poder daba a su oración virtudes inenarrables. Yo estaba transportada de felicidad a la vista de esta oración»<sup>21</sup>.

«Yo soy la servidora del eterno amor, decía nuestra Señora a santa Verónica, soy la guardiana y la señora de tu alma: *por mí sabrás amar*»<sup>22</sup>.

## 2. LA VIRGEN MARIA OBRA SOBRE NOSOTROS

¿Qué queremos decir cuando enseñamos que todas las gracias nos vienen por María? No decimos que la gracia, como un don precioso, pase de Dios a nosotros por sus manos; no imaginamos la gracia de un modo material, como un agua, por ejemplo, que fluyera del océano divino en nuestra alma por el acueducto de María. La gracia es una cualidad; es producida en el alma. Y María es quien recibe de

19 S. Bernardino de Siena, *Sermo 10 in Quadr.*

20 S. Luis Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a María*, 1<sup>o</sup> parte, c. 2, l.

21 Santa Angela de Foligno, *El libro de las visiones*, c. 44.

22 Désiré des Planches, *El diario de santa Verónica Giuliani*, p. 259.

Dios el poder de obrar por la virtud del Espíritu Santo la gracia en nosotros.

En realidad, se trata hasta ahora de la intercesión de María. Esta intercesión es un poder ilimitado que Dios le da sobre nosotros. Es el ejercicio activo de su patronato maternal. «Oh Reina, decía Dante, que puedes lo que quieres». Dios ha querido que la oración de María sea una orden. Ante la Trinidad, esta oración es una súplica que muestra su dependencia y la unión de su voluntad con la voluntad divina. Sobre nosotros, es la señal de su poder maternal y la señal eficaz para la gracia. Intercediendo, nuestra Señora produce la gracia en nosotros. Su oración es una acción productora de vida. Cuando ella ruega, forma santos.

Como se ve, esta influencia de la Virgen tiene su carácter particular. Es una oración, pero una oración eficaz, soberana; una oración que se convierte en un poder que se despliega por toda la extensión del reino de Dios. En suma, es una oración sacerdotal, siempre ligada a la voluntad de Dios. María es la ayuda de Cristo: como él y con él obra sin cesar sobre los santos.

En ella y por su acción eficaz se ha formado la humanidad de Jesús: en ella también y con su activa cooperación forma el Espíritu Santo los miembros de esta humanidad. «Dios Espíritu Santo, siendo estéril en Dios, es decir, no produciendo otra persona divina, se ha hecho fecundo por María, con quien se ha desposado. Con ella, y en ella y de ella, produce su obra maestra, que es un Dios hecho hombre, y produce todos los días hasta el fin del mundo los predestinados y los miembros del cuerpo de este Jefe adorable. Por eso, cuanto más encuentre en un alma a María, su querida e indisoluble esposa, se hace más operante y poderoso para producir a Jesucristo en esta alma, y esta alma en Jesucristo»<sup>23</sup>.

¿En qué consiste la acción de nuestra Señora? Pensad en lo que ella ha hecho por Jesús durante su vida terrestre: lo ha concebido, ha velado sobre su crecimiento, lo ha ofrecido a Dios y lo ha presentado a los hombres; lo ha asistido en su inmolación. Esto es lo que hace todavía por el cuerpo místico. Todos sus misterios se renuevan en

23 S. Luis G. de Montfort, *Tratado...*, 1º parte, c. 1, 2.

nuestro favor. La encarnación, la visitación, la presentación, la compasión continúan cada día para la formación de los miembros de Cristo.

Para saber si su acción es profunda e íntima, acordémonos de que es madre; nos concibe y da a luz a la vida divina. ¿Y qué es el niño en el seno de su madre? Toda su vida, ¿no viene de su madre? Todo procede de ella y vive de ella. De aquí el carácter de esta acción: es maternal. Es discreta, se ejerce en la intimidad del alma. Hace pensar en la influencia de la eucaristía en la Iglesia. Esta hostia, que aparentemente parece nada, es, sin embargo, la vida de la cristiandad. Como su Hijo, nuestra Señora se oculta en el silencio, pero no cesa de obrar por una influencia completamente interior. Según una ley de la vida espiritual, una influencia es tanto más íntima, cuanto más elevada y profunda. La influencia silenciosa de María es la levadura que nos hace levantar sobre nuestras imperfecciones, el fermento que estimula nuestra actividad.

## IV

### La presencia de la Virgen María en nuestra vida

La Virgen María está sin cesar presente en la Iglesia. Obra sobre la vida del cuerpo místico. La liturgia le aplica las palabras de los Proverbios: «*Yo estaba jugando en la presencia de Dios en todo tiempo... y mis delicias están con los hijos de los hombres*»<sup>24</sup>. ¿Qué parte tiene en la providencia de Dios? Ella gobierna los hombres, rige la cristiandad, tan atormentada en muchas ocasiones, y está atenta a sus vicisitudes; provee a sus necesidades y responde a sus llamamientos; lleva todo a buen fin, que es la formación del cuerpo místico. Y esto es «*un juego*» para ella, nos asegura el Espíritu Santo: esta acción universal sobre la creación, cuyo pensamiento nos produce vértigo, no excede el poder único de la Madre de Dios. Su poder inmenso se ejerce a cada hora con actos perfectos, infinitamente diversos y múltiples, actos fuertes y tiernos para llegar a cada alma y a Cristo todo entero a quien ella cubre con su amor. Su acción discreta, tan dulce y delicada, se insinúa sin cesar en la creación. Una de las realidades que más rápidamente ha experimentado la Iglesia es que está guiada por la acción invisible, e impregnada de la influencia maternal de nuestra Señora.

Ella está también presente en cada alma, con una presencia espiritual que es una realidad bien dulce. María está con nosotros porque nos ve, porque nos ama, y porque se ocupa de nosotros. Está cerca de nosotros, más cerca que nuestro ángel de la guarda, en cierto

24 Prov., 8, 30-31.

sentido, más cerca que nosotros mismos: tiene conocimiento perfecto de cada uno de sus hijos, cuya vocación y más recónditos secretos sabe. Esa parte de nosotros que ocultamos a todos, y que muchas veces nosotros mismos desconocemos, ella la penetra. Tiene todos los medios de mezclarse en nuestra vida cotidiana, y de dirigirla. ¡Qué fácil nos es encontrarla! Entre ella y nosotros hay un verdadero cambio de pensamiento y de amor.

Algunos, acaso, pensarán en la distancia que nos separa de su cuerpo glorificado. Pero, ¿qué importa el espacio? La presencia universal de Dios colma toda distancia; su poder suprime la lejanía. Se sabe perfectamente que dos seres corporales pueden estar contiguos y extraños el uno al otro. La presencia empieza con el conocimiento; la intimidad se hace por la inteligencia y por el corazón. ¿No estamos sin cesar unidos a María por el pensamiento y el amor? Le hablamos y nos oye; invocamos su ayuda y responde con la gracia; está en contacto permanente con sus hijos. Ve todo y todo lo provee. Nos está presente, como está presente la madre al hijo que ha concebido y lleva consigo.

Algunos de sus devotos han hablado también de una presencia especial de nuestra Señora en el alma. San Luis G. de Montfort habla de esto en el *Secreto de María*: «Guárdate de atormentarte si no gozas tan pronto en tu interior de la dulce presencia de la santísima Virgen. Esta gracia no se hace a todos, y cuando Dios, por gran misericordia, regala con ella a alguna alma, es fácil que la pierda si no es fiel en recogerse con frecuencia». En otra parte, el Santo designa esta presencia con una palabra más clara: «la morada en la hermosura interior de María». San Felipe Neri, san Ignacio, M. Olier y otros han gozado habitualmente de esta presencia.

Que el alma se acostumbre a vivir con María, a obrar según sus intenciones y con su amor, a ir a Dios pro su Madre; que ella misma esté presente a María por medio de la fe. E indudablemente, esta presencia de María, que es una gracia preciosa, sin ser, al parecer, un hecho extraordinario de la vida cristiana, que es, en suma, una presencia de influencia y de amor, llegará a ser una dulce realidad en vuestra vida y el punto de partida de nuevas ascensiones espirituales.

Esta presencia espiritual de María en las almas y en el cuerpo místico es una de las mayores y más dulces realidades de la vida de la Iglesia.

*La Virgen María  
nos hace crecer por  
los sacramentos*

También los sacramentos hacen crecer nuestra vida.

Son un medio maravilloso de santificación. Hasta son el medio normal por el que Dios lleva a los hombres a la santidad. Son las fuentes principales de la vida, aquellas que anunciaba Isaías: «*Sacaréis agua con gozo de las fuentes de salvación*»<sup>1</sup>: las fuentes del Calvario, las llagas de Cristo. Toda vida viene de su sangre.

La humanidad de Cristo es la que nos santifica por los sacramentos. «*Las riquezas incomprensibles de Cristo*»<sup>2</sup> como dice san Pablo, nos vienen por ellos. «*Salía de él un poder que curaba*», dice el Evangelio<sup>3</sup>. Lo mismo sucede hoy cuando nos acercamos a él con confianza: como la mujer del Evangelio experimentamos el mismo efecto de salud: «*Alguno me ha tocado, porque yo he conocido que ha salido virtud de mi*»<sup>4</sup>

La vida cristiana es una vida sacramental. Nacemos por un sacramento, somos alimentados por un sacramento, curados por un sacramento, y nuestra vida es fortalecida por un sacramento. Algunos nos señalan con el sello de Cristo. Si estamos unidos a Cristo, es por su efecto: el fin único de todos es unimos a Cristo y estrechar el lazo de esta unión.

No se comprueba este desarrollo de la vida por los sacramentos sin una especie de estupor: es el crecimiento de Cristo en las almas.

1 Is. 12, 3. (Vg.: del Salvador).

2 Ver Ef. 2, 7; 3, 8.

3 Lc. 6, 19.

4 Lc. 8, 43.

*«Porque Dios, que dijo: ‘Brille la luz del seno de las tinieblas’, es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones»<sup>5</sup>. El alma crece, se modela sobre Jesús y acaba por «llegar a la edad perfecta de Cristo»<sup>6</sup>.*

5 2 Cor., 4, 6.

6 Ef. 4, 13.



## I

### La Virgen María es la fuente de los sacramentos

Ahora bien, este crecimiento por los sacramentos se nos da también por mediación de María. Es cierto que los sacramentos producen sus efectos por sí mismos en quien los recibe convenientemente. Es inútil pensar en una intervención entre el signo sacramental y el efecto producido. No hablamos en este sentido cuando pensamos en la intervención de nuestra Señora.

Pero, ¿de dónde proceden los sacramentos y la vida que producen en las almas? De la fuente inagotable que Jesús con María ha hecho brotar del Calvario. Los sacramentos son un signo de la pasión de Cristo, nos traen la gracia del Calvario; y María ha sufrido para merecer esta gracia.

¿De dónde vienen las disposiciones para recibirlos bien? De la intervención de María. La economía completa de la gracia comprende la gracia sacramental; María ha cooperado a realizar esta economía: coopera en su distribución.

Es madre, Madre de los miembros de Cristo, Madre de la Iglesia. La misión de la madre es difundir la vida. Pero su maternidad no se revela por signos externos; no se ve nunca aparecer a María en la distribución de los sacramentos, ni en ninguno de los medios que usa el ministerio eclesiástico. María no tiene el poder sacerdotal; pro el sacerdocio, instituido y vivificado por Jesús, apoya su ministerio en su maternidad.

La Iglesia también es madre, difunde la vida por los sacramentos. Pero la maternidad de María es más elevada que la de la Iglesia.

Esta está unida a Dios por la filiación divina de los elegidos, y san Pablo nos dice que este sacramento es grande<sup>7</sup>. Pero, más que la Iglesia, está llamada María a esta unión divina para la generación de los hijos de Dios. Su maternidad no tiene límites; corresponde a la paternidad de Dios: Dios se ha hecho una ayuda semejante a sí que pone en obra su voluntad de hacer hijos adoptivos, hermanos de Jesús. Ha creado una maternidad que no disminuirá las operaciones de su paternidad.

En definitiva: ¿para qué son los sacramentos? Para comunicar la vida a los miembros del cuerpo místico. El bautismo nos incorpora a Cristo; la eucaristía nos entrega su vida, y forma la unidad de Cristo místico. ¿Y no es en esto en lo que colabora la Virgen María? El oficio de la maternidad es formar la vida y unir los miembros que formarán el cuerpo. María es la formadora de la unidad de los miembros de Cristo. En su seno, en la persona de Jesús, se han unido la divinidad y la humanidad, y bajo su influencia, Cristo místico llega también a la unidad. Si se trata de formación vital, es María la que obra; de ella son las operaciones íntimas de la maternidad.

Hablando san León del bautismo y de los sacramentos, a propósito de la encarnación, asegura que la intervención del Espíritu Santo que los hace eficaces es la extensión de su operación en el seno de nuestra Señora. «La misma virtud del Altísimo, la misma operación del Espíritu Santo que ha hecho engendrar en María al Salvador, hace engendrar al fiel en el agua regeneradora»<sup>8</sup>. Tan cierto es que todo ha comenzado en el seno de María, con su colaboración.

¿Qué son, en definitiva, los sacramentos, sino la humanidad de Cristo empleándose en santificarnos? Esta humanidad es el gran sacramento de Dios, «el río de la vida»<sup>9</sup> de que habla el Apocalipsis. Pues bien, esta humanidad nos ha sido dada por María. «Primer origen de la sangre de Jesús, dice Bossuet, de allí comienza a repartirse este hermoso río de gracias que corre por nuestras venas por los sacramentos; nos aplican la virtud de la sangre que Jesús tiene de ella.

Especialmente, esto es más verdadero de la eucaristía. El cuerpo que se oculta en el sacramento es el cuerpo nacido de la Virgen María, como no cesa de repetir la liturgia. La eucaristía es el gran don

7 Ef. 5, 22.

8 S. León, *In Nat. Dom. S.*; P. L., 54, col. 211.

9 Apoc. 22, 1.

de nuestra Señora. «Aquí, mis amados hermanos, decía san Pedro Damiano, examinad, os conjuro, cuán obligados estamos a la bienaventurada Madre de Dios, y qué acciones de gracias debemos tributarle después de Dios por un tan grande beneficio. Este cuerpo de Cristo que ella ha engendrado y llevado en su seno, que ha envuelto en pañales, que ha alimentado con su leche con ternuras tan maternales, es este mismo cuerpo que recibimos en el altar; es su sangre que bebemos en el sacramento de nuestra redención. No, no hay palabra humana que sea capaz de alabar dignamente a aquella de quien el mediador de Dios y de los hombres ha tomado su carne. Cualquier honor que pudiéramos darle es inferior a sus méritos, porque e<sup>lla</sup> nos ha preparado de su casto seno la carne inmaculada que nos alimenta»<sup>10</sup>.

María quiere darnos este alimento. La madre cría a sus hijos. En el cumplimiento de este misterio, su voluntad está estrechamente unida a la voluntad del Padre y a la del Hijo, como estaba unida en el misterio de la encarnación y de la redención. La eucaristía, dice santo Tomás, es el complemento de la donación divina: «*divinae donationis complementum*». Cuando esta donación había comenzado, cuando Dios de tal modo había amado al mundo que le dio a su Hijo único, y este Hijo se daba a sí mismo y se entregaba, María también por amor, en Belén, en el Templo, y en el Calvario, nos daba este Hijo que era su bien. Ahora que se perfecciona este gran don y se nos entrega como alimento, ¿no es justo que también ella esté presente por una acción eficaz, y que también nos dé este «complemento de la donación divina», el alimento eucarístico?

Muchos santos han escrito que por la oración de María instituyó Jesús la eucaristía. Han pensado que en el día de la encarnación, dando su conformidad a las proposiciones divinas, María aceptó todas las consecuencias de la encarnación. En todo caso, tuvo conocimiento de la eucaristía durante la vida pública, cuando Jesús la prometió solemnemente. Asociándose tan íntimamente al misterio de la cruz, María se asociaba también a su prolongación perpetua, al sacrificio del altar que haría participar a sus hijos del fruto de la Sangre. María quería entonces nuestra participación en el pan de vida.

Conocida es la conversión del P. Hermann. Se le apareció nuestra Señora, y entre otras cosas, le dijo: «Ven a comer el pan que yo he

10 S. Pedro Damiano, *Serm. 45. P. L.*, 144, col. 743.

amasado con la leche virginal de mi sangre virginal; a beber el vino que he extraído de mi sangre purísima. Si quieres conocer a la Madre que debes seguir con preferencia, presta atención al fruto, al alimento que te da: mira el fruto de mis entrañas». Y señalándole la custodia le dice: «Este es mi fruto, la eucaristía».

## II

### La Virgen María nos prepara para los sacramentos

Mas, conviene acercarse a los sacramentos con las disposiciones necesarias. La gracia reportará sus frutos si no encuentra obstáculos; y serán tanto más abundantes cuanto nuestras disposiciones sean más perfectas. Cada uno recibe a Cristo todo entero en la comunión; algunos con poco provecho, mientras que otros, mejor dispuestos, son como inundados de vida divina.

Aquí la intervención de nuestra Madre es de una eficacia soberana. Estas disposiciones para la recepción de los sacramentos nos son obtenidas por la oración de María, y distribuidas por ella, como igualmente todas las gracias.

Nos adorna con las disposiciones y virtudes que Dios quiere encontrar en nosotros: las madres tienen gusto en adornar a sus hijos para hacerlos amables. Encontramos en las *Revelaciones* de santa Gertrudis un relato encantador de lo que hace la Virgen de la preparación de sus hijos para recibir los sacramentos:

«Durante la misa en que debía comulgar Gertrudis, vio a la Madre de nuestro Señor llena del resplandor y de la majestad que dan todas las virtudes, y prosternándose humildemente a sus pies le rogada se dignara disponerla para recibir el sacramento del cuerpo de su Hijo. Entonces, la Virgen santísima le dio un hermosísimo collar que tenía como siete rayos de luz. En cada uno estaba engarzada una piedra preciosa de gran valor. Todas estas piedras significaban las insignes virtudes que habían agradado a nuestro Señor en la Virgen... Apareciendo ante Dios con este collar santa Gertrudis, fue nuestro

Señor tan prendado por el resplandor de estas virtudes, que, como arrebatado por su amor, se inclinó hacia ella y la atrajo divinamente hacia sí, y como si la encerrara en su seno, la honró con sus puras y castas caricias»<sup>11</sup>.

## HUMILDAD, ESPIRITU DE POBREZA

Santa Gertrudis, enumerando las virtudes que le obtuvo nuestra Señora, habla primero de la humildad.

Siempre hay que recordar la encarnación. Punto de partida del misterio de Cristo, tiene en nuestra vida espiritual un lugar capital. «La encarnación, dice Bérulle, es un misterio que une a Dios con el hombre y al hombre con Dios; y es necesario unirse a este misterio...; es eficaz y operativo, y debemos llevar y recibir sus frutos y operaciones». Pues bien, «la gracia que pertenece a la encarnación es una gracia de desnudez y de cruz, una gracia de desprendimiento y anonadamiento de sí mismo»<sup>12</sup>.

María Santísima ha sido penetrada de esta gracia. Su fe profunda la esclarecía acerca de la grandeza divina, y se reflejó sobre su propia nada. «¿Sabes quién eres tú, y quién soy yo?», decía el Señor a Catalina de Sena. «Yo soy el que es, y tú eres la que no es». Nadie ha comprendido mejor ni amado más esta verdad que nuestra Señora. Dios era todo; ella era nada. No solamente veía esto, sino que lo amaba. Vio claramente que no era más que lo que Dios quiso que fuese. Amaba esta dependencia absoluta. Con esta luz, ningún movimiento de complacencia fue posible; estaba muy lejos de toda apropiación espiritual. Como su sorprendente pureza la pone al abrigo de todo placer sensible, su humildad la pone al abrigo de todo placer espiritual. Es la mujer pobre de sí misma, despojada de sí, desapropiada de sí. Toda para Dios, toda vuelta hacia Dios, sólo espera en Dios. Por esto la sombra del Altísimo la cubre y concibe al Verbo. «*Virginitate placuit, humilitate concepit*, dice san Bernardo: complació a Dios por la virginidad, pero lo concibió por la humildad».

Hablando de la misa decía el P. de Condren: «Debemos anonadarnos en esta acción y ser en ella puros miembros de Jesucristo». Este es el espíritu de desnudez, de separación de sí, el espíritu de la

11 *Vie et révélations de sainte Gertrude*, t. 2, p. 96. Gabalda.

12 Bérulle, Edit. Migne, págs. 914, 922.

encarnación. Los sacramentos, la comunión, nos revestirán de Cristo, como decía san Pablo, con la condición de que nos desnudemos de nuestro yo. ¿Deseáis a Dios, queréis ser semejantes a Dios? Despojados de vosotros mismos. Vais a Jesús que está despojado. En la hostia, está Jesús en su divina pobreza. Todo se borra, no solamente su divinidad, sino su humanidad. El Verbo se ha hecho ahí silencioso. Es la suprema desnudez de Cristo. Seguid a nuestra Señora en su desnudez, en su humildad. La humildad os pondrá en vuestro lugar delante de Dios. Es la base de todas nuestras relaciones con Dios: *locus gratiae*, dicen los santos, el lugar donde Dios distribuye su gracia. ¿Qué podrán hacer los sacramentos en un alma preocupada de sí misma, que no esté persuadida de su miseria? Casi nada. «Porque la humildad, dice santo Tomás, es la disposición que facilita el libre acceso del alma a los bienes espirituales y divinos»<sup>13</sup>. ¿Quién se une a Dios en los sacramentos? Los pobres, los humildes. Ellos solos. La medida de los dones divinos es la humildad.

Dejémonos llevar por nuestra Señora en esta separación de nosotros mismos, en esta humildad verdadera que domina el corazón, que hace amar nuestra dependencia y nos hace sentir la necesidad de servir a Dios, de amarle, y de glorificarle, que, en definitiva, no es más que amor.

## CARIDAD

La eucaristía, fin de todos los sacramentos, es el sacramento de la unidad y de la caridad. San Pablo escribía a los de Corinto: «*Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participantes de un solo pan*»<sup>14</sup>.

«Comprended y regocijaos, añade san Agustín. Unidad, piedad, caridad. Un solo pan. ¿Y qué es este pan único? Un solo cuerpo hecho de muchos. Pensad que el pan no se hace con un solo grano, sino con muchos. Durante los exorcismos, estabais, en cierto modo, bajo la piedra de molino. En el bautismo, habéis sido como embebidos de agua. El Espíritu Santo ha venido sobre vosotros, como el fuego que cuece la masa. Sed lo que veis, y recibid lo que sois... En cuanto

13 *Sum. Teol.*, 2-2, c. 161, a. 5, ad. 4.

14 1 Cor., 10, 17.

al cáliz, muchos granos están en el racimo, pero el licor que fluye de todos se confunde en la unidad»<sup>15</sup>.

Como se ve, la caridad es esencial al cuerpo místico de Cristo. Pensemos en ello al acercarnos al altar. La participación en el sacrificio debe ser fraternal. Sería un error pensar que la comunión no mira más que a nosotros, y que sólo es un acto de devoción personal. No nos aislemos a solas con Jesús. Pensemos en sus miembros. Que la comunión sea principalmente un acto del cuerpo místico. Comulgar con la cabeza del cuerpo místico, es comulgar con los miembros, porque forman un todo. «El que quiere vivir sabe dónde gozará la vida, dónde la tomará. Que se acerque y crea, que se incorpore a Cristo, en él encontrará la vida. Pero que no repugne de ningún modo unirse con los otros miembros»<sup>16</sup>.

Ya se ve la absoluta necesidad de la unidad y de caridad fraternas. No pensemos nunca acercarnos a los sacramentos si nuestro corazón no es fraternal. «*Si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven a ofrecer tu ofrenda*»<sup>17</sup>. Mas, si tenemos «*entrañas de misericordia*», como dice el Apóstol<sup>18</sup>, si nuestro corazón está lleno de perdón y de ternura, vengamos y abramos nuestra alma: Dios la llenará de su vida, y oiremos a Jesús repetir su palabra conmovedora: «*Padre santo, yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en una cosa, y que conozca el mundo que tú me has enviado y que los has amado, como también me amaste a mí*»<sup>19</sup>.

## EL DESEO DE DIOS

Es esencial a Dios comunicarse.

La felicidad del Padre y del Hijo, ¿no consiste *en este amor substancial, que procede de su mutua dilección*, el Don que se hacen el uno al otro? ¡Admirable misterio! Dios se da también a sus criaturas. El Padre nos da su Hijo. Los dos nos dan el Espíritu Santo, que es, como dice la liturgia, el don del Altísimo al mundo.

15 S. Ag., Serm. 172.

16 S. Agustín, *Tratado sobre el evangelio de Juan*, 26. 13.

17 Mt. 5, 23-24.

18 Col. 3, 12.

19 Jn. 17, 23.



Así la vida es una comunión. Es comunión en Dios. El Padre se da eternamente al Verbo, que recibe en comunión la naturaleza divina toda entera. El Padre y el Verbo **aspiran** juntamente el Sople del amor infinito.

Es comunión en el misterio de la encarnación. Desde el primer instante de su existencia en el seno de María, la humanidad de Cristo ha sido tomada por la Persona del Verbo. La Divinidad la ha tomado, y ella misma se ha dado con un fervor total. Comenzaba una comunión eterna entre la divinidad y la humanidad.

Podría decirse que esa era también la comunión de nuestra Señora. Cuando la sombra de Dios la cubre, recibe a Jesús en su divinidad y en su humanidad. Y con qué fervor da todo lo que ella es para dar acogida a Dios. Responde con un sí absoluto: *he aquí tu esclava*. Nos enseña a recibir a Dios.

Dios quiere, pues, comunicarse. Pero, en el plan divino de la encarnación, no se encuentra a Dios, no se participa en su vida más que por nuestra Señora. Por ella, los pastores y los magos pudieron ser admitidos a la cuna del Niño Dios y contemplarlo con los ojos del cuerpo. Esto es mucho más verdadero cuando queremos contemplarlo con los ojos del corazón y unirmos a él. Dios se da por María. El don de Dios a los hombres, Cristo Jesús, fuente de nuestra vida, es también el don de María. El símbolo de los apóstoles nos dice que Jesús ha sido concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María. Lo que ha sido verdadero desde el principio, seguirá siéndolo hasta el fin de los tiempos: dondequiera que Jesús nace por la gracia, nace del Espíritu Santo y de la Virgen María. La encarnación ha dado a nuestra Señora poder de comunicar a Cristo. Cada vez que se acerca a un alma, es para comunicarle su Hijo.

A esta voluntad de Jesús de comunicar su vida a los que han llegado a ser miembros suyos debe corresponder en nosotros el deseo de recibirlo. Sabemos que esta gracia de sentir el deseo de Dios viene de aquella que, una vez concebido Jesús, se levantó con presteza para ir a llevárselo a Juan Bautista. Ella excita en nuestros corazones el hambre de Dios, y particularmente el hambre de la eucaristía que nos entrega a su Hijo. No es un deseo sensible, como lo han experimentado algunos santos, sino una aspiración espiritual, un movimiento de la voluntad hacia el alimento espiritual que estrechará nuestra unión con Dios, que restaurará nuestras fuerzas y calmará nuestras pasiones.

Nada hay tan provechoso como este deseo de Dios. Esta es, principalmente, la mejor preparación para los sacramentos. Dios se da a todos los que lo llaman. «*Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba*»<sup>20</sup>. Decía a santa Matilde: «Las abejas no se lanzan sobre las flores para libar su miel con tanta avidez como la que a mí me lleva a tu alma cuando desea recibirme»<sup>21</sup>.

En la recepción de los sacramentos, la gracia se comunica al alma según la fuerza de sus deseos. Cuanto más se espera, más se recibe. Porque el deseo que ha nacido de la humanidad aparta los obstáculos; abre la puerta del alma, para quien tiene cumplimiento la maravillosa palabra del Apocalipsis: «*He aquí que estoy a la puerta, y llamo: si alguno oye mi voz, y me abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo*»<sup>22</sup>.

Vivimos en estado de deseo, en estado de aspiración. San Gregorio de Nisa decía: «Dios tiene sed de nuestra sed».

20 Jn. 7, 37.

21 Sta. Matilde, *Revelaciones*, p. 3, c. 3, Oudin, 1877.

22 Apoc., 3, 20.

### III

## Acercarse al altar con la Virgen María

¿Qué vamos a buscar en el altar?

A Emanuel, al que se ha dignado hacerse «Dios con nosotros», cuya presencia real es la fuerza de nuestra vida, «*la fuente de agua viva*», como dice la santa Escritura<sup>23</sup>. Mas, ¿a quién debemos esta presencia real de Emanuel, sino a María, su madre, cuya humildad y pureza lo han atraído? ¿Quién nos facilitará el acceso hacia él, sino aquella cuya misión es presentar a Cristo al mundo, y lo ha comunicado a Juan Bautista, a los pastores, a los Magos y a Simeón? Ella es la que da a Jesús.

Vamos al altar, sobre todo, para participar del sacrificio. «*Somos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo, hecha una sola vez*»<sup>24</sup>. Toda gracia, toda santidad, vienen de la cruz, y, por consiguiente, de la misa que perpetúa la cruz. El altar es el Calvario: es la misma ofrenda la que allí se ofrece, la misma víctima es la que allí es presentada por el mismo Pontífice. ¿Quién nos dará acceso a este sacrificio que nos da a Cristo en la totalidad de sus misterios?

La Virgen María: de ella proceden el sacerdote y la víctima.

En el seno de María es donde la humanidad de Cristo ha recibido la unción del Espíritu Santo, unción sacerdotal que se ha derrama-

23 Jer. 2, 13.

24 Heb. 10, 10.

do sobre Jesús «*como un óleo de alegría*»<sup>25</sup>, unción que lo hace nuestro «*pontífice para siempre*»<sup>26</sup>. El Espíritu Santo vendrá sobre ti, dijo el ángel a nuestra Señora, y el que nacerá de ti será Santo. Cúmplase tu palabra, respondió María, «*Hágase*», dando la señal de esta unción y consagración del Sacerdote eterno.

Ella da la víctima. Es el Salvador a quien ella ha querido introducir en el mundo, el que debería salvarnos de nuestros pecados. Esta víctima ha comenzado a ofrecerse en su seno. San Pablo nos asegura que ésta fue la primera palabra que pronunció, inmediatamente después de su encarnación: «*Al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... Entonces dije: He aquí que vengo -pues está escrito en el rollo del libro- a hacer, oh Dios, tu voluntad*»<sup>27</sup>. El «*Todo está cumplido*» de la cruz<sup>28</sup> no es más que la terminación de este «*He aquí que vengo*» pronunciado en el seno de María. Nuestra Señora sabía que ella era la madre de la víctima.

Esta víctima se ha ofrecido durante toda su vida. Sobre todo en el Calvario: allí representaba ella a la Iglesia. Y como la misa es la continuación del Calvario, allí está María, inseparable de la divina víctima. Cuando tomamos este cuerpo que se inmola sobre el altar, esta sangre que nos rescata, ¿cómo no pensar en María? Este cuerpo ha sido formado en ella; esta sangre la ha dado ella a su Hijo. Por ella, el Verbo se ha hecho nuestro alimento.

San Agustín lo exponía a sus fieles. El Verbo, pensamiento de Dios, vida y luz, es el alimento de los hijos de Dios. Lo es en el cielo para los ángeles y los elegidos. Quiere serlo también en la tierra, pero éste es un pan muy fuerte para nosotros: somos niños. ¿Quién hará del alimento de los elegidos el alimento de los pequeños? Nuestra Señora. Este es el oficio propio de la madre. Era necesario que este manjar del Verbo se hiciera apto para ser tomado por niños, y que este alimento fuera una leche para niños como somos nosotros.

Esto es lo que ha hecho nuestra Madre. El Verbo ha descendido a ella: la Madre ha comido el pan de vida, lo ha transformado en leche

25 Sal. 45 (Vg. 44), 8.

26 Heb. 7, 24, 28.

27 Heb. 10, 5-7.

28 Jn. 19, 30.

y esta leche ha venido a ser el alimento de los niños. Ella nos lo da en el sacramento eucarístico, como lo canta la liturgia: «El hombre ha comido el pan de los ángeles»<sup>29</sup>. Por esto la Iglesia aplica a nuestra Señora estas palabras de la Sabiduría: «*Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado*»<sup>30</sup>.

San Juan Damasceno ha llamado a María «la virgen sacerdotal». Sabemos por qué. No quiere decir que haya recibido el carácter sacerdotal del sacramento. Tampoco su Hijo. Pero su maternidad la ha señalado con un sello sagrado. Tenía el espíritu de su Hijo redentor, que es eminentemente el espíritu del sacerdocio. No puede pronunciar sobre el pan las palabras sacramentales. Pero ha pronunciado en su propio nombre ese «*Hágase*» de eficacia inmensa que ha dado a Jesús al mundo. Ella es quien, de parte de Dios, distribuye la vida divina. Mediadora, es más que un sacerdote: es la Madre del sumo sacerdote y de la víctima.

La misa es el gran acto de la Iglesia, es el acto esencial del cuerpo de Cristo. Nuestra Señora está allí para unirse a la Iglesia y para distribuir los frutos de la sangre de Cristo.

29 Ver Sal. 78 (Vg. 77), 25; Sab. 16, 20.

30 Prov., 9, 5.

*La Virgen María  
nos hace crecer por  
el mérito*

# I

## El mérito nos hace crecer

Nuestra vida puede progresar rápidamente por el mérito. En nosotros, la gracia de Dios es principio de crecimiento. Como ha crecido en su humanidad personal cuando estaba en la tierra, Jesús quiere crecer en nosotros sus miembros, y llegar a la edad perfecta. «*Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo*»<sup>1</sup>.

Y crecemos por el amor. El amor lo transforma todo, hasta los actos más vulgares. Le basta al cristiano estar unido a Cristo y hacer su voluntad para que su vida adquiriera una importancia soberana, y sus actos tengan un precio inmenso. Por comunes que sean sus acciones, por fáciles, por humildes, hechas por amor, son actos sobrenaturales: dan gloria a Dios y atraen su presencia.

No se piensa bastante en la facilidad que tiene el cristiano de aumentar su gracia y atraer la Santísima Trinidad a su alma. La gracia crece siempre por los actos meritorios. Si el amor nos hace producir un acto que sobrepuja en intensidad el hábito mismo, nuestro mérito se ha acrecentado, se ha multiplicado y excede todos los méritos precedentes. La Trinidad, de nuevo, derrama en nosotros su vida divina. Sin embargo, ha bastado un acto tan humilde, muchas veces un sencillo movimiento del corazón, pero penetrado de caridad.

No se puede reflexionar sin estremecimiento en la perfección que cada uno de nosotros podría alcanzar. ¡Es la gracia una cosa tan

1 Eph., 4, 15.

grande, y de tal modo poderosa! La fidelidad a la gracia abre, por decirlo así, la generosidad de Dios: hemos sido fieles a tal gracia; pues ésta llama a otra más poderosa y más eficaz. Dios se derrama de nuevo en nosotros. El amor nos arrastra.



## II

### La Virgen María realiza la vocación cristiana

Miremos a nuestra Señora: ella ha vivido nuestra vida y, al vivirla, ha merecido inmensas gracias, que ella tiene para comunicárnoslas.

Todos los caminos que nosotros debemos seguir los ha seguido ella. Ha tenido todas las alegrías y todos los sufrimientos. Ha pasado por todos los estados de Jesús. Ha vivido todos los misterios de Jesús y ha colaborado en ellos: la plenitud de sus frutos está en ella. Es decir, que todas las gracias de la vida de Jesús que debemos nosotros reproducir están en ella y salen de ella para venir a nosotros y hacer entrar nuestras almas en esta vida de Cristo.

La Virgen María ha sido creada a imagen de Jesús; ninguna criatura reproduce tan de cerca sus perfecciones. Todas las gracias, todos los dones, todas las virtudes de nuestra Madre están tomados de él. Aun más: ella reproduce en su vida los modos de ser y de obrar de Jesús.

Esta semejanza con Jesús que nosotros debemos adquirir la ha realizado ella perfectamente. Si queremos saber cómo adoraba y oraba Jesús, cómo se portaba con el prójimo y con los pecadores; su bondad, su condescendencia, su misericordia, su intimidad con sus amigos, la generosidad de su amor, miremos a María. Todo esto está en ella; lo revela, lo reproduce, poniendo en todo su dulzura maternal.

### III

## Plenitud de gracia

«*Llena eres de gracia*»<sup>2</sup>, dice el ángel de la encarnación. La santidad de nuestra Señora era ya inmensa. Desde los primeros momentos de su vida, Dios la había colmado: había recibido todo, todos los dones de la vida divina. Está llena en toda la capacidad de su ser. Esta capacidad excedía ya todo lo que podríamos imaginar, porque Dios tenía el designio de resumir en su Madre todo lo que haría en sus miembros, y hacer de ella el corazón de la vida de la Iglesia. Tenía ya una gracia inconmensurable.

Sin embargo, esta gracia ha estado siempre creciendo. ¡Ay! Sabemos muy bien que hasta los santos se detienen y caen; mezclan sus tendencias personales con la operación divina. Hasta en los santos no hace Dios todo lo que quiere.

Pero María se entregaba totalmente a la gracia. Ninguna falta, ninguna imperfección llegó a entorpecer su vuelo. Unida a la voluntad divina, su voluntad se lanzaba con un poder irresistible. Desde su concepción, se encaminó hacia Dios con un amor deliberado. Toda ella estaba orientada hacia Dios. Todos los actos de su vida fueron imperados por un amor tan grande, que iba creciendo a cada gracia. No cesó de crecer en santidad porque crecía siempre en amor. La imaginación humana es demasiado débil para seguir sus progresos. Cada hora le acarreaba nuevos aumentos. No perdía nada de la impulsión

2 Lc. 1, 28.

divina. La gracia se difundía en ella como en el cielo. A cada instante, la fidelidad de su amor atraía a la divina Trinidad, que se derramaba en una nueva efusión como inundación incesante de vida divina.

Estos nuevos méritos los adquirió ella particularmente cada vez que se desarrollaban los misterios de Cristo.

Para tomar un ejemplo veamos lo que pasaba en María en el momento en que llevaba a Jesús en su seno. Entonces tenía lugar un cambio de amor único. La unión es estrechísima por serlo en la carne que les es común. María entrega a Jesús lo más puro de su propia carne para formar su cuerpo; le da esa sangre que debía salvar al mundo; formaba ese corazón y esa humanidad de donde fluirían tantas gracias. Hacía este don con una ternura infinita, con un amor lleno de la luz de Jesús que la ilustraba acerca del término de este misterio. Jesús respondía como Dios sólo puede hacerlo. Lo que pasaba en el seno de María recuerda lo que los teólogos enseñan de la vida íntima de la Santísima Trinidad, de ese cambio eterno de luz y de amor entre las Tres Personas divinas, de esa circuminsesión<sup>3</sup> que hace la bienaventuranza de Dios: así, entre Jesús y su madre hay un cambio prodigioso de ternura que sólo Dios puede comprender. ¡Qué efusión de gracias descendía sobre María por contactos tan inmediatos y tan permanentes con el autor de la gracia! ¡Qué lazo tan único, tan completo! La sola presencia del Verbo era una causa continua de gracia, y las perfectas disposiciones de María contribuían a hacer esta efusión más abundante y sin fin.

El contacto íntimo con la humanidad pide otro contacto espiritual, aún más íntimo, por medio de la gracia. «Nuestro Salvador no se une nunca por su cuerpo sino con la intención de unirse más estrechamente por el espíritu... Si así es, oh divina Virgen, yo concibo algo tan grande de vos, que no solamente no puedo decirlo, sino que todavía mi espíritu se esfuerza en explicárselo a sí mismo. Porque tal es vuestra unión con el cuerpo de Jesús cuando lo habéis concebido en vuestro seno que no se puede imaginar otra más estrecha. Si la unión del espíritu no respondiese a ella, el amor de Jesús se vería frustrado en lo que pretende, sufriría violencia en vos. Es necesario, pues, para contentarle, que le estéis unida por el espíritu tanto como le tocáis de cerca por los lazos de la naturaleza y de la sangre. Y puesto que esta unión

3 Término que emplea la teología para designar la inherencia mutua que hay entre las tres divinas Personas. (*N. del t.*)

se hace por la gracia, ¿qué se puede pensar y qué se puede decir? ¿Dónde deben detenerse nuestros conceptos para no hacer agravio a esta grandeza? Y aun cuando reuniéramos todos los dones que hay en las criaturas, todo esto junto, ¿podría igualar vuestra plenitud?»<sup>4</sup>. «Jesús, dice Bérulle, la atrae a sí, la arrebató en sí. Y estos dos corazones de Jesús y de María, tan próximos y conjuntos por la naturaleza, están todavía más juntos y más íntimos por la gracia, y viven el uno en el otro»<sup>5</sup>.

Así, durante toda su vida, nuestra Señora ha tomado parte en los misterios de su Hijo. Por estos misterios, desarrollaba Dios poco a poco sus secretos designios sobre el mundo. La Virgen era su confidente. Más exactamente, tenía un lugar en estos misterios como co-operadora del Salvador. Colaboradora en ellos. Dios la ilustra para esta colaboración. Y todo esto aumentaba su mérito. Obraba en la luz y en el amor. Pensad, por ejemplo, en su mérito al pie de la cruz. Su compasión fue una obra de amor: de amor de Dios, de amor de los hombres. Por amor ha entregado ella a su Hijo. ¡Qué inmensidad de méritos! ¡Qué gracias no recibiría en aquella hora en que, de hecho, llegaba a ser por su maternidad de sufrimientos la madre de todos los hijos de Dios!

Añadid el crecimiento por la actividad de la vida cotidiana. Ni una mancha, ni una caída, ni una detención en el desarrollo de esta gracia inmensa. El progreso era continuo. Cada una de las acciones de nuestra Señora era un crecimiento. Cooperando el amor, la colmaba Dios de luces, sin otra medida que la capacidad siempre creciente de nuestra Madre. «*El que sale para sembrar*»<sup>6</sup> arroja cada minuto su semilla; ella recoge todo con docilidad y con amor; conserva todo para producir una cosecha centuplicada. «Los años pasan, dice Bérulle, las gracias aumentan, y en este orden de la gracia, que es exclusivo de ella, entra de día en día en este misterio adorable, y entra en él por una infusión especial y por una cooperación perfecta. Este es el concierto sagrado que hay entre el espíritu de Dios y el espíritu de María. A cada momento derrama Dios nueva gracia en esta alma, y esta alma le responde incesantemente y con todo su poder. Y esta corresponden-

4 Bossuet. *Primer Sermón para la Natividad de la bienaventurada Virgen María*. 2º punto.

5 Bérulle, Migne, *Oeuvres*. p. 494.

6 Mt. 13, 3.

cia y armonía perfecta la sublima hasta alcanzar la cumbre de la gracia, y estas gracias, aunque son grandísimas para esta alma que siempre adelanta en los caminos de Dios, no son más que grados que deben levantarla a nuevas gracias. Esta alma tan exquisita, eminente y divina, viviendo así en la tierra, maravilla los cielos y maravillaría la tierra si sus tinieblas no le impidieran la vista de tan raro objeto»<sup>7</sup>.

El amor es el que realza la hermosura de su vida. En sus actos ponía la Virgen tanta luz y tanto amor, que sobrepujan las obras más arduas de los mayores santos. «El canto de los ruseñores principiantes, decía san Francisco de Sales, es incomparablemente más armonioso que el de los más diestros jilgueros»<sup>8</sup>. A cada minuto, su amor ardiente recibía la gracia, se entregaba a ella sin reserva, la cumplía perfectamente y producía una multiplicación sin fin: «Unos días seguían a otros, los años sucedían a los años, y como una máquina fabulosa, de una fuerza aplastante y de una invisible rapidez, proseguía la obra de la correspondencia a la gracia y de la santificación, multiplicándose en poco tiempo mucho más que el producto que pudieran dar todas las cifras humanas»<sup>9</sup>.

«Mas, como el amor divino reinaba en su corazón sin obstáculo, iba de día en día aumentándose sin cesar por su ejercicio, y acrecentándose por sí mismo; de suerte que, progresando siempre, llegó al cabo a tal perfección, que la tierra no era ya capaz de contenerle. Así que no hay otra causa de la muerte de María que la vivacidad de su amor...

«Como el amor era el que hacía vivir a María, el amor es el que la ha hecho morir»<sup>10</sup>,

7 Bérulle, *Vida de Jesús*, c. 5.

8 S. Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, lib. 11, c. 5.

9 Faber, *Al pie de la cruz*, c. 8.

10 Bossuet, *Sermón sobre la Asunción*.

## IV

### La Virgen María distribuye esta vida

Pero María es Madre. La gloria de la madre es la fecundidad. Si Dios la ha hecho tan grande y capaz de contener todos los tesoros de la vida, es para derramarlos. Ella es el depósito de las gracias divinas para ser después su canal. Las bendiciones que ha recibido deben descender sobre la creación espiritual. Dios está en ella como fuente de vida para los miembros de Cristo. Todo cuanto ha recibido es para darlo.

Además, el amor es el que la mueve. La ley del amor, sobre todo del amor maternal, es darse. María está desbordante de vida y de felicidad, y nosotros estamos en la indigencia. ¿Podéis imaginar una verdadera madre que, siendo ella feliz, no ardiera en deseos de hacer felices a sus hijos? Verdaderamente, esa vida que ha pasado por ella nos la distribuye María. Para nosotros, Nuestra Señora no es más que amor, amor que se entrega.

## V

### La Virgen María nos hace realizar nuestra vocación cristiana

Nuestra felicidad no puede cumplirse más que por la realización de nuestra vocación sobrenatural. «*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, dice san Pablo, que nos eligió en él mismo antes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla delante de él en caridad*»<sup>11</sup>. Dios ha pensado en nosotros desde la eternidad, y en su amor nos ha fijado una perfección que tenemos que alcanzar: quiere que nos hagamos semejantes a su Hijo: «*Los que conoció en su presciencia, a éstos también destino para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo*»<sup>12</sup>. Tal es la vocación cristiana. Conformarnos con Cristo, ser «la imagen de Cristo», vivir como Cristo.

¿En qué medida debe reproducir en sí mismo cada uno de nosotros la semejanza con Jesús? Este es el secreto de Dios. Pero nuestra Señora conoce el secreto tan misterioso de nuestra predestinación eterna. Conoce la vocación personal de cada uno de nosotros; sabe lo que yo debo ser. Su amor maternal la pone en ansiedad sobre mi porvenir espiritual. En la realización de esta vocación, es verdaderamente mi guía, mi ayuda y mi fuerza. La vida espiritual es una vida que se hace cada día, tiene sus crecimientos, y también sus sorpresas y sus pruebas, sus incertidumbres y sus desfallecimientos. La madre de la divina

11 Ef. 1, 3-4.

12 Rom. 8, 29.

gracia es la guía de este crecimiento: pone en ello su dulzura, sus tiernos auxilios, sus delicadas atenciones, toda su compasión maternal.

Ante todo, procura darnos un impulso hacia Dios, inspirarnos el deseo de la vida divina. El deseo es la base de todo crecimiento. Recuerda ella a su Hijo bajo el pórtico del Templo, «de pie y diciendo a la multitud: 'Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba'»<sup>13</sup>. El cristiano que busque a Dios no tardará en encontrarlo. Jesús ha dicho a santa Angela de Foligno: «Si alguno quiere sentirme en su espíritu, no me negaré a él. Si alguno desea verme, con gran placer me mostraré a él. Si alguno quiere conversar conmigo, con grandísima alegría conversaré con él».

La experiencia está ahí para decirnos que los que viven con la Virgen María están animados de una mayor esperanza en la realización de su vocación cristiana. San Pablo deseaba que «*enraizados y fundados en la caridad pudiéramos comprender con todos los santos cuál sea la anchura y longitud, y la alteza y profundidad, y conocer también aquel amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, para que seamos colmados de toda la plenitud de Dios*»<sup>14</sup>. Esto es anhelar primeramente que tengamos el deseo de esta «*plenitud de Dios*», que aspiremos a esta unión profunda con Jesús.

Mas, esta «plenitud» la posee para nosotros la Madre de la gracia, y puede hacer que nuestra alma sea capaz de recibirla. La misión de su maternidad es hacernos miembros de Cristo. Para esto nos «mostrará a Jesús» todos los días de nuestra vida, y nos enseñará a buscarlo en los deberes de estado, en nuestro trabajo, en nuestros sufrimientos y en los otros miembros del Cristo místico.

13 Jn 7. 37.

14 Ef 3, 18-19.



## VI

### La Virgen María nos enseña a trabajar

«El hijo del hombre, decía Jesús, ha venido, no para ser servido, sino para servir»<sup>15</sup>. La Madre pensaba lo mismo; su vida se ha deslizado en el trabajo.

¿Qué hacía? Lo que hacían las mujeres de Nazaret. Se las podía ver en sus casas tan primitivas, en esas habitaciones subterráneas, abiertas en la roca, al borde de la colina, como era poco más o menos la casa de José: atentas a los cuidados de un pobre ajuar, preparar la comida, moler el trigo, amasar la harina, cocer el pan, ir por agua a la única fuente de Nazaret llevando el cántaro sobre la cabeza según la costumbre galilea. Esto es lo que hacía todos los días la que es bendita entre todas las mujeres. Sus manos maternas que llevaban al Niño Jesús se empleaban con esmero en el trabajo cotidiano y monótono de la casa. Ponía en ello todo su corazón, porque esa era la voluntad de Dios.

Su trabajo era un acto de adoración, el humilde servicio por la gloria del Altísimo. Lo cumplía con una voluntad llena de amor. Trabajar fatigosamente, era para ella cumplir la justicia. Era una manera excelente de inclinarse no sólo ante la voluntad de Dios que ha querido que el hombre gane su pan con el sudor de su frente, sino ante el ser de Dios que tan magníficamente la había dotado.

Y, además, ¿no era ella la Madre del Redentor? A imitación de su Hijo, se consagraba a la penitencia del trabajo, del trabajo penoso como es el de los pobres.

A este trabajo nos convida nuestra Señora: el trabajo que constituye una obra de religión, el humilde reconocimiento de los derechos soberanos de Dios, y que es también el servicio del prójimo. Es justo que nosotros, siendo pecadores, nos consagremos, en unión con Cristo, al servicio de aquel que tanto nos ha amado. Es justo que los miembros de Cristo se sacrifiquen los unos por los otros: el trabajo cristiano es un cambio de servicios.

El trabajo es un misterio doloroso para la raza humana; por el pecado original lleva consigo la pena, una pena bien amarga. Pero también es un misterio de alegría. «*Mi Padre trabaja, dice Jesús, y yo también trabajo*»<sup>16</sup>. Pensemos en nuestra labor, en este obrar divino. Por el trabajo, colaboramos en parte en la obra santificadora de Dios sobre el mundo. Cuando Dios puso al hombre sobre la tierra, la creación estaba terminada: pero nos toca a nosotros organizarla, volverla hacia Dios, hacer que cante la gloria de Dios. Sí, la creación no es tanto un espectáculo que hay que contemplar cuanto una obra divina que hay que perfeccionar. «*El gran deseo de la criatura, nos dice san Pablo, espera la manifestación de los hijos de Dios...; todas las criaturas gimen y están de parto hasta ahora*»<sup>17</sup>.

Pero, ¿cómo debemos trabajar? Acordémonos de Nazaret. Cuando Jesús y María trabajaban, no era con perjuicio de su vida interior. Su trabajo, jamás ha entorpecido su contemplación. «*Estoy en mi Padre*»<sup>18</sup> podía decir Jesús, ya estuviese en el taller de José o por los caminos de Galilea. Nuestra Señora permanecía sin cesar en la contemplación y en el amor de Dios: era el fondo permanente de su vida íntima, sobre el que se apoyaban todas sus acciones exteriores y florecían todos sus misterios. Es lo que nos pide san Pablo que hagamos: «*Cualquier cosa que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él a Dios Padre*»<sup>19</sup>. El trabajo de las almas unidas a Dios es mucho más

16 Jn. 5, 17.

17 Rom. 8, 19-22.

18 Ver Jn. 10, 38.

19 Col. 3, 17.

útil a la gloria de Dios y a la salvación de los hombres que el de los cristianos ordinarios, por la caridad que las inspira. Su actividad cesa de ser peligrosa para su vida interior; su trabajo procede del amor. Hasta las ocupaciones absorbentes, si son queridas por Dios, nos disminuyen su unión con el Señor: «Cuando su espíritu se haya hecho dueño del nuestro, decía la venerable María de la Encarnación, y se haya apoderado del fondo de nuestra alma para tenernos en la unión íntima y actual con su divina Majestad por una mirada de amor, todas nuestras ocupaciones no podrán distraernos de este divino comercio». Y añadía: «Yo digo que en el fondo es posible en este mundo tratar los negocios temporales y aplicarse a ellos con la conveniente atención del juicio y de la razón. En este estado de unión y de trato con Dios en la parte suprema del alma, no se pierde su santa presencia»<sup>20</sup>.

Sucedará con frecuencia en estos trabajos fatigosos que la caridad no será sensible, y solamente guiará lo más alto de la voluntad. El servidor de Dios, no por eso permanece menos en el ejercicio del amor; y *«el que permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él»*<sup>21</sup>.

20 Carta 99.

21 1 Jn. 4, 6.

## VII

### La Virgen María nos enseña a amar y servir al prójimo

La caridad para con el prójimo es una virtud sobrenatural y teologal, es decir, una de esas virtudes superiores que se refieren directamente a Dios. «El amor con que amamos al prójimo, dice santo Tomás, es de la misma especie que aquel con que amamos a Dios». Por eso no somos libres de amar o de no amar al prójimo. Nuestro Señor ha hecho de esto una obligación absoluta: «*Mi mandamiento es que os améis unos a otros, como yo mismo os he amado*»<sup>22</sup>. La caridad fraterna es la señal propia del cristiano: «*Se conocerá que sois míos si os amáis mutuamente*»<sup>23</sup>.

El Padre eterno decía a santa Catalina de Siena: «Desde que el alma me ama, ama también al prójimo; de lo contrario, su amor no es verdadero, porque mi amor y el amor del prójimo son uno mismo. Cuanto más me ama el alma, más ama al prójimo». Esta unión del amor de Dios y del prójimo es tan estrecha, que san Pablo llegó a decir: «*El que ama a su prójimo cumplió la ley*»<sup>24</sup>. Y san Juan: «*Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama, está en muerte*»<sup>25</sup>.

22 Jn. 15, 13.

23 Jn. 13, 35.

24 Rom., 13, 8.

25 Jn. 3, 14.

El servicio del prójimo es un fruto inmediato de la unión divina. El carácter del bien es comunicarse. Desde que existe, el Bien infinito se da en la persona del Hijo y del Espíritu Santo, y acaba hasta por desbordarse al exterior, en la creación. Igualmente, cuando una criatura participa de esa divina Bondad, siente luego el deseo de comunicarse a los demás. Cuanto más la posee, más quiere comunicarla. Cuanto más está Dios en ella, más se siente movida a comunicar a Dios. Es la ley que gobierna la iluminación mutua de los ángeles: porque poseen a Dios con más perfección, los ángeles de las jerarquías superiores se apresuran a comunicar sus luces a los ángeles inferiores. Lo mismo ocurre con los santos: cuanto más conocen y aman a Dios, tanto son más movidos a comunicar a sus hermanos su luz y su amor. De tal suerte, que es perfectamente legítimo juzgar del estado interior de un alma por el celo que muestra en el servicio del prójimo. «¡Oh Resurrección nuestra! ¡Poderosa y eterna Trinidad, haz, pues, que brille mi alma! ¡Oh Redentor! ¡Resurrección nuestra! Trinidad eterna, Fuego que siempre quemas, que jamás te extingues, que no puedes disminuir ni aún cuando lo comunicas a toda la tierra..., yo te conjuro que enardezcas e inflames mi alma en deseos de la salvación del mundo»<sup>26</sup>.

Nuestra Señora tenía por su prójimo un amor ardiente, inmenso; era como una prolongación de su amor a Dios. «*Ruego por ellos, decía Jesús a su Padre, porque son tuyos*»<sup>27</sup>. Cuando contemplaba ella el indecible amor divino por las almas y veía al Padre, que después de haberlas creado por pura bondad y dotado tan magníficamente, las llama a la bienaventuranza eterna; al Hijo, que se encarna por ellas, y sale a buscarlas con tanto trabajo y a sufrir por hacerlas felices; al Espíritu Santo, Espíritu de amor y de verdad, que trabaja sin cesar por hacerlas puras, santas y gloriosas; cuando nuestra Señora contemplaba «este excesivo amor» (y esto era en todo momento), se sentía presa de un amor sin límites por todas las almas, hijas del Padre, miembros del Hijo, tabernáculos del Espíritu Santo, y que, además, eran hijas suyas. En su corazón decía como Jesús: «*Doy mi vida por mis ovejas*»<sup>28</sup>.

26 Santa Catalina de Siena, *Oraciones*.

27 Jn. 17, 9.

28 Jn. 10, 15.

Ella ha vivido consagrada a nuestro servicio. Durante toda su vida ha rogado por nosotros. Es cierto que su oración era primeramente una adoración de la Divinidad, pero después era una súplica por nosotros. Conocía perfectamente que con esta oración proporcionaba una grande alegría a Dios: ofrecía a su vida divina la ocasión de comunicarse, porque Dios espera la oración para derramar sus bienes. Era la asociada de su misericordia.

Nuestra Señora dijo al ángel que ella era la esclava del Señor: hubiera podido añadir que era la esclava de los hombres. Porque verdaderamente ha vivido por nosotros. En los grandes misterios de su vida, el servicio de los hombres que ocupa un lugar de preferencia. Nadie ignora que en la encarnación la respuesta de María era un acto inmenso de caridad hacia los hombres que adoptaba por hijos. La caridad la llevó a casa de Isabel; su caridad fue la que hizo fuerza a su Hijo en Caná para que adelantara su manifestación e hiciera su primer milagro; y la caridad es la que la ha hecho sufrir en el Calvario.

¿Dónde se encendía este gran celo? Para comprender los verdaderos orígenes del amor de las almas, del celo apostólico, hay que recordar lo que pasó en el seno de María, en el momento de la encarnación. San Pablo lo ha declarado en la epístola a los Hebreos: *«Por lo cual, entrando en el mundo, dice Cristo: Sacrificio y ofrenda no quisiste: mas me apropiaste cuerpo. Entonces dije: heme aquí que vengo..., para hacer, oh Dios, tu voluntad... En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez»*<sup>29</sup>. Más tarde, nuestra Señora oyó a su Hijo decir a los apóstoles esta palabra, sorprendente, eco del *«He aquí que vengo»*, pronunciado en su seno: *«Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida por vosotros»*<sup>30</sup>.

Dios quería salvar a los hombres con la muerte de su Hijo, y porque Jesús aceptaba esta voluntad su Padre lo amaba. El apostolado, el servicio del prójimo, consiste, pues, primeramente en el sacrificio que comunica la vida divina. Por este sacrificio, que glorifica a Dios, el Verbo se ha encarnado: *«Sí, Padre, por eso he venido a esta hora... Padre, glorifica tu nombre»*<sup>31</sup>.

29 Heb. 10, 5-9.

30 Jn. 10, 17.

31 Jn. 12, 27.

Reflexionemos ahora en la unión de Jesús y de María, y comprenderemos la intensidad de su celo. También ella ha dicho su «*He aquí que vengo*», que consistía en ofrecer a su Hijo por nosotros. Toda su inmensa gracia de Madre del cuerpo místico la lleva al sacrificio, y, por consiguiente, al apostolado. Quiere difundir la vida divina, glorificar a Dios haciendo miembros de Cristo.

Esto hace comprender que el servicio del prójimo no consiste en la agitación, sino, ante todo, en la oración y el sacrificio. El espíritu del sacrificio es el espíritu de los verdaderos apóstoles: son apóstoles los que se dan en la caridad de Cristo. Por eso, nuestra Señora es la reina de los apóstoles.

## VIII

### La unión con la Virgen María en la vida cotidiana por el espíritu de obediencia

Una palabra de Jesús resume toda su vida, la que pronunció al entrar en el mundo: «*He aquí que vengo. Dios mío, heme aquí para hacer vuestra voluntad*»<sup>32</sup>. Una palabra de María resume también toda su vida, la que dijo al arcángel: «*He aquí la esclava del Señor*»<sup>33</sup>. Los dos han vivido según esta palabra que han pronunciado al principio de su misión, clamor poderoso de su humildad que expresa el estado esencial de su alma. Fueron obedientes, y la Escritura nos dice que «*hasta la muerte, y muerte de cruz*»<sup>34</sup>. Todo ese amor filial hacia el Padre se ha manifestado y consumado en una obediencia amorosa y sin límites. «*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, yo hago siempre lo que le place*»<sup>35</sup>.

Nuestra Señora nos llama a este espíritu de obediencia. Ella es la prueba, la prueba suprema del amor. «*Quien tiene mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él*»<sup>36</sup>. Todos nosotros debemos amar. Pero, ¿quién puede asegurar que ama? Prontos a la sensibilidad, podrían creer algunos que están muy adelantados en las escalas espirituales porque son fáciles a las lágrimas y a las

32 Heb. 10, 7.

33 Lc. 1, 38.

34 Flp. 2, 8.

35 Jn. 4, 34; 8, 29.

36 Jn. 14, 22.



promesas. Las palabras de Jesús nos ponen al abrigo de la incertidumbre de nuestros sentimientos: el amor está en la obediencia.

Esta obediencia introduce en la unión con Dios: «*Aqué! será amado de mi Padre*». La dependencia de Dios asegura la adhesión a Dios. El amor practicado, testificado y fiel, hace nacer una confianza recíproca, una dependencia íntima. El cristiano obediente, poseído de la voluntad de Dios, consagrado a sus derechos, no es ya con él, dice san Pablo, más que «*uno solo y el mismo espíritu*»<sup>37</sup>. Se alimenta de Dios: «Dios es una comunión perpetua para el alma que hace su voluntad», decía san Vicente de Paúl.

Jesús ha pronunciado una palabra maravillosa sobre la obediencia, y precisamente a propósito de nuestra Señora: «*Aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y hermana y madre*»<sup>38</sup>. *Esa es mi madre*: «Concibe espiritualmente al Verbo por la fe, dice san Beda, le da a luz, le alimenta por la práctica del bien, en su corazón y en el corazón del prójimo». He aquí la gran misión del cristiano: dar a luz a Dios.

Se adivina el mérito del alma que vive en este espíritu de obediencia. Sus menores obras son santas. Ya no hay entonces vida vulgar e insignificante: la obediencia hace que todo sea digno de Dios. Por ella, la vida tan humilde de nuestra Madre fue tan gloriosa para Dios. El cristiano ya no está nunca solo cuando sigue la voluntad de Dios; puede decir con Jesús: «*Mi Padre que me ha enviado no me deja solo, sino que estando conmigo y en mí, hace verdaderamente todas mis obras*»<sup>39</sup>.

La vida de la Virgen fue un sí perfecto y constante a la voluntad divina, un sí pleno que la entrega a Dios; por esto el Padre pudo realizar por ella su gran misterio. También por la obediencia nos lleva nuestra Señora a realizar nuestra vocación. ¿No ha dicho san Pablo: «*La voluntad de Dios es que seáis santos*?»<sup>40</sup>. La Trinidad trabaja sin descanso en realizar esta voluntad. Pensemos en lo que sucedería si Dios, por nuestras buenas disposiciones, llegara a poder llevar a cabo

37 1 Cor. 6. 17.

38 Mc. 12. 50.

39 Jn. 14. 20.

40 1 Tes., 4. 3.

su deseo: ¡Qué abundancia de gracias derramaría sobre nosotros el día en que nuestra obediencia respondiera a su amor! ¡Y qué alegría para María santísima, puesto que se cumplirían os grandes designios de Dios: el perfeccionamiento de Cristo en los santos!

*La Virgen María  
nos hace crecer por  
la oración*

# I

## La virgen María nos prepara para la oración

### 1. LA RELIGION DE CRISTO Y DE SU MADRE

Decía Jesús a la Samaritana: «*Ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. El Padre busca tales que lo adoren*»<sup>1</sup>. Jesús ha venido a la tierra para formar y asociarse estos adoradores en espíritu y en verdad, que den a la Divinidad este culto perfecto que el Padre celestial esperaba desde la creación del mundo. La primera criatura que respondió perfectamente a sus deseos fue su Madre: nuestra Señora, uniéndose a la adoración de su Hijo, a su vida, a su sacrificio, dedicándose con él a establecer el reino de Dios sobre la tierra, ha sido la adoradora perfecta.

¿Qué es adorar a Dios en espíritu y en verdad? Es dar a los derechos infinitos de Dios la plena sumisión de la inteligencia y de la voluntad. Es honrar a Dios como se ha revelado a nosotros; es anonadarse en la humildad ante su perfección, admirarlo, alabarlo, gozarse de su felicidad, y es entregarse con alegría al cumplimiento de su voluntad. Este es el pleno homenaje de la sumisión y del amor.

Así era la adoración de Jesús. Su vida interior fue una adoración incesante. Un movimiento poderoso lo llevaba a humillarse ante su Padre, en una especie de anonadamiento interior. Como hombre, Jesús tenía su perfección por la munificencia de Dios; era criatura, por consiguiente, nada. Lleno de admiración por tantos beneficios recibi-

1 Jn. 4. 23.

dos por su humanidad, necesitaba reconocer sin cesar esta plenitud de la soberanía divina. Se consideraba feliz por poder alabar, confesar las infinitas perfecciones de Dios, y hacer consistir en ellas sus complacencias y su descanso. Todo Jesús pasaba en esta adoración incesante que no era solamente el reconocimiento amoroso de los derechos infinitos de Dios, sino también un alegre abandono a sus derechos y el deseo ardiente de consagrarse a la gloria de Dios. Ninguna criatura se ha humillado tanto ante la majestad de Dios; ninguna ha sentido más reverencia ante la perfección divina, ninguna ha experimentado mayor deseo de inmolearse por la glorificación de Dios.

Por eso, desde el seno de su Madre, dijo: «Padre, heme aquí para hacer vuestra voluntad»; y por eso fue tan humilde, aun ante los hombres. Lo exigía la justicia, tanto como su amor. Ha pasado, no como quien es servido, sino como quien sirve, como un obrero. «¡Orgullo, ven y confúndete ante este espectáculo! Jesús, hijo de carpintero, él mismo carpintero, conocido por este oficio sin que se hable de ningún otro empleo ni de ninguna otra ocupación»<sup>2</sup>.

Nuestra Señora se ha unido íntimamente a la religión de su Hijo. Ella lo ha seguido en sus misterios, porque es su Madre y porque se halla unida a él por su destino en la obra de redención. Pues bien, en cada uno de estos misterios, su primera obra común es buscar la gloria de Dios, obedecer, adorar. La misma necesidad de adoración y de humillación los abate ante Dios.

Nuestra Señora se humilla para dar gracias: «*El Señor ha mirado la humildad de su esclava*»<sup>3</sup>, dice ella a su prima. Ve al Señor inclinado sobre su debilidad natural para hacer de ella su obra maestra, la madre de su Hijo; la colma de gracia y de pureza. Mas, todo esto es el don gratuito del amor. Como Jesús dijo en su seno: «*He aquí que vengo*», lo repite ella después: «*He aquí la esclava del Señor*»<sup>4</sup>, expresando la disposición habitual de su alma.

Como Jesús, se entregará a la voluntad de Dios. Se ofrecerá con él, sufrirá, orará como él. También ella se abismaba en un abismo de humildad, en una especie de anonadamiento ante aquel que, habiéndola colmado de gracias, seguirá siendo el Señor.

2 Bossuet.

3 Lc. 1, 48.

4 Lc. 1, 38.

Por esto busca ella la obediencia, sobre todo la obediencia humillante, para tributar, con sus abatimientos, un homenaje constante a la majestad de Dios. Quiere unirse a la religión de su Hijo; es una necesidad de su amor maternal. Sabe que su Hijo es una víctima que se ofrece por la glorificación de su Padre: ella le sigue en su humillación. Jesús vendrá al mundo, no como el hijo glorioso de Dios, sino como la víctima de los pecados de los hombres. María se asocia a este estado de abatimiento, y «acepta ser madre humillada de un hijo humillado»<sup>5</sup>.

María nos une a esta religión de su Hijo. Al alma que se somete a su influencia le inspira la humildad de donde brota la verdadera adoración y el amor. Sin esta humildad fundamental, ¿qué podrá ser la piedad sino una ilusión? Dios nos ama infinitamente, y aprovecha todas las ocasiones para manifestarnos su ternura. Pero él es Dios, el Infinito ante quien toda criatura es nada: la primera justicia es adorable. Por poco que sea el verdadero conocimiento que el cristiano tenga de la divinidad, tiene que sentir la imperiosa necesidad de adorar, de prosternarse y decir con Jesús: «¡Padre santo!»<sup>6</sup>. Esta adoración humilde y amorosa es la cima del culto cristiano. Triunfa en el cielo, donde los santos se prosternan y echan sus coronas ante el trono de Dios. Esta adoración es el estremecimiento del amor ante el Infinito. Es el fruto de la luz divina. «La luz de la humildad causa el nacimiento del amor. Viendo el alma su nada, y a Dios inclinado sobre esta nada, y las entrañas de Dios abrazando esta nada, se inflama, se transforma y adora»<sup>7</sup>.

## 2. LA PUREZA INTERIOR

### *El silencio*

«Se encuentran pocos contemplativos, dice la *Imitación*, porque son pocos los que saben separarse enteramente de las criaturas y de las cosas perecederas... El gran obstáculo para la contemplación consiste en fijarse en lo exterior y sensible, y ocuparse poco en mortificarse enteramente»<sup>8</sup>.

5 Bérulle, *Vida de Jesús*, p. 502. Migne.

6 Jn. 17, 11.

7 Santa Angela de Foligno.

8 *Imit.* 3.

Nos es necesario el silencio. La vida de nuestra Señora fue silenciosa. No se hablaba mucho en Nazaret. Si se quiere vivir la vida cristiana, es necesario huir de las diversiones mundanas, de las vanas lecturas, de las conversaciones ociosas y prolongadas que no justifican la caridad y las conveniencias. «Conversar con el prójimo más de lo que es verdaderamente necesario y de lo que la razón pide, dice san Juan de la Cruz, nunca ha hecho bien a nadie, por santo que haya sido».

No basta este silencio exterior. El recogimiento interior es mucho más necesario. ¿De qué sirve callarse si las voces interiores hacen grande gritería? Dios se comunica incesantemente, el Espíritu Santo no cesa de comunicar inspiraciones sobrenaturales, de hacer como revelaciones particulares que esclarecen cada día nuestra vocación; de enviar luces para nuestra inteligencia, fuerzas para nuestra voluntad. El alma recogida percibe estas inspiraciones. Por esa disposición interior, algunas almas no llegan ni a conocer, mucho menos a realizar, su vocación especial. «Mi alma anda siempre entre mis manos, y no me he olvidado de tu ley»<sup>9</sup>, decía el salmista.

María fue silenciosa al exterior y recogida en el interior. Su vida fue un largo silencio. Miraba a su Hijo con atención y admiración. Escuchaba y meditaba los misterios de que era testigo. San Lucas nos habla de las «conferencias que tenía en su Corazón»<sup>10</sup> con Dios sobre los misterios de su Hijo: en estas conversaciones interiores descubría cada vez más la vocación de su Hijo y la suya, los pensamientos y deseos de Dios sobre la salvación del mundo.

### *Renunciamiento*

Para prepararnos a la oración, nuestra Señora nos da el gusto de la pureza interior que nos acerca a su gracia, la pureza perfecta. El renunciamiento a nosotros mismos nos dispone para ello. «El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo»<sup>11</sup>, decía Jesús. Cuanto más se esfuerza uno por ir a Dios, más comprende el inmenso alcance de esta palabra del Señor. Hay que abandonarse o, para hablar más sencilla-

9 Sal 119 (Vg. 118), 109.

10 Ver Lc. 2, 19. 51.

11 Mt. 16, 24.

mente, hay que olvidarse, no buscar más que a Dios. Poder llegar a decir, como san Pablo: «No soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí»<sup>12</sup>.

¿Qué debemos hacer para llegar a esto?

En una palabra: simplificarse. En el espíritu: no ver los acontecimientos y al prójimo más que a la luz de Dios. En la voluntad: un solo fin, trabajar por el cumplimiento de la voluntad de Dios. En el corazón: tener en sí «*los mismos sentimientos que tenía Cristo*»<sup>13</sup>. En las pasiones interiores: renunciar al vano trabajo de la inquietud por el porvenir, a los recuerdos de la vida pasada. En la vida cotidiana: renunciar a sus gustos, al amor de sus conveniencias, vencer sus repugnancias, mortificarse en la comida, en el moblaje, no buscar nunca satisfacciones personales, porque «los que son de Cristo han crucificado su carne»<sup>14</sup>. Lo mismo en la conducta exterior: marchar según los impulsos de la gracia, sin dolor, sin intriga, allí donde el deber de estado y la caridad nos obligan; cumplir el deber con valor y entregarse después a la providencia de Dios.

Un alma así tiende a realizar la palabra de Cristo: «*Buscad el reino de Dios y su justicia*»<sup>15</sup>. Su tendencia más profunda es adaptarse a las mociones divinas y conservar el contacto con Dios. Desearía poder decir con san Pablo: «*Por su amor todo lo he perdido, con tal de que gane a Cristo, mi Señor, y sea hallado en él*»<sup>16</sup>.

En efecto, Dios no tarda en darse a un alma que, en seguimiento de nuestra Señora, ha renunciado a sí mismo. «Piensa en mí, decía Jesús a Catalina de Siena, que yo pensaré en ti»<sup>17</sup>. Que el alma se olvide de sí misma, que se dé sencillamente: Dios hará lo demás, su acción purificadora se ejercerá sobre ella y la vida divina la invadirá.

12 Gál. 2, 20.

13 Flp. 2, 5.

14 Gal. 5, 24.

15 Mt. 6, 33.

16 Flp. 3, 8.

17 Vida, 1º parte, c. 10.



## II

### La Virgen María nos enseña a orar en la alegría

#### 1. LAS ALEGRÍAS DE MARIA

Los misterios de la infancia de Jesús, aunque el dolor haya tenido en ellos una gran parte, han sido señalados con vivas alegrías. Nunca se podrá expresar la emoción de nuestra Señora cuando, en la gruta de Belén, vio a Jesús por primera vez. Desde que lo llevaba en su seno lo había adorado en silencio. Ahora lo veía. ¡Su Hijo y su Dios! Esta primera mirada de María sobre su Hijo, ¡de qué amor y de qué adoración fue impregnada! Todo su ser pasó por esta mirada tan humilde, tan tierna, tan luminosa, en la que María sabía que contemplaba en su Hijo el rostro humano de Dios.

¡En qué estado lo veía! Impotente como todos los niños. En la indigencia, más que cualquier otro niño. Pero ella bendecía esta impotencia y esta indigencia, que la obligarían a intervenir sin cesar en su vida, y a manifestarle su amor de todas maneras, como hacen las madres con sus hijitos. Su dicha estaba en afanarse en sus obligaciones de madre. Lo tomaba en sus brazos, lo envolvía en pañales, le sonreía, le hacía caricias con un respeto lleno de adoración. ¡Qué alegría para la Virgen en este amor humilde, tierno y ardiente que la llenaba completamente! Era su Dios: lo adoraba. Era su Hijo: lo amaba.

Jesús responde con magnificencia divina. Había entre ellos una correspondencia de ternura, de amor y de vida, un don mutuo, incesante. Todo lo que placía a Jesús dar a su madre, era ella capaz de recibirlo y de agradecerlo. Era «una pura capacidad de Jesús, llena de Jesús». Toda ella era Madre, se refería a él, estaba hecha para pertenecerle y contentarlo. «El corazón del uno no vive y respira más que

para el otro. Estos dos corazones tan próximos y tan divinos, y viviendo juntamente una vida tan elevada, ¿qué son el uno para el otro, y qué no hacen el uno en el otro...! Es un misterio del corazón, añade Bérulle, y la lengua no puede expresar estas dulzuras y ternuras»<sup>18</sup>.

Esta intimidad era para María la fuente de inmensas alegrías. Se consideraba feliz de ser para Jesús lo que ella era: de pertenecerle en todo su ser, de haber recibido tantas gracias que permitirían a Jesús ofrecerla a su Padre como un don admirable, el don por el cual derramará él su sangre: de estarle asociada en su obra tan íntimamente y de tener que glorificar a Dios en una vida común y en idéntico sacrificio.

Tal fue su conducta durante todo su ministerio en lo que miraba a Jesús. No cesó de rodear de amor y de solicitud la humanidad de su Hijo. No cesó de ofrecerle a su Padre. Este fue su primer acto después de su nacimiento en Belén, que renovó ella con tanta frecuencia, en particular de una manera trágica, en el Templo, el día de la Presentación. En Nazaret vivieron juntos, orando unidos, trabajando el uno al lado del otro. Si la vida apostólica exigió muchas veces una separación, fue únicamente una separación exterior, permaneciendo María unida de corazón a su Hijo, siguiéndole en su misión, adorando las manifestaciones de su divinidad. Cada uno de los actos de su Hijo era una fuente de amor para el corazón maternal.

Por otra parte, ¿no era ella su colaboradora en la obra de la redención? En sus misterios, tenía ella una parte con él. Su maternidad hacía que todo, fuese hecho en común con él.

## 2. NUESTRAS ALEGRÍAS

Esta parte de la vida de nuestra Señora es fecunda para nuestra vida interior. Es ordinario que el Señor colme de alegrías a los principiantes en la vida espiritual. ¿Es la recompensa de su conversión? ¿Es una preparación para las pruebas venideras? Las dos cosas, sin duda. «Estoy convencido de que las gracias están destinadas a fortalecer nuestra debilidad y a hacernos capaces de soportar, a ejemplo de Jesús, grandes sufrimientos», dice santa Teresa<sup>19</sup>. En todo caso, son

18 Bérulle, *Vida de Jesús*, Migne, p. 1002.

19 *Castillo interior*.

favores de la bondad divina, que, bien aceptados, producirán preciosos efectos.

Ordinariamente, nos separan de las cosas materiales, nos dan ánimo para el servicio de Dios, hacia el que nos atraen como hacia la fuente de la verdadera felicidad. Muchas veces son suavidades sensibles que invaden el corazón al pie del tabernáculo, después de la lectura de una página del evangelio, después de la oración; o bien, dice santo Tomás, es «una cierta delectación espiritual que acompaña los actos perfectos de las virtudes», después de un acto de abnegación, al instante de una tentación vencida; otras veces, es un vivo sentimiento del amor de Dios, una quietud profunda, una paz del alma fundada en la amistad divina. Bien diferente de los placeres sensibles, estas alegrías son una delicia para el corazón; ayudan poderosamente a entregarse del todo a Cristo. Son una fuente de luz: ¡Cuántos de nosotros han comenzado a comprender, en estos momentos benditos, lo que es la grandeza de Dios, y su bondad, lo que es la malicia del pecado, y han derramado lágrimas abundantes sobre su miseria pasada! Nuestra voluntad recibe de aquí una fuerza nueva. El cristiano saborea la dulzura de Dios y su misericordia. En el deseo de los bienes eternos se dilata y se expansiona. San Bruno, tan tranquilo él y tan dulce, recorría muchas veces la montaña de la Cartuja gritando: «¡Oh bondad! ¡Oh bondad!»

### 3. LA VIRGEN MARIA NOS ENSEÑA A RECIBIR ESTAS ALEGRÍAS

Es importante recibir estos favores con las disposiciones convenientes. «Si alguno llegara a imaginarse que la intención de Dios era únicamente hacerle gustar sus caricias, sería un grande error», dice santa Teresa<sup>20</sup>. Nuestra Señora nos enseña cómo se deben recibir los beneficios de Dios: con acción de gracias y humildad: «Mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su esclava»<sup>21</sup>.

Nada sería más funesto que un pensamiento de orgullo. Que estas alegrías no nos impidan ver nuestros defectos. Dios es bueno para nosotros, pero se compadece con preferencia de la miseria. Cuando

20 *Ibid.*

21 Lc. 1, 46-47.

el hombre es feliz, se siente inclinado a creerse mejor. Recibe un alma una luz acerca de la divinidad: ¡ay!, su tendencia es creer que por eso es más agradable a Dios, cuando no ha hecho más que recibir una limosna. No es la vivacidad de los sentimientos lo que muestra el valor de un alma, sino su resolución de servir a Dios, cueste lo que cueste. Con frecuencia, cuando Dios nos da estos consuelos, es que ve nuestra debilidad, y nos trata como a niños. Al principio de la vida espiritual, nos toma como somos, muy terrenos, con inclinaciones imperfectas, y trata de conquistarnos revelándonos la felicidad de la vida espiritual y haciendo que tomemos disgusto en los otros placeres. «*Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra*», dice san Pablo<sup>22</sup>. Espiritualmente nuestra devoción, y no tendremos necesidad de suspiros en nuestras oraciones, sino de actos de voluntad, de actos interiores.

Además, guardemos siempre silencio sobre estos favores divinos. ¡Qué indiscreción es referirlos! Veamos como María guarda el secreto de Dios. Gabriel le anuncia que será madre del Mesías: ella nada dice de esto, ni aun a José. Espera que Dios mismo revele este favor inaudito: «Cosa buena es tener oculto el secreto del rey»<sup>23</sup>. La Virgen amaba este silencio que sólo Dios penetra, «meditando, en su corazón todo lo que veía y oía»<sup>24</sup>.

#### 4. LA VIRGEN MARIA NOS UNE A LA ALEGRIA DE JESUS Y A LA SUYA

##### *Alegría de adoración*

Dios ha creado a sus hijos para la alegría.

Jesús quiere que vivamos en la alegría; la ha pedido a su Padre la víspera de su muerte: Padre santo, ruego «para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría»<sup>25</sup>.

La alegría de Jesús, su alegría soberana que dominaba todo, era la contemplación de su Padre, la vista de su perfección divina. ¡Dios existe, el Ser esencial, el Bien, el Amor, la Hermosura, la soberana Pureza! El alma de Jesús lo contemplaba en su esencia, sin velo. La alegría de esta contemplación era la cima de su vida interior. Era «la

22 Col. 3, 2.

23 Tob. 12, 7.

24 Lc. 2, 19.

25 Jn. 15, 11.

*plenitud de su alegría», una alegría que nada pudo alterar, ni aun la Pasión tan terrible, una alegría inatacable.*

Esta era la alegría de María y ésta debe ser la nuestra. La Iglesia nos convida a ella sin cesar; nos pide en la misa que alabemos al Señor, que le adoremos, que le glorifiquemos, que le demos gracias. ¿Por qué? «Por su grande gloria», porque es infinitamente feliz en su Hijo. Alabemos la infinita perfección de Dios, alabemos su felicidad. Alabémosle en su amor, en el amor que se tiene a sí mismo, en su Espíritu, y en el que tiene a las criaturas.

### *Alegría de glorificación*

La alegría nos vendrá también, como a nuestra Señora, de la contemplación de Jesús. Que nuestra alabanza se difunda en reconocimiento por la encarnación del Verbo, que se hace nuestro hermano, en acentos de estupor hacia esta grandeza divina que tan bajo descende: «*Se ha anonadado... me ha amado y se ha entregado por mí*»<sup>26</sup>.

Mas, sobre todo, considerémonos felices porque la encarnación del Verbo da a Dios una glorificación soberana. Jesús es el adorador perfecto del Padre, que da adoración en espíritu y en verdad. Él es el reparador, el penitente que va a lanzarse a un abismo de oprobios para volver a Dios su creación. Su pasión va a inaugurar el reino de Dios sobre la tierra.

¡Qué alegría para María, cuando vivía al lado de su Hijo, saber que los menores gestos de Jesús daban a Dios una inmensa glorificación! ¡Con qué corazón se unía a esta glorificación!

Unámonos a sus pensamientos. Nada eleva tanto el alma como esta religión. Es una de las formas más amables y más bienhechoras del amor. Esta preocupación de la gloria de Dios muestra que realmente pertenecemos a la familia de Dios. «Jesús es feliz: nada me falta», decía el P. de Foucauld en su destierro.

### *Alegría de reconocimiento*

Seamos felices por ser de Dios, por estar unidos a él por la gracia. Hasta en los dolores más terribles, nuestra Señora conservaba una alegría inalterable, porque era de Dios, porque jamás conoció el

26 Flp. 2, 7; Gál. 2, 20.

pecado, y el amor moraba en ella, y allí donde está el amor, está la alegría. «¡Oh Dios eterno, decía santa Catalina de Siena, vos sois un océano tranquilo donde viven y se alimentan las almas! En él encuentran su descanso en la unión del amor».

¡Qué alegría debería producir en nosotros el pensamiento de la presencia de Dios! Cada aumento de gracia es una comunicación de Dios, un nuevo contacto con Dios. En su presencia, el pensamiento del dolor sería poca cosa. Cuando uno de los siete cuchillos de los dolores de María hería su corazón, el pensamiento de las gracias inmensas que por esto le vendrían y de la gloria que Dios de todo ello sacaría, hacía que el dolor produjese en su alma la alegría y aumentase su amor.

Había en Cristo una alegría inmensa al pensar en la pasión y en la gloria que resultaría para Dios de sus terribles sufrimientos. «*Con bautismo es menester que yo sea bautizado, ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!*»<sup>27</sup>. Su pasión era el triunfo de su amor, de su reconocimiento. Su humanidad había recibido todo del Padre, la gloria infinita de la unión hipostática: ¿qué podía devolverle? Por eso se entrega a la pasión y va «*hasta el fin*»<sup>28</sup>. Por amor a su Padre: «*Para que el mundo sepa que amo a mi Padre, marchemos*»<sup>29</sup>. El sufrimiento le aliviaba de alguna manera; permitía que su amor pagara su deuda, al mismo tiempo que la deuda de los hombres.

Los consuelos de Dios deben producir esta disposición. En Cristo, el amor lo ha obligado al sacrificio. En el cristianismo también. «Sufrir y ser despreciado», decía san Juan de la Cruz.

Algunas veces será fácil hacer estos actos de alabanza, de acción de gracias y admiración. Otras veces, no. La oración de alabanza no siempre puede manifestarse por fervores sensibles. Hay horas en que los sentimientos que están en el corazón no saben subir a los labios. Recordemos entonces que la fidelidad es la verdadera prueba del amor. En vez de ofrecer vagos sentimientos, ofrezcamos nuestros trabajos, nuestros sufrimientos.

Sobre todo, ofrezcamos a Jesús, como lo hacía con tanta frecuencia nuestra Señora. En el Templo, lo ofrece con un amor y desin-

27 Lc. 12. 50.

28 Jn. 13. 1.

29 Jn. 14. 31.

terés inaudito, ofreciéndose ella misma con su Hijo, haciéndose víctima con él. Por medio de María, ofrezcamos al Padre la alabanza de Jesús, su adoración, sus trabajos, sus sufrimientos, su amor único. Ofrezcamos su sangre. Unámonos a los sentimientos actuales de Cristo en el cielo, donde dirige la única liturgia ante el trono de Dios. «*Ofrezcamos por él a Dios sin cesar sacrificio de alabanza*»<sup>30</sup>. Nosotros no somos nada, nuestros trabajos no valen nada; pero Jesús nos permite servirnos de él: su sangre tiene un valor infinito, y la ha derramado por la gloria de Dios.

He aquí, pues, vuestro Hijo, Dios mío, el que es vuestra eterna bienaventuranza. Os lo ofrezco para expresaros nuestra adoración, nuestra alabanza, nuestra acción de gracias. «Por él, y con él y en él sea a vos, Padre Todopoderoso, en unión del Espíritu Santo, todo honor y gloria por los siglos de los siglos».

Es difícil decir los beneficios que reporta esta oración de alabanza y de admiración. La alegría que en ella percibe el alma hace crecer su amor. Amor de complacencia que pronto se convierte en amor de conformidad. «Señor mío, enséñame lo que quieres que te diga», exclamaba santa Margarita María. «Nada, respondió Jesús, sino: mi Dios, mi único y mi todo. Tú eres todo para mí, y yo soy toda para ti».

Es una gracia muy grande saber antes que nada ver a Dios en la oración. Así oran los santos. Nosotros, en cambio, pensamos con frecuencia en nosotros mismos. Los santos empezaban por adorar, admirar y alabar. Su oración no era más que un canto, una aspiración del corazón hacia la majestad divina. Sentían la necesidad de exaltar a Dios.

Esta adoración de alabanza nos hace vivir en el amor. Hagamos muchos actos de amor. «*Permaneced en mi amor*»<sup>31</sup>. Digamos a Dios que le amamos. Digámoselo a propósito de todo, por las gracias recibidas, por las pruebas pasadas o venideras, por las alegrías y por los sufrimientos. Amémoslo por nosotros, amémoslo por todos. Amémoslo con nuestra alabanza, adoración y obediencia, entregándonos sin reserva a su voluntad.

30 Heb. 13, 15.

31 Jn. 15, 9.

### III

## La Virgen María nos enseña a orar en la fe

### 1. JESUS SE VA

Los misterios gozosos no ocupan más que una parte de la vida de Jesús y de María. La vida interior es una lucha dura en un valle de lágrimas. Hay que esperar el sufrimiento. Después de una oración gozosa en la que Dios se comunica visiblemente, vendrá un período penoso en el que parece que Dios se aleja: Jesús calla y se va. Período temible.

La vida de nuestra Señora nos ofrece un ejemplo de esto. Tuvo días de verdadera agonía cuando Jesús permaneció en el templo sin ella advertirlo. ¡Jesús ha marchado! ¡Ha marchado en silencio! No había dicho nada, y la había abandonado. Le parecía que no comprendía a Jesús. Este era su mayor sufrimiento, su tormento interior. ¿Por qué su Hijo la ha abandonado? ¿Dios Padre se lo habrá llevado? ¿Será esa la espada anunciada por Simeón?

Cuando lo encuentra, su respuesta parece dura: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?»<sup>32</sup>. Sí, ella bien lo sabe. Mas, creía que sin ella no se ocuparía su Hijo de la gloria de Dios. No dice nada, no comprende nada, mas, cae en una horrible angustia y conoce que es una prueba misteriosa. ¿Será rechazada de Dios y de su Hijo?

Necesitamos nosotros pruebas semejantes. Caminamos hacia Dios por la fe. No hay que esperar que continuaremos sintiendo a



Jesús en todos nuestros ejercicios piadosos, que lo gustaremos en la comunión y que la gracia seguirá sosteniéndonos en forma casi visible. Para nosotros también hay un día en que Jesús se marcha. Y todo cambia en nuestra vida. La intimidad divina se eclipsa. La oración nos fatiga. La comunión parece que no nos da nada. El tabernáculo está vacío. La penitencia molesta. Antes, me sentía atraído hacia las cosas divinas; ahora, ni aun siento el deseo de Dios. Todo me lleva hacia abajo. Los días pasados, qué ardor de correr, con el corazón abrasado, hacia Dios: hoy me arrastro, frío el corazón; ni un acto de amor brota de mi corazón insensible.

Estos momentos son decisivos en la vida espiritual. El alma está entonces en una crisis importante. Es esencial mantenerse unido de corazón a la Virgen María.

Observemos primeramente que, en lo que atañe a María, cuando Jesús se aleja de ella, el Espíritu Santo, lo que intenta es su santificación, y que estos tres días de angustia produjeron en ella una elevación inmensa. Algunas veces, así pasa con nosotros. Pero acordémonos que lo que se llama sequedad espiritual puede ser un castigo de la misericordia de Dios. Podemos perder a Jesús por culpa nuestra. Los justos pierden, a veces, a Jesús para su perfección. Los pecadores lo pierden porque lo han abandonado. Otros, porque su amor, sin estar muerto, se ha enfriado y amortiguado. Primeramente, hay que humillarse. ¿No se ha alejado Jesús a causa de vuestro orgullo, de vuestra complacencia en vosotros mismos, de vuestra flojedad en la penitencia, de la solicitud, de consuelos humanos y amistades sensibles, de la oposición a la gracia? Es difícil juzgar de dónde procede la ausencia de Jesús: casi siempre hay falta por nuestra parte. Dios quiere el corazón todo entero. Mas, estos castigos que la misericordia de Dios inflige a nuestra tibieza son una señal del grandísimo amor que Dios tiene a nuestra alma, y una prueba de vocación a la santidad.

«Aprended de María a buscar a Jesús», dice Orígenes. No hay que permanecer ociosos en ese estado, ni resignarse a la ausencia de Dios. Nuestra Señora tenía deseo ardiente de encontrar a Jesús: lo ha buscado hasta que lo ha encontrado.

Pero es a él a quien hay que buscar. ¡Qué triste es si en estos momentos cometemos el desacierto de buscar los consuelos de las criaturas! No hay más que un consuelo: volver a encontrarlo. Busquémoslo donde está: en la penitencia, en las obras de caridad, en el evangelio,

en la oración, en la eucaristía. Jamás lo encontraremos en los placeres, aunque sean inocentes, y raramente entre nuestros amigos.

Dispongámonos a buscarlo durante mucho tiempo, si así lo dispone, y a no pretender recobrar con él los consuelos que nos daba en los comienzos de nuestra vida espiritual. Los consuelos, aunque sean divinos, no son Dios. Deseemos, ante todo, la vida divina.

## 2. LA ORACION DE FE

Mas, acontece a veces que la sequedad es una prueba. Parece que Dios se retira del alma para formarla en el desasimiento, en la humildad más verdadera, en la confianza. Quiere apartarla de todo lo que es sensible y de todo lo que halaga al amor propio. Hasta los favores que Dios nos hace, al principio de nuestra vida espiritual, necesitan esta purificación, porque en ello se mezcla la naturaleza, y lo que Dios nos da santamente, lo recibimos nosotros con más o menos impureza.

Es una prueba inevitable. Las almas fervorosas pasarán necesariamente por esta purificación, porque en nuestras relaciones con Dios hay que reemplazar la actividad natural por una actividad sobrenatural, es decir, desarrollar el ejercicio de las virtudes teologales.

En estos momentos de semiceguera, acostumbremos a ver a Jesús en la fe: sin oír nada, sin sentir nada, sin esperar una respuesta. Para movernos entonces a orar, no hay más que la fe, la cual sabe que Dios, este Dios silencioso, está, sin embargo, ahí, adorable y amable.

Santa Teresa de Lisieux experimentó durante mucho tiempo esta prueba. Ella pensaba entonces en María. «Nunca he comprendido tan bien, dice ella, la pena amarga de la santísima Virgen y de san José, buscando por las calles de Jerusalén al divino niño Jesús. Me encontraba en un desierto pavoroso»<sup>33</sup>.

La oración, en estas circunstancias, es dolorosa. El espíritu está impotente, como herido de parálisis. Antes de la oración, me sentía recogido, las lecturas piadosas me conmovían, me llevaban a Dios. Este es el momento de orar, pensamos nosotros. Nos disponemos a orar, y todo se desvanece. Todo el fruto de las lecturas precedentes se disipa. Tan cierto es que la contemplación no procede de la inteligencia, sino de la pureza, de la libertad de los sentidos, del amor.

A veces, la prueba es peor. Estas verdades meditadas con tanta alegría, ocurre que ya no las comprendemos. Parece que la fe se ha desvanecido.

«Entonces, dice santa Teresa, la fe está amortecida y como sumida en el sueño, lo mismo que las demás virtudes. No está muerta, porque se sigue creyendo lo que enseña la Iglesia. Pero se diría que sólo la boca pronuncia la fórmula. Por otra parte, se siente uno presa de un encogimiento de corazón, de una indolencia extraña. En este estado, lo que el alma conserva de conocimiento de Dios se parece a un sonido vago percibido a lo lejos. Cuando oye hablar de él, admite lo que se ha dicho como cosa que ella cree porque la Iglesia lo enseña, mas, no tiene ningún recuerdo de lo que ha experimentado en sí misma».

El corazón está seco. «*He entrado en vuestro santuario, Señor, para admirar vuestro poder y vuestra gloria: me he encontrado en él como en el desierto sin camino y sin agua*»<sup>34</sup>. La llama del corazón se ha extinguido. La oración fatiga y enoja. Sin embargo, esta alma se entrega a la oración. Su oración es seca; frecuentemente gira alrededor de algunas fórmulas. Señor, eres santo, yo te adoro... Señor, eres el amor infinito, querría amarte, ayúdame a amarte... Señor, creo que estás aquí presente, querría servirte, glorificarte, pero no sé cómo hacerlo. Tómame a tu servicio, purifícame de mis pecados, haz todo lo que quieras de mí.

En efecto, la voluntad de esta alma está en Dios. No siente ternura como antes, sino, con toda certeza, un amor tranquilo, capaz de soportarlo todo por Dios.

### 3. SEGUIR A LA VIRGEN MARIA

Es necesario imitar aquí las disposiciones de nuestra Madre, en particular su resignación. Fue conveniente que Jesús se separase con frecuencia de ella, sin contar los tres días que estuvo en el Templo. La dejó para emprender su vida apostólica. Y cuando un día se presentó para verlo, le dijeron: *Tu madre te busca. ¿Quién es mi madre? Aquel que hace la voluntad de Dios*<sup>35</sup>. Palabra aparentemente dura para el corazón maternal. Cada vez que Jesús habla en público de su Madre,

34 Sal. 63 (Vg.62), 2-3.

35 Ver Mt. 12, 47-50.

esa Madre tan amada, es para mortificar su corazón de carne, para quebrantar, de alguna manera, su ternura sensible, no obstante tan pura, y dirigida por el camino del amor puramente espiritual. Corredentora, debe parecerse al Redentor: que su amor sea también independiente.

Así conviene habituarse a la ausencia sensible de Jesús, a sus durezas aparentes, y vivir en la fe. «Doy gracias a Jesús, decía santa Teresa de Lisieux, porque me hace andar en tinieblas; estoy en una paz profunda. De buen grado consiento en pasar toda mi vida religiosa en este subterráneo oscuro en que me ha hecho entrar. Solamente deseo que mis tinieblas obtengan la luz para los pecadores». Después de haber pasado muchos años en este estado, decía en el momento de la muerte: «No me arrepiento de haberme entregado al amor».

Conservemos la paz. No es buena señal para un alma darse a la queja por esta aridez. La fe es el único refugio en estos momentos, y, además, el más provechoso. «Toda contemplación de las cosas sobrenaturales no podrá ayudarnos tanto, para crecer en el amor divino, como el más pequeño acto de fe viva y de esperanza cumplida en una desnudez absoluta de toda luz»<sup>36</sup>.

Busquémoslo en la fe y en el deseo perseverante. Si el espíritu está tocado de una especie de estupor, y el corazón de indolencia, nos queda la aspiración profunda e la fe que está toda orientada hacia Dios; nos queda la aflicción de no amar como querríamos al que es infinitamente amable... Siempre podemos desear servirlo y amarlo: este deseo es ya un servicio y un amor.

#### 4. LA ORACION EN LA NOCHE

Mas, esta misma oración en la fe necesita ser purificada.

Hay que seguir todavía a nuestra Señora. ¿No ha sido ella la madre de un niño indigente, de un desconocido, de un desterrado, de un calumniado, de un condenado? ¡La desolación del Calvario! Allí sube ella, rodeada de una multitud que a gritos expresa su odio. Su hijo sufre espantosamente, ¿y por qué? Parece que estos hombres no quieren ser salvados. Es el fracaso de todo. Hasta los apóstoles han huido. El poder divino, ¿ha sufrido un eclipse? Oye la misteriosa

36 S. Juan de la Cruz, *Avisos espirituales*.

palabra de su Hijo desde el fondo del abismo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*»<sup>37</sup>.

Al alma que quiera seguirla, nuestra Señora va a llevarla al abismo de su desolación, a la desolación de Cristo.

Esta alma va a caer en un estado desconocido. Experimenta sacudidas íntimas que la trastornan, sufre escrúpulos, está en la angustia; hasta en la oración la ataca el demonio con tentaciones horribles, y acaba por creer que está alejada de Dios, que anda por mal camino, que será condenada.

Antes, habría soportado grandes dolores que venían del exterior; el mundo la había infamado y perseguido: la enfermedad la había herido profundamente; en todas partes había sido decepcionada. Pero se volvía hacia Dios, y con solo decirle «¡Dios mío, es por ti!», recibía grande alivio.

Todavía hoy se vuelve hacia Dios, él no está allí. El Dios de pureza, ¿está enojado con ella? Siente disgusto de sí misma. Esto recuerda la agonía de Jesús: Jesús cargó con nuestras faltas y perseguía al pecado sin escatimar nada a su humanidad. María lo seguía por razón de su maternidad espiritual, y no quería tampoco eximirse de nada; ella, toda pura, había cargado también con el pecado de sus hijos y lo expiaba. Y he aquí que la Pureza infinita se fija, por decirlo así, en esta alma, atraída por María, y la registra en sus partes más profundas; es una luz que descubre los repliegues más íntimos y revela los secretos más ignorados. ¡Esta alma se creía pura! ¡Creía amar a Dios! Mas, he aquí que la Pureza infinita le descubre su impureza. ¿Cómo osar en adelante volverse hacia Dios? Sin embargo, ¡sólo su misericordia la puede purificar! Se esfuerza en hacer oración, llama a la misericordia y al amor, protesta que desearía amar. Mas, ¿dónde está Dios, ese Dios para quien todo ha fracasado? Nada contesta. ¿Está cansado de esta alma? No obstante, por él soporta tantos sufrimientos. Es a él a quien desea. Mas, hasta el consuelo mismo que venía del dolor desaparece; lo que parecía hermoso, divino en el dolor, se ha desvanecido. Hay que sufrir sin fervor, sin gusto, completamente solo; y sufrir, ¿por qué? Y se pregunta si este dolor mismo no ofende a Dios. «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*».

37 Mt. 27, 46; Mac. 15, 34; Sal, 22 (Vg. 21), 2.

No se podría expresar el dolor del alma en esta desolación: «El mayor suplicio del alma, dice san Juan de la Cruz, es creer que Dios la odia, la abandona, y la arroja por eso en las tinieblas»<sup>38</sup>. «Oye cuál será tu martirio, decía nuestra Señora a santa Verónica. Tú amarás, convencida, sin embargo, de que ignoras el amor. Amarás hasta el tormento, persuadida de que traicionas al amor. Te hablarán del amor y te parecerá oír una lengua extraña. Y tu tormento será la imposibilidad de comprender y expresar tu tormento»<sup>39</sup>.

¿Qué pretende nuestra Madre? Purificar este miembro de Cristo, llevarlo al desprendimiento absoluto, privándolo de todo lo que lo consolaba y confortaba. Bueno es amar la cruz y querer salvar al mundo con Cristo: pero es un verdadero desorden complacerse en este pensamiento, porque ya no hay dolor si se ve adulado por ese gusano roedor. Por eso, está bien que el cristiano sienta la nada de todo, como dice san Juan de la Cruz, y tenga disgusto de sí mismo. Entonces, la humildad viene, la humildad verdadera, convencida, la que permite a la gracia desarrollarse plenamente. «El alma está entonces de tal modo humillada y adaptada por las dificultades, las tentaciones, las tribulaciones de todo género por las que Dios la ejercita, que se hace más dulce y más tratable en sus relaciones con él, consigo misma y con el prójimo»<sup>40</sup>.

En realidad, es el Espíritu Santo el que obra en el alma, como en nuestra Señora durante los días de la pasión, que fueron la ocasión de un dolor terrible y de una santificación inmensa. Entre Jesús y esta alma que ha entrado en el misterio de la pasión se establece una unión muy grande.

Santa Angela de Foligno vivió estas horas dolorosas: «Imposible alabar a Dios. Imposible orar. No veía nada de divino en mí más que la voluntad absoluta de no pecar... Por fin, Dios tuvo piedad y oí estas palabras: ¡Oh hija mía y bien amada mía, el amor de Dios reposa en ti!».

Y mi alma exclamó:

«¿Qué haré yo para creerte, desde el fondo de mi abismo, cuando me siento abandonada?».

38 *Noche obscura*, lib. 2, c. 6.

39 Désiré des Planches. *Le journal de sainte Véronique Giuliani*, p. 75. París, 1931.

40 S. Juan de la Cruz, *Noche obscura*, lib. 1, c. 13.

Y respondió:

«Cuanto más abandonada te crees, más amada eres de Dios y más estrechada contra él... Sabe que en este estado, Dios y tú están más íntimos el uno al otro que nunca».

6

*La Virgen María  
defiende nuestra  
vida espiritual*



## I

### Contra el demonio

La tentación es un hecho universal. Ninguno de nosotros puede esperar librarse de esta ley misteriosa. Hasta es cierto que las almas llamadas a la perfección son tentadas con más violencia: más amadas de Dios, excitan una envidia más cruel del enemigo del género humano; hechas más poderosas por gracias de elección, pueden arrebatarse al demonio muchos de sus adeptos. Además, la caída de almas así escogidas es una pérdida para el reino de Dios, y esto sólo, explicaría el número y la violencia, de las tentaciones que los asaltan.

Nuestra Señora defiende a sus hijos.

Inmaculada, ¿no es ella el gran adversario de Satanás? Ha recibido el encargo de aplastarle la cabeza. Su absoluta pureza le da un horror incalificable por todo lo que lleva al pecado.

Madre de Jesús, quiere defenderlo en nosotros. Cuando el demonio ataca nuestra vida sobrenatural, a quien ataca en definitiva es a Jesús mismo. Quiere extinguir en nosotros la vida de Cristo. ¿Comprendemos ahora que la madre de Jesús se conmueva hasta las entrañas y se vea obligada a defender el honor de su Hijo? Porque se trata del honor de Dios en nosotros. Somos los hijos de Dios, los co-herederos de Cristo, los templos del Espíritu Santo. Esta realidad viviente excita el odio atroz del demonio. Es a Cristo en nosotros lo que él todavía persigue y a quien querría crucificar de nuevo. «*Si el mundo -que está movido por el diablo- os odia, es que primero me odia a mí*»<sup>1</sup>

1 Jn. 15,18.

He aquí la fuente de nuestra fuerza. Hemos encontrado en la querrela personal de Cristo, y todo lo que es de Cristo viene a nosotros para defendernos. Y en primer lugar, la Virgen María, que mira como hecho a su Hijo lo que se hace a sus miembros.

El misterio de la encarnación no cesa de ser el motivo de lucha entre el demonio y los hombres. Por esto nuestra Madre está directamente interesada en esta terrible contienda.

No nos ha dado a luz con tan terrible dolor para abandonarnos al enemigo de Dios. Nos da la gracia como principio de resistencia, principio activo e inagotable, que acomoda a nuestras tentaciones y a nuestras debilidades. Sabemos perfectamente que con esta gracia, que unas veces es refugio, otras vigor, ningún poder es capaz de arrancar un alma a Dios: «*¿Quién nos separará del amor de Cristo? En todas las pruebas venceremos por aquel que nos amó. Porque estoy cierto que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura, nos podrá apartar del amor de Dios que es en Jesucristo Señor nuestro*»<sup>2</sup>.

¿No tiene María santísima los ángeles a su servicio? «*Hay mucha más gente con nosotros que con ellos*»<sup>3</sup> decía Eliseo a su servidor asustado por la multitud que los perseguía. «*Mira*», dijo el profeta, y la montaña del Carmelo se pobló de caballeros celestiales. Así nuestra Señora pone el cielo a nuestro servicio. Es la Reina de los ángeles: no es éste un título vano. El gobierno de sus hijos de la tierra lo ejerce frecuentemente por medio de los ángeles, sobre todo cuando se trata de combatir a los demonios.

Como la gracia es la fuente de la alegría, nuestra Señora nos mueve también a combatir la tentación con la alegría. El espíritu de alegría es una fuerza muy grande contra la tentación. Porque, en definitiva, la alegría es el amor, es la expansión del alma en la posesión de Dios. «*Señor, quien te contempla, dice David, está desbordando de alegría*». Aunque el medio más sencillo de triunfar de la tentación no consiste en agitarnos, en discutir los artificios del tentador, sino en adherirnos con toda nuestra voluntad a aquel que vive en nosotros y que, más que nosotros mismos, está obligado a salvar la vida que nos

2 Rom. 8, 35. 37-39.

3 2 Rey. 6, 16-17.

comunica. «*Andad en Jesucristo, arraigados y sobreedificados en él, fortificados en la fe*»<sup>4</sup>.

La tentación misma se convierte en fuente de alegría. Es un combate librado y ganado para el reino de Dios. Y tenemos las alegrías de la victoria. Por esto decía Santiago: «*Tened sumo gozo cuando seáis tentados*»<sup>5</sup>.

4 Col. 2, 6.

5 Sant. 1, 2.

## II

### Contra las criaturas

También las criaturas son frecuentemente un obstáculo a nuestra vida cristiana. No es raro que se opongan al cumplimiento de la voluntad de Dios: muchas veces, sin quererlo; otras, con toda deliberación.

Nuestra Señora ha sufrido mucho por esta causa. Su vida está llena de la oposición de las criaturas: la indiferencia de las gentes de Belén la obliga a dar a luz en una gruta; el odio de Herodes la hace huir aterrorizada; sus compatriotas de Nazaret quieren arrojar a su Hijo a un precipicio; los fariseos, los jefes del pueblo y muchos otros, combatiendo a su Hijo hasta la muerte, le han hecho pasar horas amargas.

Nuestra Señora sabe, por consiguiente, lo que es la oposición de las criaturas a la obra de Dios. Pensemos en la acogida reservada a su Hijo, en la tortura de su corazón cuando veía al Creador hecho hombre por amor, no solamente desconocido de su pueblo, sino propiamente detestado y perseguido con un odio inexplicable.

¿Cuál fue la respuesta de nuestra Señora? Siempre la misma: la respuesta del amor maternal. Amaba a estos hombres que detestaban a Jesús, hubiera querido sufrir todas las torturas para arrancarles este odio y mostrarles a Jesús. Y también por ellos entregó a su Hijo en el Calvario. Quería salvarlos.

Es una lección de amor. La Virgen nos enseña una cosa difícil: saber sufrir por el prójimo. Cuando el sufrimiento nos viene directamente de Dios, es muy ordinario que lo aceptemos: ¡tantas veces nos ha repetido la Iglesia que debemos llevar la cruz con Cristo y que la llevemos con paciencia! La dificultad es mucho mayor cuando la cruz

nos es ofrecida por el prójimo. No nos gusta que el prójimo se interponga entre Dios y nosotros. Soportamos los golpes de Dios, pero no los golpes de Dios por medio de los hombres. Son raros los cristianos que tienen bastante fe, y sobre todo bastante humildad para reconocer en la mano del prójimo la mano de Dios. En los infortunios que nos vienen directamente de los hombres, hasta los más devotos, no ven ordinariamente más que la manifestación de un mal carácter, bajas envidias, suposiciones injustas, ingratitud y hasta maldad. ¿Quién acierta a ver la justicia y el amor de Dios que se sirve de la criatura para el bien de sus hijos? Ahí es donde puede reconocerse la humildad verdadera de los siervos de Dios; tan profunda es esta repugnancia a sufrir por el prójimo. Hay que estar muy cerca de la santidad para comprender que el prójimo ocupa el lugar de Dios en nuestra purificación.

Otras veces, la prueba es todavía peor. No solamente son los enemigos de Dios los que se atraviesan en nuestro camino, sino que hasta las personas buenas se levantan contra nosotros: separaciones muy duras, incomprendiones, interpretación severa de nuestros actos, censura pública, nuestro celo señalado como perjudicial, nuestros proyectos combatidos como peligrosos. «Una de las penas más grandes de este destierro, decía san Pedro de Alcántara, es la contradicción de los buenos». ¿No se ha visto que los cinco teólogos encargados de examinar los manuscritos de santa Teresa declararon todos ellos que lo que escribía procedía del demonio, sumiéndola en una angustia terrible? ¿Por cuántos obispos no fue perseguido el gran apóstol de María, san Luis Grignon de Montfort? Y un san Alfonso de Liguori fue expulsado de la congregación que acababa de fundar. No creamos que estas pruebas son tan raras. ¡Cuántos fieles y sacerdotes que han organizado una obra, y con gran corazón, son lanzados de ella como si hubieran perdido el espíritu de esta misma obra! ¡Cuántos apóstoles hay cuyas intenciones son diariamente calumniadas!

Una mirada a nuestra Señora los conforta. También ella ha andado por esta senda. ¿No fue la madre de un desconocido, de un calumniado, de un hombre combatido por los sabios de entonces, por los príncipes de los sacerdotes? Más aún, este Hijo tan amado, ¿no es el que la abandona cuando tiene doce años?... Es el mismo que, a los treinta, la trata con una aparente indiferencia, cuando dice: «¿Quién es mi madre? *El que hace la voluntad de Dios*».

Lo que pretendía Jesús era llevar a su Madre hasta el colmo del desasimiento de la pobreza espiritual. El ha sido el pobre absoluto. Su pobreza material fue grande, pero fue mayor aún su pobreza espiritual. Vive desprendido de todo y muere abandonado de sus discípulos, rechazado por su pueblo, deshonrado por una condenación pública, sin su poder que lo abandona, y hasta sin forma humana que desaparece bajo los tormentos.

Así quiere él vivir en su cuerpo místico. Es necesario que sus miembros vivan de las bienaventuranzas, del amor de la pobreza, de la dulzura, de la misericordia, del abandono en la providencia, del desasimiento de todo y de la vida misma. «No tienen nada, dice san Pablo, mas, lo poseen todo»<sup>6</sup>. Estos desinteresados, estos pobres espirituales, «poseen ya el reino de Dios»<sup>7</sup>.

Las oposiciones de las criaturas son permitidas por Dios para purificar su celo y su amor. Tenemos demasiada inclinación a mezclar nuestras preocupaciones personales con el deseo de glorificar a Dios. La oposición de las criaturas nos ayuda a santificarnos.

Las criaturas imponen a los servidores de Dios un sufrimiento todavía más profundo. Es acaso el más terrible que haya experimentado nuestra Señora. Comenzó a sentirlo en la presentación. Ofrece a su Hijo por la salvación del mundo. ¿Acaso los hombres corren precipitados hacia este Salvador? Simeón le responde: «Tu hijo está puesto para caída de muchos»<sup>8</sup>. ¡Jesús, la hermosura y el amor, una ocasión de caída! Viene para salvarnos, pero no es recibido: «los suyos no lo recibieron»<sup>9</sup>. ¡Qué dolorosa sorpresa para el corazón maternal! Dura toda su vida; los sacerdotes no quieren a este Cristo, el pueblo es engañado, y hasta en la última hora, el ladrón impenitente por quien María rogaba, muere, sin embargo, blasfemando. ¡Morir cerca de la cruz de salvación, al lado del Dios salvador, y perderse! ¿Jesús sufre por nada?

¿Quién nos dirá la pena de los apóstoles ante la obstinación de los hombres? También los siervos de Dios, llevados de esta sed de las almas, se obstinan en predicar el amor del Salvador, gastan en ello su

6 2 Cor. 6, 10.

7 Mt. 5, 3.

8 Lc. 2, 34.

9 Jn. 1, 11.

vida, los contemplativos interceden, los penitentes se inmolan. Mas, hay momentos en que no ven más que la procesión innumerable de incrédulos y de bautizados que atrae el abismo del infierno. El apostolado, la oración, ¿serán inútiles?

Sin embargo, de nada se quejan, a ejemplo de nuestra Madre, que al pie de la cruz no se quejaba ni de una angustia, ni de un tormento, ni de una gota de sangre, porque veía en todo la gloria de Dios y las almas.

¿Qué pretende nuestra Señora? Enseñarnos a confiar en Dios; a saber reconocer a Dios en todo y a amarlo en todo, particularmente en el prójimo que cumple su voluntad soberana. «*Dios quiere santificaros*»<sup>10</sup>, dice san Pablo. Sólo pretende esto, porque todos sus designios van unidos al gran misterio de Cristo, a la formación del Cristo místico, de quien María es la Madre. Porque ella es la cooperadora de Dios en esta formación de los santos, me persuade que esta voluntad de Dios que me quiere humillado, contrariado por el prójimo, es una voluntad inspirada por el amor paternal.

10 Ver 1 Tes. 4,3

### III

## Contra nosotros mismos

¡Ay! El demonio y las criaturas no son el más peligroso adversario de nuestra vida cristiana; somos nosotros, porque somos pecadores e inclinados al pecado. Y acaso es en este punto donde la bondad de nuestra Señora se hace sentir con más fuerza.

Dios tiene para el pecado un odio inexplicable. Recuérdese la agonía de Jesús. Nuestra Señora tuvo del pecado un conocimiento extremadamente profundo. Su fe tan sublime le revelaba todo su horror. Su santidad y su concepción inmaculada la oponían radicalmente al pecado. En el día de la pasión, su maternidad espiritual la sumió en un dolor que no tiene nombre.

¿Qué veía ella? Por una parte, a su Hijo, a quien el amor del Padre y el amor de los hombres llevan a entregarse al sufrimiento para destruir el pecado, introducimos en el reino del amor y presentar al Padre la Iglesia purificada de toda mancha, santa como una desposada.

Por otra, a nosotros mismos, los hermanos de Cristo, sus propios hijos quienes, como lo había anunciado Simeón, mostrábamos el fondo de los corazones y rehusábamos aprovecharnos de su sangre. Jesús, muriendo por salvarnos: y, sin embargo, nuestra Señora prevé, entre sus hijos, hijos amados, algunos que todavía se condenarán. El pecador tan obstinado que se levanta contra la cruz, y trabaja para que el Redentor sufra en vano.



No creo que se pueda comprender el dolor interior de nuestra Madre en el Calvario. En presencia del amor infinito, estaba oprimida por la masa hedionda, gigantesca de los pecados del mundo entero, masa que se erguía ante Dios para ultrajarlo y como para atacarlo, y que, en realidad, llegaba aquel día a sumergir a su Hijo y a anegarlo en una angustia tan horrible, que murió lanzando el grito misterioso: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Sin embargo, su amor no se desalentó. Era madre. Se asoció hasta el fin a la pasión, bajando con su Hijo al fondo del abismo. Llegó hasta el fin del dolor y del amor. Como madre, debía intentar lo imposible, aun a costa de los mayores sacrificios, para salvar a los hijos que aquel día engendraba.

Al pie de la cruz ha sido para todos nosotros la Madre de misericordia, y allí es donde ha conseguido su poder terrible contra el pecado. ¡Ojalá que podamos nosotros experimentar ese poder! La detestación profunda del pecado es una de las primeras gracias que nuestra Señora obtiene a los que se entregan a su influencia maternal.

«Si nos diera Dios a escoger para nosotros mismos uno de esos dones tan grandes y extraordinarios que ha concedido a sus santos, nada mejor podríamos hacer que pedir ese odio vivo y poderoso del pecado que han sentido algunos de ellos. Es un don que está en la raíz de toda perfección y que forma el vigor sobrenatural de toda perseverancia. Es, a su vez, la más segura y eficaz de todas las gracias especiales. Pues bien, la devoción a los dolores de la Virgen santísima nos sirve de gran ayuda, tanto para adquirir como hábito este odio del pecado como para merecer este odio como una gracia. La desolación causada por el pecado en el corazón de la Madre inmaculada... nos llena de horror, de piedad, de indignación y de remordimiento»<sup>11</sup>

Para ayudarnos a entrar en este sentimiento, María nos muestra a su Hijo. Es su misión. Muestra al Cordero de Dios, su Hijo penitente en una vida humillada, de trabajo, de desprecio, buscando la ignominia, «saturándose de oprobios», «el hombre de dolores»<sup>12</sup>.

11 Faber, *Al pie de la Cruz*.

12 Ver Is. 53, 3.

13 Is. 53, 3.

Y esto por mis pecados: «Fue llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados»<sup>13</sup>.

Cuenta santa Angela de Foligno que pidió a la Virgen, lo que fuese más agradable al Señor. Nuestra Señora la oyó. «Me fue dada una compasión, dice ella, sobre Jesús y María, más eficaz que antes. Y todo lo que hacía de más grande me pareció pequeño, y concebí el deseo de una penitencia más enorme. Mi corazón fue encerrado en la pasión de Cristo, y se me dio la esperanza de mi salvación por esta pasión». Se le aparecía el Salvador crucificado, mostrando sus llagas, su flagelación, sus horribles dolores. «Decía él: por ti, por ti he sufrido yo. Entonces, todos mis pecados estaban presentes en la memoria; comprendí que el autor de la flagelación era yo. Comprendí cuál debía ser mi dolor. Continuaba siempre, mostrando su pasión ante mí, y diciendo: «¿Qué quieres hacer para recompensarme?». Yo lloraba y gemía hasta el punto de sentir que mis lágrimas abrasaban mi carne»<sup>14</sup>.

El recuerdo de nuestros pecados y de la misericordia que nos ha perdonado debe mantener en nosotros un dolor constante. Porque había tomado la semejanza del pecado, Jesús vivió en la confusión ante su Padre. La vida de María, Madre de Cristo humillado, se deslizó en la penitencia y en el dolor. Los santos experimentan este dolor intensamente. San Vicente Ferrer, antes de entrar en las ciudades que evangelizaba en medio de milagros, se prosternaba en el polvo de los caminos y suplicaba a Dios con lágrimas que no castigara a la ciudad por el pecador que en ella entraba.

Nada hay más importante para nuestra vida espiritual que la constancia de este dolor de haber pecado. De aquí penden todos nuestros progresos.

No quiere decirse que debemos pensar sin cesar en cada uno de nuestros pecados pasados: la prudencia manda que los olvidemos. El hecho de haber sido pecador, aunque hubiera sido sólo una vez, debía conservarnos en la confusión. El espíritu de Getsemaní debía estar sobre nosotros. «Dios mío, lavadme más y más», decía David<sup>15</sup>. Pen-

14 Santa Angela de Foligno, *Visiones y revelaciones*.

15 Sal. 51 (Vg. 50), 4.

semos en el juicio que el Verbo encarnado sobre su humanidad tan pura, únicamente porque estaba cargada de los pecados del mundo, y se entregaba a la cruz. «No hay ocupación, escribía Ernesto Psichari, en que no derrame abundantes lágrimas ante el Maestro a quien tanto tiempo he crucificado».

María es quien nos da la gracia de esta santa confusión ante Dios. «*Yo soy la madre del amor y del temor*»<sup>16</sup>, dice ella.

«Penitencia, penitencia», decía en Lourdes. En la Saleta se aparece bañada en lágrimas, llorando sobre nuestras miserias. Ella es la que nos introduce en la humildad, en la verdadera oración, y crea en nuestra alma la necesidad constante de reparar, de amar y de exaltar a Dios.

16 Ver Ecli. 24. 24.

## IV

### Madre de misericordia

En todo tiempo han dado los cristianos este nombre a nuestra Señora para indicar una de las cualidades esenciales de su amor maternal. La misericordia es la compasión por la miseria ajena. «Tenemos, dice la Escritura, un Pontífice misericordioso y fiel para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto padeció y fue tentado, es poderoso para ayudar también a aquellos que son tentados»<sup>17</sup>. Lo mismo se debe decir de la Madre del Pontífice que ha padecido con él «el sufrimiento y la prueba», y a quien su corazón lleva a remediar nuestras miserias.

La misericordia es la manifestación más brillante del poder y de la bondad de Dios. Porque el poder, cuando es bueno, se da más generosamente, más íntimamente. Esto sólo basta para explicar por qué nuestra Señora es tan misericordiosa: así, a la vez, tiene piedad de nosotros y exalta a Dios. San Agustín nos dice que es más glorioso para Dios transformar un pecador en justo que haber creado el cielo y la tierra: «el bien de la gracia vale más que todo el universo». También la conversión de los pecadores es una de las principales funciones de la maternidad de nuestra Señora.

Es Madre de misericordia, por habernos dado el Salvador, por haber formado esa humanidad hecha para redimirnos. El Redentor, es un gran don. «Entre los terrores que me persiguen, dice san Anselmo, en el temor que me hiela, oh Soberana clementísima, ¿qué mediadora invocaré yo con más fervor que aquella cuyas entrañas han llevado la

17 Heb. 2, 17.

reconciliación del mundo? ¿Qué intercesión obtendrá más fácilmente la gracia de un criminal como yo, que la oración de aquella que ha alimentado con su leche al universal vengador de todos los crímenes y al misericordioso autor del perdón?».

Nuestra Señora está hecha para los pecadores.

«Ha sido Madre de Dios, dice Ricardo de San Víctor<sup>18</sup>, por un fin de misericordia». Una abundancia inagotable fluye de su corazón sobre los pecadores. Todos los cristianos la sienten profundamente. Cerca de ella, el más miserable, por poco que desee salir de sus vicios, siente que renace en él la confianza, la seguridad, como a los pies de su madre. Cristo nos la ha dado para el perdón. En los días de nuestros más tristes extravíos, podemos continuar invocándola: «ruega por nosotros, pecadores». A cualquier profundidad que descendan, el recuerdo de la Virgen flota como una boya de salvación a la que se agarran los miserables.

La Iglesia la llama *espejo de justicia*, de la santidad divina, más también *refugio de los pecadores*. Su amor maternal la inclina hacia ellos; ve en ellos la sangre de su Hijo; desearía incorporarlos a Jesús. Su misericordia cubre a todos los miembros de Cristo: a los justos, porque le están unidos; a los pecadores, para que se le unan.

Basta acordarse del Calvario para tener una idea de su misericordia extraordinaria. ¡Qué tortura más terrible! El amor la entregaba a Jesús, pero también a los verdugos. Era la madre del uno y de los otros. Todos los que perseguían a Jesús, esa turba que pedía su muerte, que vociferaba y que crucificaba, eran sus hijos. Los había concebido en la encarnación, les daba a luz en su martirio; por ellos tenía un amor de madre, de una madre que ama siempre. «En su alma más que crucificada, imposible descubrir la menor señal de indignación. No recurre a la justicia de Dios, ni pide que se vengue. Si invocaba la justicia, sería sobre ella misma. Ella ve todo, pero no mira más que una cosa, a saber: que Jesús, su amor, se entrega en ese momento a esa justicia bendita, y se entrega con la mansedumbre de un cordero. Y también se entrega ella con él y como él. En cuanto a desear algún castigo para los autores, sean quienes fueren, de los crímenes que son la causa, la ocasión y la apariencia legal de este gran sacrificio, ni lo

18 Ricardo de San Víctor. *In Cant.*, c. 39.

necesita, ni lo piensa, ni siquiera siente la tentación. Esto no pertenece ni a su función ni a su carácter. En todas partes, siempre, pero sobre todo en el Calvario, ella es «mujer», la Madre, la Virgen clemente, la abogada de los pecadores, la Madre de misericordia»<sup>19</sup>.

Esta misericordia tan grande, la tiene nuestra Madre en el cielo en su última perfección. Ella es la que inspira su perpetua oración: «¡Quién podrá medir, dice san Bernardo, la longitud y la anchura, la altura y la profundidad de vuestra misericordia, oh Virgen bendita? Por su longitud, asistirá hasta los últimos días a todos los que la imploren. Por su anchura, esta misericordiosa cubre toda la tierra. su altura llega hasta la ciudad celestial para reparar sus pérdidas. Su profundidad desciende hasta los abismos para devolver la libertad a los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, porque por vos el cielo ha sido poblado, el infierno desalojado, las ruinas de la Jerusalén celestial reedificadas, la vida cristiana devuelta a los miserables en quienes la había matado el pecado»<sup>20</sup>.

«Yo soy la reina del cielo y la Madre de misericordia, decía nuestra Señora a santa Brígida. Soy la alegría de los justos y la puerta que da acceso a los pecadores junto a Dios. No hay nadie, por maldito que sea, a quien falte mi misericordia, mientras vive sobre la tierra»<sup>21</sup>.

Refiere santa Brígida que vio a la Madre de Dios solicitando de su Hijo gracias en favor de un bandido que había conservado algunos temores del juicio de Dios: «Bendita seáis, Madre querida, respondió el Señor... Vuestras palabras tienen para mí la dulzura del vino más delicioso. Me son agradables sobre todo lo que se puede imaginar... Bendita sea vuestra boca, benditos sean vuestros labios de donde procede toda misericordia hacia los desgraciados pecadores. Justamente se os llama Madre de misericordia. Lo sois verdaderamente: porque no despreciáis ninguna miseria, e inclináis mi corazón a la piedad. Pedid lo que queráis: ni vuestra caridad ni vuestras peticiones se verán frustradas»<sup>22</sup>.

«Así, yo lo creo, dice Hugo de san Víctor, ella ejerce en el cielo perpetuamente este oficio de misericordia en favor del género humano ante la cara del Padre y ante su Hijo».

19 Mons. Gay, *Conf. aux meres chrét.*, conf. 41.

20 S. Bernardo, *De Assumpt.*, serm. 4

21 *Révélations*, lib. 6, c. 4.

22 *Révélations*, lib. 6, c. 23.

*La Virgen María  
nos lleva  
a la perfección*

## I

### Dios nos llama a la santidad

*«En Cristo, Dios nos eligió, antes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él. En su amor, según el propósito de su voluntad, nos predestinó para ser sus hijos adoptivos por Jesucristo, para loor de gloria de su gracia»<sup>1</sup>.*

He aquí nuestra vocación. Dios nos llama a participar de su santidad por la adopción filial en Cristo. Esto es lo que san Pablo llama «*el gran misterio*», «*la economía del misterio escondido en Dios desde los siglos*»<sup>2</sup>, el misterio del gran Cristo.

Sabemos por la fe el secreto de la vida íntima de Dios: el Padre tiene un Hijo, igual a él; los dos están unidos en un abrazo de amor infinito del que procede el Espíritu Santo... La bienaventuranza del Padre es tener un Hijo, «*el esplendor de su gloria*»<sup>3</sup>, dice san Pablo.

Mas, he aquí que Dios extiende su paternidad: hace participantes de su bienaventuranza a sus criaturas, sacadas de la nada, pero a quienes su pura bondad eleva hasta sí mismo; las hace hijas suyas. «*Nos incorpora al reino de su vida santa y de su amor filial*». Es la gracia inaudita de la adopción filial: nos adopta en su Hijo muy amado. Lo que el Padre veía eternamente con una infinita complacencia era esta Humanidad unida al Verbo que haría dilatarse la santidad y el amor, no solamente en Cristo Redentor, sino en cada uno de los que el

1 Ef. 1, 3-5.

2 Ver Ef. 3, 3-5, 9.

3 Heb. 1, 3.



Redentor uniría a sí: el Verbo encarnado llevando su vida de adoración y de amor en sí mismo y en los hijos adoptivos. ¡Qué maravilloso amor! «*Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos*»<sup>4</sup>.

Prácticamente, la santidad consiste en hacernos hijos de Dios en Cristo: «*Los que conoció en su presciencia, los predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo*»<sup>5</sup>. El Verbo se ha encarnado «*para que recibiésemos la adopción de hijos*»<sup>6</sup>. Nos comunica la vida del Padre y nos hace entrar en la familia divina. Lleva delante de nosotros la vida de hijo; a nosotros corresponde imitarle. Todo nuestro esfuerzo debe tender a unimos a Jesús para participar por él en su vida filial. No hay otro medio de ir a Dios: «*Nadie viene al Padre sino por mí*»<sup>7</sup>.

Hacernos hijos de Dios en Jesús.

4 1 Jn. 3, 1.  
5 Rom. 8, 29.  
6 Gal. 4, 5.  
7 Jn. 14, 6.

## II

### Llamamiento a la maternidad

Puesto que se trata de hacernos hijos de Dios, acudamos a María, Madre del primogénito. Su función soberana es la maternidad. Hija del Padre, Madre del Verbo, Esposa del Espíritu, ¿no tiene todo lo que se necesita para introducirnos en la familia de Dios? Ella es la reina del reino de Dios.

Le pedimos que prolongue en nosotros su maternidad: ha formado la cabeza de Cristo místico, que se digne también formar los miembros. Que la encarnación inaugurada en su seno le dé la extensión que Dios espera; que vele sobre el crecimiento de los miembros de Cristo como ha velado sobre el crecimiento del Jefe; que continúe en nosotros siendo la Madre de Cristo. Se trata ahora de llevar estos hijos suyos que ha concebido en la encarnación y engendrado en el Calvario, a la perfección de su vida, y, como dice san Pablo<sup>8</sup>, «*el estado de varón perfecto, según la medida de la edad cumplida de Cristo*». Todo lo que Dios quiere de nosotros, puede realizarlo nuestra Madre. Su maternidad corresponde a la paternidad de Dios. Todas nuestras esperanzas de santidad descansan en la maternidad de nuestra Señora. Posee, para dámosla, era «*plenitud de Dios*» de que hablaba san Pablo<sup>9</sup>. Podemos aspirar a entrar, como ella, en la sombra del Padre y en la acción del Espíritu Santo, y nacerá de nosotros el Santo, que será llamado Hijo de Dios.

8 Ef. 4, 13.

9 Ef. 3, 15.

### III

## La Virgen María nos une a los misterios de Cristo

La duración histórica de los misterios ha pasado, pero su virtud permanece. «*Jesucristo, ayer y hoy, dice san Pablo, el mismo también en los siglos*»<sup>10</sup>. ¿Por qué *ha amado a la Iglesia y se ha entregado por ella?*<sup>11</sup>. Para santificarla. Lo ha hecho durante su vida terrestre por los misterios de su humanidad, y lo hace todavía hoy por estos mismos misterios; realidades siempre activas y santificadoras. Los misterios son una realidad eterna. «Su virtud no pasa jamás, dice Bérulle, ni pasará jamás el amor con que han sido cumplidos. El espíritu, el estado, la virtud, el mérito del misterio están siempre presentes. El espíritu de Dios, por el cual se ha operado este misterio, el estado interior del misterio exterior, la eficacia y la virtud que hacen a este misterio vivo y operante en nosotros, ese estado y disposición virtuosa, el mérito por el que nos ha adquirido para su Padre y merecido el cielo, la vida y a sí mismo; hasta el gusto actual, la disposición viva por la que Jesús ha obrado este misterio, está siempre vivo, actual y presente en Jesús. De tal suerte, que si fuera agradable a Dios, su Padre, estaría pronto a padecer, a cumplir de nuevo esta obra, esta acción, este misterio. Esto nos obliga a tratar las cosas y los misterios de Jesús, no como cosas pasadas y extinguidas, sino como vivas y presentes, y hasta eternas, de las que tenemos que recoger un fruto precioso y eterno»<sup>12</sup>.

10 Heb. 13, 8.

11 Ef. 5, 25.

12 Bérulle, *Oeuvres*. Migne, p. 1052.

No se sabría decir cuán útil es al alma mantenerse unida, de una manera consciente, a estos misterios de Cristo, canales que la gracia utiliza para vivificar al mundo. Es la gracia del rosario. El rosario es el medio por el cual nuestra Señora nos une a los misterios siempre presentes de su Hijo, a la acción vivificante de su humanidad.

Le es fácil hacernos entrar en este mundo bendito de los misterios de Cristo. Se cumplieron en su presencia; mas aún, con su cooperación. Ha tomado en ellos una parte activa; son hechos de su historia personal, al mismo tiempo que de su misión maternal. Ha percibido su economía maravillosa y la relación de cada uno de ellos con la santificación de sus hijos. Conoce su fecundidad porque de ella fue colmada. ¿Cómo formarse una idea de la unión de María con Jesús en estos misterios? Dios hacía en ella una operación inefable, recordando el misterio de la vida íntima de la Trinidad. «Jesús, dice Bérulle, la atrae en unidad con él y la atrae fuera de sí misma y de sus acciones interiores, para estar viviente en ella llevando sus aspiraciones santas para una especie de impresión dulce, elevada, poderosa y admirable la Madre en su Hijo, la Virgen en Jesús».

Toda su vida era contemplar el Verbo encarnado. «Lo propio de la Virgen es estar atenta a la vida interior y espiritual de su Hijo, y ser una pura capacidad de Jesús, llena de Jesús»<sup>13</sup>.

Nos hace entrar en este mundo de misterios por la fe. El contacto vital con Jesús se establece por la fe que es la ventana de nuestra inteligencia a las riquezas escondidas de Cristo, y se consuma en la caridad. Porque los apóstoles creían en Jesús, el Padre los amaba. «*Mi padre os ama porque vosotros me amáis y creéis que salí de Dios*»<sup>14</sup>. Esta fe atrae la gracia, hace «*brotar en nuestros corazones las fuentes de agua viva*»<sup>15</sup>, por ella nos acercamos a la filiación divina.

Ahora bien, nuestra Señora es llamada por la Iglesia *Virgo fidelis*, la Virgen de la fe. La fe en la palabra del ángel, que le anunció, sin embargo, un misterio inaudito, la hace entrar en el misterio de Cristo, ese misterio que, como dice san Pablo, tenía Dios escondido desde los siglos. Esos secretos tan nuevos sobre la Trinidad, la encarnación, el

13 Bérulle, *Oeuvres*, págs. 497, 501.

14 Jn. 16, 27.

15 Jn. 7, 38.

cuerpo místico, ¿por dónde los conoce sino por la palabra del enviado de Dios? «*Bienaventurada eres porque has creído*»<sup>16</sup>, le dijo su prima. Convencida por la fe, entra en el cumplimiento de los más grandes designios de Dios. El Verbo va a vivir en ella a causa de su fe. Todo el amor que tiene por su Hijo reposa sobre esa fe inquebrantable que Dios hace, sin embargo, pasar por pruebas terribles. Su fe pura, sencilla, hace de ella la esclava del Señor.

«*Que Cristo more por la fe en vuestros corazones, arraigados y cimentados en caridad*»<sup>17</sup>. Esta fe, esta caridad, nos atan a Cristo y hacen que estos misterios que él ha vivido por nosotros acaben por hacerse nuestros. Como dice san Pablo, «*por la extremada caridad con que nos amó, Dios, que es rico en misericordia, nos dio la vida juntamente con Cristo, y con él nos resucitó, y nos hizo sentar en los cielos con Jesucristo, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo*». Revivimos todos los misterios de Jesús: «*Clavados en la cruz con él, sepultados con él, resucitados con él*». Reviviendo los misterios de Jesús, «*nos hacemos conformes a la imagen del Hijo de Dios*»<sup>18</sup>.

«*Oh Jesús, vivo en María, venid y vivid en vuestros servidores, en el espíritu de vuestra santidad, en la plenitud de vuestra fuerza, en la perfección de vuestros caminos, en la verdad de vuestras virtudes, en la comunión de vuestros misterios, dominando todo poder adverso, en vuestro Espíritu, por la gloria de vuestro Padre*»<sup>19</sup>.

16 Lc. 1, 45.

17 Ef. 3, 17.

18 Ef. 2, 4-7. 2 Rom. 8, 29.

19 M. Olier.

## IV

### La Virgen María nos une al sacrificio de Cristo

#### 1. LA UNION DE NUESTRA SEÑORA CON EL SACRIFICIO DE CRISTO

Jesús ha vivido mirando a la cruz. Ha marchado siempre hacia el Calvario. Salvador del mundo, la idea de su sacrificio no le ha abandonado ni un minuto. Si se quiere comprender su vida, hay que considerarla a la luz de su muerte. Desde su entrada en el mundo, dice a Dios: «*Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas, me apropiaste cuerpo... heme aquí*»<sup>20</sup>. Este sacrificio, ofrecido primero en el seno de María, va a continuarse durante treinta y tres años, hasta que Jesús dice: «*Todo está consumado*»<sup>21</sup>.

¿Y nuestra Señora? Como Jesús, está consagrada a la cruz. Lo exigía su gracia de la maternidad divina, y también su amor único. Porque es Madre de Dios, recibe una gracia singular que aventaja con mucho todos los dones recibidos por los otros hijos adoptivos: una gracia de afinidad, que la hace «entrar, como dice Cayetano<sup>22</sup>, en los confines de la divinidad». Allí es donde María encuentra su cruz. Se parecerá lo más estrechamente posible al Redentor; su gracia de primera hija adoptiva la modela sobre Jesús, y particularmente en su inclinación a la cruz. Es la primera en la cruz, porque es la primera en la gracia.

20 Heb. 10, 6-7.

21 Jn. 19, 30.

22 Cardenal Tomás de Vio, O.P., llamado el Cayetano.

Y también porque es primera en el amor. «Cuando el amor no tiene límites, tampoco los tiene el dolor», dice san Alberto Magno<sup>23</sup>. «No hay amor comparable al de María, dice Ricardo de San Lorenzo; por eso, ningún dolor igualó a su dolor»<sup>24</sup>. Su martirio ha procedido del exceso de su amor.

Jesús la asocia a su terrible secreto. No era posible que Jesús viviese en la dura previsión del calvario, y que María llevase a su lado una vida tranquila. El amor que los unía reclamaba esta unión. Por amor ha asociado Jesús a María en su doloroso destino. Su sacrificio, su pasión, era el remate de su vida: el amor pedía que hasta allí llevara a nuestra Señora. Era su Madre: separada de su dolor, ¿hubiera sido otra cosa que un instrumento?

Además, si Jesús no hubiera tomado la delantera y ofrecido a María la participación de su sacrificio, se lo hubiera pedido ella con su deseo tan humilde y tan ardiente, que su amor lo hubiera conseguido. Si deseaba seguir a Jesús en todas partes, era sobre todo allí donde él tenía que sufrir. Quería beber, como decía Jesús, el mismo cáliz. Para María, el don más grande de Jesús era la propia compasión. Esa compasión que le permitía sufrir con él, inmolarse con él, glorificar a Dios, y ejercer su maternidad con los hombres. ¿No era ella, además, el principio de la pasión, como lo da a entender san Agustín, cuando dio a su Hijo esa naturaleza que sólo por ella le permitiría sufrir?

Si se quiere comprender la vida de la santísima Virgen, hay que verla, como la de Jesús, a la luz de la cruz. Ilustrada desde la encarnación, sobre el sentido profundo de las profecías, y advertida más tarde por el anciano Simeón, vivió en el pensamiento del gran sacrificio futuro. Después del discurso del santo anciano, sabía que iba a vivir con una víctima para prepararla al sacrificio. En adelante, veía siempre la pasión. Todo servía para recordarle su presagio. Ella misma se lo dijo a santa Brígida: «Cada vez que veía a mi Hijo, cada vez que lo envolvía en los pañales, cada vez que consideraba sus manos y sus pies, otras tantas se veía mi alma atravesada como por una nueva espada: me parecía verlo ya crucificado»<sup>25</sup>. Nuestro Señor se lo reveló a santa Teresa: «Cuando ves a mi madre teniéndome en sus brazos, no te imagines que estas alegrías estuviesen exentas de un cruel tormento: desde

23 S. Alberto Magno, *Super missus*, q. 78.

24 Ricardo de San Lorenzo. *In Cant.*, c. 26.

25 *Révélations*, lib 6, c. 57.

que oyó las palabras de Simeón, mi Padre, con una viva luz, le hizo ver lo que yo tendría que sufrir».

¡Qué largo martirio habéis soportado, dice Ruperto, siempre habéis previsto cómo moriría vuestro hijo»<sup>26</sup>. Hace decir a María estas palabras: «Guardaos de limitar vuestra compasión a esa hora en que he visto morir a mi Hijo. La espada de Simeón ha destrozado toda mi vida. Cuando mi Hijo estaba en mis brazos, cuando lo amamantaba, ya veía su muerte. ¡Qué suplicio tan largo he padecido!»<sup>27</sup>. «No, oh dulce Soberana mía, dice san Anselmo, no creo que hayáis podido vivir un solo instante en el aprieto de tal dolor si el Espíritu de vida no os hubiera sostenido»<sup>28</sup>.

Cuando se aproximó el día del supremo sacrificio, nuestra Señora llegó a la ciudad santa. Ella hubiera podido también decir: «*Con bautismo es menester que yo sea bautizada, ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!*»<sup>29</sup>. Sabe que el sacrificio de su Hijo ya a inaugurar el reino de Dios, que su sangre hará nacer hijos de Dios. Sabe que su Hijo es «*el grano de trigo caído en la tierra (de sus entrañas), y que si no muere, él solo queda; mas, si muriere, mucho fruto lleva*»<sup>30</sup>. Ve a todos los predestinados que nacerán del sacrificio del Calvario, la multitud de hijos que el dolor va a dar a luz para Dios. Su amor la fuerza. Llegado el día, está presente en el Calvario.

Un amor inmenso la ha llevado. Está de pie, junto a la cruz; de pie ante el dolor porque le domina. De espíritu y de corazón participa de todos los suplicios de su Hijo. Está completamente unida a él y como identificada, ¡tanto quería con él la misma voluntad de Dios, tanto la acataba con una abnegación absoluta! Sacrifica su Hijo por nosotros. Sobre todo, allí es donde da a Jesús. A semejanza de Dios Padre, tanto nos ha amado, que nos dió su Hijo único.

## 2. NUESTRA UNION CON EL SACRIFICIO POR LA LITURGIA

Es de absoluta necesidad que nos unamos al sacrificio de Cristo. Este sacrificio, «*causa de nuestra eterna salvación*», no será ple-

26 Ruperto, *In cant.*, lib. 3.

27 *Ibid.*

28 S. Anselmo, *De excellent. Vir.*, c. 5.

29 Lc. 12, 50.

30 Jn. 12, 24.



namente eficaz si no tomamos en él una parte activa por el pensamiento, por el corazón y por nuestros actos. Por esta unión con la pasión, podemos realizar nuestra vocación cristiana, porque todas las gracias vienen de la cruz. «Cristo ha amado a la Iglesia, y se ha entregado a sí mismo por ella para santificarla, para presentársela a sí mismo Iglesia gloriosa, que no tenga mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea inmaculada»<sup>31</sup>. Y María es el prototipo creado de lo inmaculado.

Esto nos hace comprender por qué nuestra Madre nos lleva al pie de la cruz: allá mana la fuente de la santidad. Los que se unen a la oblación de Cristo son santificados: «Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que ha santificado»<sup>32</sup>.

Tenemos dos medios principales de unirnos a la pasión de Cristo: la liturgia y la aceptación de los sufrimientos en nuestra vida cotidiana.

El altar perpetúa el Calvario. Para que las gracias de su muerte sean aplicadas a todos los hombres de todos los tiempos, Jesús renueva sin cesar su sacrificio. Continúa siendo sacerdote y víctima.

En la comunión, viene como sacerdote. Un sacerdote está hecho para adorar y expiar. En nosotros, hace que la adoración sea perfecta, la acción de gracias acabada, y que descienda el perdón y la gracia divina. En nosotros, adora, da gracias, repara y ora. Todos estos actos del Pontífice eterno, que se hacen en nosotros, pueden ser nuestros, si queremos. Nos incorporamos toda la adoración, la expiación y la súplica de Cristo. El movimiento interior que llevaba a Jesús hacia su Padre puede ser el movimiento interior de nuestra vida. Podemos tributar a Dios el más perfecto homenaje, como dice la liturgia: «Por él, y con él y en él, a ti Dios Padre Todopoderoso, en unión del Espíritu Santo, sean dado todo honor y gloria».

Jesús viene también como víctima, en su estado de inmolación. Viene como hostia, con la santidad, si se puede decir, de Cristo-Hostia. La hostia del sacrificio está separada de todo contacto profano, y reservada, consagrada a Dios. Tales son, dice santo Tomás, las señales de la santidad vivida: la independencia efectiva de las cosas terrenas por la pureza y la firme adhesión a Dios. La liturgia nos hace partici-

31 Ef. 5, 25.

32 Heb. 5, 14.

par de esa santidad sublime de Cristo sobre la cruz, donde todo era amor de su Padre, donde él era «verdadera hostia y verdadera ofrenda consumada en olor de suavidad»<sup>33</sup>..

¡Qué fuente de gracia para el cristiano que sabe tomar una verdadera parte en la misa! Ofrece a Dios el más perfecto homenaje de adoración, bebe directamente en la fuente de toda gracia, intensifica su vida interior por el contacto con la muerte de Cristo, poco a poco se convierte en una hostia viva ofrecida diariamente con la hostia del Calvario. La vocación cristiana se realiza.

Mas, ¿cómo podríamos tomar parte en el sacrificio sin recordar e invocar a la Madre del soberano sacerdote y de la víctima? Nuestra Señora ha participado muy íntimamente en el sacerdocio de su Hijo durante su vida terrestre para que no esté ligada para siempre al ejercicio de su sacerdocio. Como estaba presente en el Calvario, está presente en la misa, que es una prolongación del Calvario. En la cruz, asistía a su Hijo ofreciéndose al Padre: en el altar, asiste a la Iglesia que se ofrece a sí misma con su Jefe, cuyo sacrificio renueva. Ofrezcamos a Jesús por medio de nuestra Señora.

Pero Jesús no quiere ser ofrecido solo. La misa, sacrificio de Cristo, es también el sacrificio de los miembros de Cristo, el sacrificio de la Iglesia. Incluye esencialmente la ofrenda de los miembros de Cristo, inmolados con él en el mismo sacrificio y con idénticos sentimientos de abandono y sumisión completa. Cuando el sacerdote ofrece la hostia a Dios, que ofrezca también nuestra alma, nuestro cuerpo, toda nuestra vida, como lo pide san Pablo: *Ofrezcamos nuestros cuerpos como una hostia viva, santa, grata a Dios*<sup>34</sup>.

Que esta ofrenda se haga por medio de nuestra Madre.

Hay que pedir a María que suscite servidores formados en este espíritu litúrgico y que sepan explotar, para gloria de Dios, los inmensos recursos de la liturgia, y más especialmente de la misa. El valor de la misa es por sí mismo inmenso, pero hace falta que los servidores de Dios lo hagan cuando la Virgen vivía todavía, daba ella tal eficacia a los sacrificios celebrados por los apóstoles, que podemos presentirlo por el empuje de la Iglesia en aquellos tiempos benditos. Son los san-

33 Ver Ef. 5, 2

34 Rom. 12, 1.

tos los que hacen sobre nuestros altares que la sangre de Cristo sea elocuente delante de su Padre.

### 3. NUESTRA UNION CON EL SACRIFICIO DE LA VIDA COTIDIANA

Esta unión de pensamiento, de corazón y de oraciones con el sacrificio de Cristo por la liturgia, debe completarse por la unión de actos en nuestra vida cotidiana. San Pablo escribía a los Romanos: «¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo hemos sido bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte»<sup>35</sup>. Nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él»<sup>36</sup>. Decía a los Gálatas: «Estoy enclavado en la cruz juntamente con Cristo»<sup>37</sup>.

Estas palabras son de una gravedad excepcional. Ellas deben dirigir nuestra vida. La gracia del bautismo nos ha configurado con nuestro Salvador, nos ha hecho participantes de su muerte. Gracia que no es infecunda, sino que es semilla, que debe germinar y producir frutos. Cada cristiano debe reproducir la pasión, y como san Pablo, estar clavado en la cruz. «Vosotros, también, que habéis sido bautizados, consideraos como muertos al pecado, y como vivos para Dios, en Cristo Jesús»<sup>38</sup>.

El mismo Jesucristo nos había advertido: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz cada día, y sígame»<sup>39</sup>.

Amemos, por lo tanto, la cruz en sus diversas formas: pruebas, trabajos, enfermedades, humillaciones, ¿qué más? Todo lo que la providencia nos envía para hacer más perfecta la semejanza con Cristo. Habrá que añadir todo el trabajo voluntario de la mortificación y de la penitencia, obligación del bautismo, que no admite dispensa.

Cuando llegue para nosotros la hora de la unión con el sacrificio de Cristo, nada será tan provechoso como pensar en aquella que tanto ha sufrido por nosotros. Ha sufrido durante toda su vida. La ley del sacrificio la envolvió. Su mismo dolor fue siempre creciendo, por-

35 Rom. 6, 3-4.

36 Rom. 6, 6.

37 Gál. 2, 19.

38 Rom. 6, 11.

39 Lc. 9.23.

que el amor y el dolor andan siempre parejos en los predestinados. Ha sufrido en su cuerpo, pero, sobre todo, en su corazón y en su alma. Su martirio fue principalmente interior.

Vendrán días en que el sufrimiento corporal se apoderará de nosotros duramente. Este será el momento de recordar que somos los miembros de Cristo, y que es propio de nuestra vocación continuar su pasión. Antes que nosotros, nuestra Señora ha recorrido este camino real de la cruz. Acordémonos de su destierro, de su pobreza, de su abandono. Sea cual fuere nuestro estado, aunque sea extremo y sin remedio, miremos hacia adelante: siempre veremos a nuestro Señor y a nuestra Señora llevando la misma cruz, y otras más pesadas todavía.

El dolor del corazón es más terrible, pero también más bienhechor. A qué profundidad no descienden las separaciones, los dolores y esas tristezas que rayan en la agonía. Sobre todo entonces es cuando hay que mirar a María. En su corazón sufría mucho más que en su cuerpo. La profundidad de su unión con su Hijo aumentó su dolor de manera inaudita. Hubiera sufrido menos si hubiera amado menos. Y sufría sola. El que hubiera podido consolarla, el único que comprendía su dolor, Jesús, era precisamente la causa principal de su agonía. Debíó sufrir sin compasión, y esto es horrible.

Ella nos enseña a sufrir por Jesús. «*Estoy clavado en la cruz con Cristo*»<sup>40</sup>, decía san Pablo. ¡Cuánto más cierto es esto de María! Asociada a la obra de la redención, su cualidad de madre le permitió entrar en ella antes que nadie. Es no decir nada afirmar sólo que sintió por compasión los dolores de su Hijo: se adentró en este dolor, le hizo suyo, se le identificó. A decir verdad, no hubo más que una pasión sufrida a la vez por el Hijo y por la Madre. Nuestra Señora decía a santa Brígida: «En su pasión, su dolor era mi dolor, porque su corazón era mi corazón»<sup>41</sup>. Como en la encarnación había entregado su cuerpo a Dios para que el Verbo tomase en su seno nuestra naturaleza, en el Calvario entrega sin medida su cuerpo, su corazón, su alma, para sufrir con su Hijo el martirio que nos redime. Sufría para establecer el reino de Dios sobre la tierra. Pensaba en nosotros. Es la madre quien sufría: la madre de Jesús, mas también la madre de los hermanos de Jesús, la madre de misericordia, la abogada de los pecadores. Así no se puede descubrir en ella la menor indignación. Su Hijo se entrega a

40 Gal. 2, 19.

41 *Révélations*, lib. 7, c. 35.

la justicia de Dios, pero invoca el perdón sobre los que lo crucifican. Es lo que ha hecho su madre: los verdugos de su Hijo son también hijos suyos. ¿Comprendéis ahora el terrible dolor? ¡El hijo de su carne virginal, Jesús, recibe la muerte de aquéllos mismos que, en una ternura inefable, daba a luz en su corazón!

«No te olvides de los dolores de tu madre», nos dice la Escritura<sup>42</sup>. Nuestra Señora quiere unirnos a la pasión de su Hijo. Nosotros hemos sido una parte de esta pasión. En la inmolación de Cristo, no éramos espectadores, sino agentes, y a decir verdad, verdugos. Por nuestros pecados ha muerto Cristo, y María ha soportado este doloroso martirio.

Quiere nuestra Señora que todavía hoy tomemos parte en la pasión, pero ahora por amor, y como decía san Pablo, «para suplir en nuestra carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo»<sup>43</sup>.

También nosotros debemos tener nuestra compasión de los dolores del Redentor, compasión por la unión de la fe y del amor, por la acción de la penitencia y del dolor. Es la condición de nuestra salud: «Somos herederos de Dios y coherederos de Cristo, pero si padecemos con él»<sup>44</sup>.

Hay que continuar la obra redentora de Cristo. La Iglesia vive de su sacrificio. Este sacrificio se reproduce todos los días en el altar, mas, también se continúa en los miembros de Jesús que sufren. El sufrimiento de los cristianos es necesario para la salvación del mundo; es fuente de vida; expía, redime, santifica.

Cuando Dios nos hace el honor de llamarnos al sufrimiento, debemos alegrarnos. Jesús se entrega a nosotros en todos sus misterios, pero en ninguna parte como en el misterio de la cruz. Hay correspondencias de amor que no se verifican más que en el dolor: en el Calvario es donde Jesús ha dado su madre a Juan: «Es una gracia que Dios os ha hecho por Cristo, no tan sólo que creáis en él, sino que padezcáis también por él»<sup>45</sup>.

42 Eccli. 7, 27.

43 Col. 1, 24.

44 Rom. 8, 17.

45 Flp. 1, 29.

Nuestra Señora nos enseña a sufrir en silencio, en secreto. El silencio es la atmósfera del dolor. En el Calvario no se hablaba. Se pierde lo que hay de más santificante en el dolor quejándose, contando sus penas, buscando consolaciones. No disipen esta preciosa gracia.

¿Comprenden la unión de esta alma con Dios? El que vive en el espíritu de sacrificio hace más que seguir a Jesús, penetra en el corazón de su misterio. Puede decir, como san Pablo, «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*»<sup>46</sup>. Jesús decía a santa Angela de Foligno: «Los que aman y siguen el camino que yo he seguido, el camino de los dolores, esos son mis legítimos hijos. Aquellos cuya mirada interior está fija sobre mi pasión y sobre mi muerte, vida y salud del mundo, sobre mi muerte y no en otra parte, esos son mis legítimos hijos. Los otros no lo son»<sup>47</sup>.

Con la liturgia pedimos a nuestra Señora que nos dé este espíritu de sacrificio, ser inmolados con su Hijo: «¡Madre, graba fuertemente en mi corazón las llagas del Crucificado!»<sup>48</sup>.

46 Gál. 2, 20.

47 *Vida y revelaciones*, 33.

48 Himno *Stabat Mater*.

## V

### Para gloria de la Santísima Trinidad

La esencia de la vida interior es la devoción a la Santísima Trinidad. Es absolutamente necesario a la piedad alimentar sentimientos especiales para cada una de las Tres divinas Personas: amor filial para el Padre que nos ha dado su Hijo único; confianza absoluta en el Verbo, nuestro redentor y mediador universal; abandono en el Espíritu Santo, huésped de nuestra alma, guía, maestro y proveedor nuestro en la vida espiritual.

La santidad es la unión inefable de Dios consigo mismo en la trinidad de las personas. Esta adherencia infinita del Padre y del Hijo en la unidad del Espíritu Santo, este movimiento de amor que consume su unidad colmando su bienaventuranza y hace que Dios encuentre en él toda su felicidad, en su naturaleza y en la unión de las Tres Personas: es la santidad divina. Dios es santo porque la perfección de su naturaleza lo separa íntimamente de lo que no es él, y porque es infinitamente feliz en el abrazo viviente que las Tres Personas se dan a sí mismas.

Igualmente, nuestra Señora es santa. Su nombre incomunicable es la *santísima Virgen*. Es santa porque es virgen. La virginidad es la integridad, la ausencia de división. Es santa porque, fundada en Dios desde su creación, jamás ha buscado ninguna complacencia fuera de Dios, ha vivido en Dios, siempre mirando a Dios.

Para nosotros, la santidad no puede ser más que la imitación de esta santidad de Dios: la adhesión a Dios por la inteligencia, la voluntad y los actos exteriores para no ser con él, como dice san Pablo, más

«que un solo y un mismo espíritu»<sup>49</sup>. Es reducir todo a la unidad, no tener más que de Dios.

¿Quién nos hará alcanzar esta perfección de nuestra vida? También nuestra Señora.

Por su virginidad, es la hija muy únicamente amada del Padre: ella nos introducirá en la adopción divina, por ella seremos hijos.

Por su maternidad divina, es la madre del Hijo único de Dios: hará de nosotros hermanos de su primogénito.

Por su maternidad humana, es la esposa del Espíritu Santo: por ella entraremos en el cuerpo místico, y las gracias de la redención fluirán de ella hasta nosotros.

## 1. LA VIRGEN MARIA NOS UNE AL PADRE

María es la hija soberanamente privilegiada del Padre. Toda la hermosura que Dios ha podido reunir en una criatura se la ha dado a María. Ha querido que la plenitud de la naturaleza y de la gracia se condensen en una criatura que no es más que criatura, que manifiesta la idea primera de Dios en la creación: esta es la Madre de su Hijo. Ha recibido más dones que todos los ángeles y los hombres juntos. Todo el esplendor que el Padre había acumulado en la creación angélica, toda la vida y virtud que había puesto en la creación de los hombres, lo junta y sobrepasa en la formación de la Madre de su Hijo. Ella sola es «llena de gracia». Esto lo dice todo. En ella podéis leer, mejor que en todas las criaturas, el poder y el amor de Dios. Es el espejo del Invisible, tanto como una criatura puede serlo.

La liturgia nos dice que la encarnación tenía por fin hacernos llegar al amor del Padre invisible por el conocimiento del Hijo hecho visible en la carne. Dios no debe quedar en una luz inaccesible: él que es nuestra vida, nuestra luz, debe estar al alcance humano. Se ha manifestado, primero, en el Verbo encarnado, y después, en María, forma ideal de la criatura unida a Dios. Así podemos saber, en Jesús, lo que Dios es para nosotros; en María, lo que desea que seamos para él.

Esta creación de la Virgen en la gloria de la virginidad y de la gracia la hacen ya el objeto único de las complacencias del Padre.

49 1 Cor. 6,17.



Pero su intimidad se ha hecho más profunda hasta un grado inaudito cuando nuestra Señora ha dado a luz al Verbo. Aquí la palabra es impotente. «Para formar en vos, dice Bossuet, una sociedad eterna, ha querido que fueseis Madre de su Hijo único, y ser él Padre del vuestro. ¡Oh prodigio! ¡Oh abismo de caridad! Qué espíritu no se perderá en la consideración de estas complacencias incomprensibles que ha tenido por vos desde que lo tocáis tan de cerca por este común Hijo, lazo invisible de vuestra santa alianza, prenda de vuestros mutuos afectos que os habéis dado amorosamente el uno al otro».

«Nuestro común hijo». Dios Padre y María se encuentran en un centro de amor común, Jesús, su hijo único; se dicen una inefable unión: «Lo que es mío es tuyo». Solo la unión de las Tres divinas Personas aventaja a la unión del Padre y de la Virgen. «Estas dos personas sagradas, el Padre que está en el cielo y la madre que está en la tierra, están ahora entrelazadas, y tienen también por lazo de su unión santa una persona divina, un mismo Hijo, que procede de ellos y es entre ellos el lazo indisoluble al que están unidos eternamente». (Bérulle).

Esta unión seguirá más lejos todavía: la maternidad de nuestra Señora alcanzará tanto como la paternidad de Dios; Madre del Hijo por naturaleza, se hace Madre de los hijos de adopción. Dios tiene hijos, pero por ella; si la gracia da hijos al Padre, ¿no se les debe a nuestra Señora? Para formar el cuerpo místico hacía falta primeramente la encarnación y el «Hágase» de María.

Se adivina la consecuencia: y ésta es, que aprenderemos a obrar como hijos de Dios por nuestra Señora, madre nuestra en la gracia.

Toda nuestra vida sobrenatural descansa en la filiación eterna del Verbo. Nuestra filiación adoptiva, nos dice santo Tomás, es la conformidad con la filiación del Verbo eterno y nos hace participar en la unidad del Verbo con su Padre. Es el fondo de nuestro estado sobrenatural. Pero hace falta que nuestros actos procedan de este estado: vivir, orar, trabajar, sufrir como hijos de Dios. «*Sed imitadores de Dios como hijos muy amados*»<sup>50</sup>. «*Andad como hijos de luz*». «*Cuando orareis, decid: Padre nuestro*».

El Padre estrecha en un mismo amor a su Hijo único y a sus hijos de adopción: «*El que me ama será amado por mi Padre... El Padre os ama porque vosotros me amasteis y habéis creído que yo*

50 Ef. 5, 1. .

*salí de Dios»<sup>51</sup>. El amor eterno del Padre para con su Hijo desciende al mismo tiempo sobre los hijos adoptivos; Jesús nos lo asegura: «Padre, yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como también nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado como también me amaste a mí»<sup>52</sup>.*

Por lo tanto, el deber esencial del cristiano es ser en todo hijo de Dios. Invoquemos la maternidad de María. La misión soberana es formar los hijos de Dios. La mayor dicha que podemos proporcionarle es permitirle que nos dé a luz en la gracia. Que nos conceda el sentido filial para amar al Padre, y hablarle como hijos.

## 2. LA VIRGEN MARIA NOS UNE AL VERBO

¿Quién podrá jamás decir la unión de María con Jesús? Dios sólo puede comprenderla. En el momento de la encarnación, María da lo más puro de su sangre para la formación del cuerpo del Verbo. ¡Qué amor acompañó este don! El Hijo de Dios corresponde con un amor más grande todavía: le da una gracia inmensa, su vida divina: es todo para ella. Con una predilección única, la Trinidad había formado el corazón de la Virgen para que fuese la Madre del Verbo encarnado, y pudiese amar, como convenía, al Hombre-Dios. Esta unión ha ido siempre creciendo durante la vida terrestre de Jesús: pensad en la unión formada por la vida de Nazaret, el trabajo común, la pobreza soportada juntamente, el mismo deseo de la salvación de los hombres.

Había allí correspondencias inauditas: de Jesús a María, gracias de luz, como una revelación incesante de los misterios divinos; de María a Jesús, una perfecta adaptación a estas gracias, una docilidad admirable a toda inspiración, el pleno desarrollo del amor. Pensad, sobre todo, en su unión en el Calvario, cuando un mismo querer les hacía aceptar el admirable sacrificio. Eran verdaderamente una sola cosa.

«Hablando de vos, María, hablamos de Jesús. Hablando de vuestras disposiciones, hablamos de aquellas en que debe ser concebido. Sois de él, sois por él, sois para él. Y como las Personas divinas no tienen subsistencia en la Trinidad más que en sus mutuas relacio-

51 Jn. 14, 21; 16, 27.

52 Jn. 17, 22-23.

nes, vos también, oh Virgen santa, oh persona divina y humana juntamente, divina en gracia y humana en naturaleza, no tenéis subsistencia en la gracia más que por relación a Jesús: no vivís más que por su gracia antes de que viva en vos por la naturaleza. No respiráis más que por su espíritu, y vuestras gracias y vuestras grandezas, suyas son». (Bérulle).

Se comprende que esta unión inefable permita a nuestra Señora unírnos a Jesús. Esta unión con Cristo Jesús es el fin que san Pablo no cesa de señalar a nuestra vida espiritual: «*Para mí el vivir es Cristo*»<sup>53</sup>.

¿Quién nos dará a Cristo? El Padre. Mas él lo da por María. Nuestra Señora nos revela a Jesús. Nos enseña a contemplarlo. ¿No se ha ocupado ella durante toda su vida en esta contemplación? No se puede pensar sin una especie de deslumbramiento interior en esta vida íntima de nuestra Señora mirando a Jesús con su amor de Madre y con su inmensa fe. Las acciones de Jesús, sus palabras, todo era para María como una nueva revelación. Cada gesto de Jesús despertaba en María una vibración íntima, profunda, dando lugar a nuevos actos de perfecto amor.

Con frecuencia, la liturgia nos invita a pedir a nuestra Señora que nos revele a su Hijo: «Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre». Este conocimiento de Jesús es, en efecto, el punto de partida del amor. La caridad de Cristo se revela entonces a nosotros, esa caridad que le hace nuestro hermano. «*Esa caridad nos urge*»<sup>54</sup>, como dice el apóstol. Nos fuerza a vivir como Jesús, a sufrir como Jesús, a continuar su obra en la Iglesia. Toda la vida cristiana, ¿qué es sino la continuación de la vida de Jesús por la práctica de las mismas virtudes? Cristo prolonga su vida en mí por su gracia. Es mi vida, más también es la suya. «*Sí, vivo yo, ya no yo, mas vive Cristo en mí*». *La gloria de Dios está procurada: «Todo es vuestro y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*»<sup>55</sup>.

53 Flp. 1, 21.

54 2 Cor. 5, 14.

55 1 Cor. 3, 23.

### 3. LA VIRGEN MARIA NOS UNE AL ESPIRITU SANTO

«*El Espíritu Santo vendrá sobre tí*»<sup>56</sup>, dijo el ángel a nuestra Señora. Había venido ya en la primera santificación, en el momento de la creación de María, de la concepción inmaculada. «Llena eres de gracia», dijo, además, el ángel: toda gracia que una criatura puede recibir la ha recibido ella en toda la capacidad de su ser. Nada de los dones de dios se le ha negado. La Trinidad ha creado un alma capaz de recibir todos sus dones, en la que encontraría una alegría singular y un gran motivo de gloria. Por decirlo así, el Espíritu Santo se había apoderado de María desde su creación y la había inundado de la vida divina para prepararla a recibir al Verbo. El es quien fecunda a María. Forma en ella el cuerpo del Verbo: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*»<sup>57</sup>.

Después, siempre es así. El Espíritu Santo continúa formando el cuerpo místico de Cristo, y lo hace por medio de María. La formación de los santos es su obra común.

Esto nos declara la unión de nuestra Señora con el Espíritu Santo. El Espíritu Santo le hace conocer la vocación de cada uno de los miembros de Cristo, el grado de gloria que debe conseguir, sus peligros actuales, las gracias que necesita. Todo el plan de la predestinación le es conocido: ella lo realiza. Puesto que ninguna gracia se da a las almas sin la mediación de María, ésta es la prueba de que el Espíritu Santo le revela el estado del cuerpo místico, y la misión de hacerlo progresar. ¡Qué unión en esta colaboración siempre actual del Espíritu Santo y nuestra Señora en la formación de Cristo! Hacen a Jesús en la Iglesia. Lo hacen en mí. Dondequiera que nace Jesús, es como la primera vez: nace del Espíritu Santo y de María.

Nuestra Señora atrae sobre nosotros al Espíritu Santo: «Cuando el Espíritu Santo ha encontrado a María en un alma, dice san Luis G. de Montfort, vuela allá, entra en ella plenamente, se comunica abundantemente a esta alma, tanto como ella da lugar a esta esposa; y una de las grandes razones por las que el Espíritu Santo no hace ahora maravillas sorprendentes en las almas es porque no encuentra en ellas una grande unión con su fiel e indisoluble esposa»<sup>58</sup>.

56 Lc. 1. 35.

57 Lc. 1, 35.

58 *Tratado de la verdadera devoción*, 1º parte, cap. 2. 5.

Por esta presencia activa del Espíritu Santo, acabamos de entrar en la familia divina. Él nos revela a Jesús como Jesús nos lo había anunciado. Nos da el sentido filial. «*Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos por el cual clamamos: Abba, Padre*»<sup>59</sup>. Es el Espíritu de Jesús. «*Por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo*»<sup>60</sup>. Este Espíritu obra en nosotros, dirige nuestra actividad, como ha dirigido la actividad humana de Jesús, y como dirige la Iglesia. «*Los que son movidos del Espíritu de Dios son hijos de Dios*», dice san Pablo<sup>61</sup>. Entonces sabemos orar como hijos: «*El Espíritu ayuda nuestra flaqueza, porque no sabemos lo que hemos de pedir como conviene, mas el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables*»<sup>62</sup>.

59 Rom., 8, 15.

60 Gál., 4, 6.

61 Rom., 8, 14.

62 Rom., 8, 36.

**CONCLUSIÓN**

*El abandono  
en la  
Virgen María*

De estas reflexiones, concluimos que conviene abandonarse en María. Sabemos el amor que nos tiene. Conocemos su poder. Tiene la luz para guiarnos, la bondad y la gracia. Confiémonos a ella, dejémonos guiar por su amor maternal.

Abandonarse es darse. Pero es todavía más: es dejarse, olvidarse, entregarse sin ninguna reserva. Es cierto que a quien se abandona uno en definitiva, es a Dios, porque sólo su voluntad paternal es la que gobierna el mundo, y especialmente el mundo espiritual. Pero nosotros alcanzamos la perfección del abandono a Dios por el abandono en nuestra Señora. ¿No está ella asociada estrechamente al gobierno de este mundo espiritual? Su realeza maternal es una realeza real y activa. Es la que forma los santos. Dios ha concebido la idea de mi vida espiritual, de mi vida en Cristo, y confía su realización a nuestra Señora; ella tiene el hilo de todos los acontecimientos de que se sirve la providencia para hacer de mí un miembro de Cristo, un elegido. Por lo que a mí respecta, sólo tengo que hacer una cosa, «creer, como dice san Juan, en el amor», esperar, dejar hacer.

Abandonemos en María todo lo que nos pertenece, nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestra sensibilidad, nuestra imaginación, nuestra inteligencia, nuestra libre voluntad, nuestros méritos. Que todo esto esté bajo su poder; que dirija nuestros pensamientos y nuestros deseos, que gobierne nuestra actividad. Seamos verdaderamente suyos, para ser totalmente de Dios.

Suelen decir los escritores espirituales que, para practicar este abandono en nuestra Señora, lo más sencillo es vivir con ella, por ella y en ella.

Es fácil vivir con María cuando se la ama. Por las intuiciones de la fe, entramos en comunicación con nuestra madre y nuestro modelo. Orar, trabajar, sufrir con ella, todo esto cambia la vida; es la aso-

ciación con la que es toda pura, la cooperación continua. Esta perfección que debemos alcanzar la ha conseguido ella antes que nosotros. A cualquier parte que vayamos, por difícil que sea nuestra vida, aunque sea pesada la cruz que llevemos, miremos ante nosotros que allí veremos a nuestra Señora.

Los que tenéis la dicha de servir a Dios desde hace mucho tiempo, miradla, que ella es también el esplendor de Dios, la revelación de Dios. Esa nobleza que el Señor quiere hacer brillar en los miembros de Cristo, esa humildad, pureza, fe, caridad, resplandecen en la Virgen tan humilde y tan grande, tan tierna y tan fuerte.

Y vosotros, pecadores, débiles en la fe, impuros y orgullosos, vosotros también vivid con ella; ¡es tan humanamente compasiva, tan sensible al dolor! Por muy miserables que seáis, y precisamente porque lo sois, mirad a vuestra madre.

Siempre está con nosotros por medio de su amor que completamente nos envuelve; con nosotros, por la gracia que distribuye; con nosotros, por su oración, que es nuestra fuerza; con nosotros, por sus ejemplos que nos exhortan; con nosotros, hasta cuando no pensamos en ella, porque siempre está pensando en nosotros como piensa una madre en sus hijos, en la alegría y en la tristeza «ahora y en la hora de nuestra muerte» como le pedimos todos los días. Es una sociedad de influencia y de amor. Podemos decir con Isabel: «¿Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a visitarme?»<sup>1</sup>.

Vivir por nuestra Señora: es nuestra Mediadora. *Janua Coeli*, puerta del cielo, puerta de la gracia. Por ella viene Cristo a nosotros, y por ella vamos nosotros a Cristo. Ayuda mi oración. Lo más admirable de la divinidad que podría ofuscarme ella lo atenúa. «Espejo de justicia» y de la santidad divina, hace esta perfección divina más accesible. Por ella se me hace más fácil la esperanza de la santidad y del cielo. Lo que falta a nuestras acciones y a nuestras adoraciones lo suple ella con los méritos de su Hijo y con los suyos propios. Hacemos pasar por ella nuestras oraciones y nuestro trabajo. Nos imaginamos que nos dice como su Hijo: «Yo también rogaré». Nuestra pobre oración, que sale de un corazón muy poco ferviente, tiene la dicha de encontrar la oración de María que la recoge, la envuelve con su amor

1 Lc. 1, 43.



y la hace suya. Se convierte en la oración de la Madre y de los hijos y sube hasta el trono de Dios.

Vivir por nuestra Señora, es olvidarse, desprenderse de sí mismo. Uno de los principales obstáculos de la vida espiritual es esta preocupación egoísta que hace olvidar las miras de Dios e impide ver claramente los designios de la providencia. Renunciar este espíritu propio para adaptarse a las intenciones de nuestra Señora, es entrar en el cumplimiento de los designios divinos. Conviene guardar el silencio que nos hace atentos, y la humildad de espíritu que nos vuelve dóciles y flexibles para aceptar las disposiciones de Dios. No se puede encarecer la rapidez con que andan estas almas a quienes este olvido de sí mismas las hace dóciles a los impulsos de nuestra Señora, ni la paz interior de que gozan. El abandono en la santísima Virgen las ha librado del propio juicio en la dirección de la vida, y, por consiguiente, de las ilusiones de la sensibilidad y del orgullo. Ahora, nuestra Señora dirige dulce y piadosamente sus esfuerzos, sus oraciones y sus pensamientos. Ella es verdaderamente la *Reina*, que reina con una majestad maternal, pero poderosa. El alma entra profundamente en la intimidad de Dios.

Vivir en María, bajo su influencia constante, en su dependencia y como en adherencia con ella, teniendo «un mismo corazón y un mismo espíritu»; hacer nuestras sus intenciones; orar como ella, con el mismo espíritu de humildad y de adoración, unirse a su religión y a su amor; hacernos, como dice san Luis Grignión de Montfort, «copias vivas de María»; llegar a esta intimidad con la Madre de Dios, es un gran don de la gracia, el medio más directo de vivir en Cristo. En ella encontraremos esa vida que nos va a ser comunicada. «Les recomiendo, decía M. Olier, que se retiren con frecuencia a ese divino interior de María a quien Dios ha constituido en mediadora del don sagrado de su Hijo que hace a su Iglesia. En este santuario encontrarán adoraciones, alabanzas y amores de Dios mil veces más augustos que los que la criatura les puedan ofrecer jamás... Por esto recomiendo siempre que vayan a este divino santuario, dado que, en unión con la santísima Virgen, adelantarán más para Dios, para la Iglesia y para ustedes mismos, que por todas las otras prácticas de que se puedan servir».

Para finalizar, copiemos aquí la oración que Pedro de Bérulle compuso para elevar a María:

«Oh Virgen santa, Madre de Dios, Reina de los hombres y de los ángeles, maravilla del cielo y de la tierra, yo te reverencio de todas las maneras que puedo según la voluntad de Dios, como debo según tus grandezas, y como el Hijo único Jesucristo, nuestro Señor, quiere que seáis reverenciada en la tierra y en el cielo.

«Te ofrezco mi alma y mi vida, quiero ser tuyo para siempre, y tributarte algún homenaje particular y señal de dependencia en el tiempo y en la eternidad. Madre de gracia y de misericordia, yo te elijo por Madre de mi alma, así como Dios mismo te eligió para ser su Madre. Reina de los hombres y de los ángeles, te acepto y reconozco como mi soberana en honor de la dependencia que el Hijo de Dios, mi Salvador y mi Dios, ha querido tener de ti como de su Madre, y en esta calidad, te doy sobre mi alma y sobre toda mi vida todo el poder que yo te puedo dar según la voluntad de Dios. ¡Oh Virgen Santa! Mírame como cosa tuya, y por tu bondad trátame como a súbdito de tu poder y como a objeto de tus misericordias.

«Oh fuente de vida y de gracia, refugio de los pecadores, a ti acudo para que me libres del pecado y me preserves de la muerte eterna; te pido estar bajo tu tutela, tener parte en tus prerrogativas y alcanzar por tus grandezas y privilegios lo que no merezco obtener por mis ofensas; y, finalmente, que en la última hora de mi vida, decisiva de mi eternidad, esté en tus manos, en honor de aquel momento feliz de la encarnación en el que Dios se hizo hombre, y te hizo Madre de Dios.

«¡Oh Virgen y Madre juntamente! ¡Oh Templo sagrado de la Divinidad! ¡Oh maravilla del cielo y de la tierra! ¡Oh Madre de mi Dios! Tuyo soy por el título general de tus grandezas, pero quiero, además, ser tuyo por el título particular de mi elección y de mi decidida voluntad. Me entrego, pues a ti y a tu Hijo único, Jesucristo, Nuestro Señor, y deseo que no pase ningún día sin que ofrezca a él y a ti algún homenaje particular, y algunas muestras de mi dependencia y servidumbre, en la que por siempre deseo morir y vivir por siempre jamás».

## INDICE

Presentación .....	7
Concilio Vaticano II .....	9
Contenido .....	11
Prólogo .....	13
1- La Virgen María nos hace nacer a la gracia .....	15
I- La Virgen María y nuestra predestinación .....	17
II- La Virgen María nos ha merecido la gracia .....	19
III- La Virgen María es nuestra Madre .....	27
IV- La Virgen María, Madre de la Iglesia .....	29
V- "En el seno de María" .....	31
2- La Virgen María y el crecimiento de nuestra vida .....	33
I- La Virgen María debe crecer .....	35
II- La Virgen María primer ministro de la gracia .....	37
III- ¿Cómo? .....	39
IV- La presencia de la Virgen María en nuestra vida .....	47
3- La Virgen María nos hace crecer por los Sacramentos ...	49
I- La Virgen María es la fuente de los Sacramentos .....	53
II- La Virgen María prepara para los Sacramentos .....	57
III- Acercarce al altar con la Virgen María .....	63
4- La Virgen María nos hace crecer por el mérito .....	67
I- El mérito nos hace crecer .....	69
II- La Virgen María realiza la vocación cristiana .....	71
III- Plenitud de Gracia .....	72
IV- La Virgen María distribuye esta vida .....	76
V- La Virgen María nos hace realizar nuestra vocación cristiana .....	77

VI-	La Virgen María nos enseña a trabajar .....	79
VII-	La Virgen María nos enseña a amar y servir al prójimo .....	82
VII-	La unión con la Virgen María en la vida cotidiana por el Espíritu de obediencia.....	86
5 -	La Virgen María nos hace crecer por la oración .....	89
I-	La Virgen María nos prepara para la oración .....	91
II-	La Virgen María nos enseña a orar en la alegría ....	96
III-	La Virgen María nos enseña a orar en la fe .....	103
6-	La Virgen María defiende nuestra vida espiritual .....	111
I-	Contra el demonio .....	113
II-	Contra las criaturas .....	116
III-	Contra nosotros mismos .....	120
IV-	Madre de misericordia .....	124
7-	La Virgen María nos lleva a la perfección .....	127
I-	Dios nos llama a la santidad .....	129
II-	Llamamiento a la maternidad .....	131
III-	La Virgen María nos une a los misterios de Cristo	133
IV-	La Virgen María nos une al sacrificio de Cristo ...	135
V-	Para gloria de la Santísima Trinidad .....	144
8-	Conclusión	
	El abandono en la Virgen María .....	151